

Selecta

FERNANDA SUÁREZ

SOLO SOMOS

tú y yo

Unidos por el amor II

Solo somos tú y yo
Unidos por el amor II

Fernanda Suarez

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Prólogo

Anne salió de su habitación con una tímida sonrisa en sus labios, aún no se podía creer que mañana sería su presentación en sociedad, su madre había preparado todo un baile para hacerlo, estaba nerviosa y lo admitía, siempre había esperado ese momento para ser sincera consigo misma, pero era demasiado tímida para aceptarlo, además tenía miedo, le costaba entablar una conversación con una persona desconocida, incluso con sus conocidos le era difícil, posiblemente era esa la razón por la que no tenía amigas y vivía metida entre libros, hermosas historias de amor que ella se moría por vivir, pero se esforzaría al máximo para tener una gran temporada, estaba decidida a disfrutarla, a bailar hasta que le dolieran los pies, quería saber lo que era coquetear, lo que era ser cortejada, sentir que un hombre está interesado en ti, ella quería eso y más, quería su propia historia de amor, de esas que cuentan los muchos libros que había leído.

Acomodó la falda de su vestido cuando llegó al último escalón de las escaleras y tomó su sombrero de manos de su doncella, se lo puso y caminó al despacho de su padre dispuesta a despedirse, quería ir a dar un paseo, caminaría un poco por el pequeño bosque que, afortunadamente, era posesión de su padre, le encantaba hacerlo, además le serviría para tranquilizarse y sí que lo necesitaba.

Al llegar a la puerta, levantó su mano dispuesta a tocar, pero el fuerte grito de su padre la detuvo.

—¡Basta, Lilian! Es una decisión ya tomada, no hay vuelta atrás, no me molestes más y vete —exclamó furioso su padre; es cierto que nunca fue especialmente cariñoso, pero nunca lo había escuchado así.

—Es tu hija, John, la única que tienes, no lo hagas, por favor, ella no se lo merece, ha sido una buena niña. —Un fuerte estruendo en el interior del despacho hizo que Anne pegara un brinco asustada.

—¡Se casará! Ya está arreglado, déjame en paz. —Anne escuchó el gemido de su madre, posiblemente causado por las lágrimas.

—¡Es un viejo, es incluso mayor que tú! ¿Cómo puedes casarla con él? —Anne sintió que todo a su alrededor empezaba a dar vueltas, su padre le había concertado un matrimonio con un hombre mayor. En ese momento todo su mundo se vino abajo y la tristeza la invadió.

—Disfrutará el inicio de su temporada, no pidas más, al menos podrá asistir a un par de bailes, luego se casará, ahora lárgate que empiezas a hartarme. —Anne dio media vuelta y salió corriendo tan rápido como podía, le habían arreglado un matrimonio y no había vuelta atrás.

Roger se dejó caer en la silla frente a su escritorio, no tenía ánimos de revisar la contabilidad, la verdad era que desde hacía un tiempo empezaba a sentirse muy solo. Hacía poco que se había casado su querida hermana, que era feliz junto al hombre al que amaba, y al haber muerto su padre y su madre estaba completamente solo. En momentos como estos empezaba a plantearse la posibilidad de un matrimonio a pesar de que aún era joven, quería una mujer que le hiciera compañía, que lo esperara en casa, con quien pudiera conversar, que calentara sus frías noches, que le diera una familia, estaba harto de tener una mujer diferente cada noche, estaba decidido, quería una esposa.

Se levantó de su asiento y caminó hasta la pequeña mesa de centro que había en el despacho, tomó las invitaciones que le habían llegado y las revisó una por una, separando a las que jamás asistiría y a las que enviaría su respuesta afirmativa de inmediato. En dos días había un baile en casa de los Bristol, era su mejor oportunidad para empezar, las debutantes jamás se perderían ese baile, y solo invitaban a personas importantes, con título, de buena familia. Sí, definitivamente iría.

No buscaba mucho en una mujer, pero a él le gustaban esas que eran arriesgadas, atrevidas, alegres, extrovertidas, no tenía paciencia para las personas tímidas o calladas, nada de mujeres que vivan a través de libros románticos, ese tipo de mujeres una vez que conocían el mundo real y entendían que ese tipo de historias solo existen en los libros, eran las mujeres más desdichadas del planeta, no quería eso para su vida de casado; sin embargo, solo quería una compañera de vida, estaba dispuesto a ceder en un par de cosas con tal de conseguir a la persona indicada.

Le gustaban las castañas por alguna extraña razón, con hermosas y pronunciadas curvas si era posible, el color de ojos le daba igual, era un hombre al que le gustaba disfrutar de una buena mujer.

Todo empezaría en casa de los marqueses de Bristol, ahí comenzaría su futuro.

Capítulo 1

Anne terminó de arreglarse y se vio al espejo, tenía un lindo vestido verde claro que acentuaba sus delicadas curvas, un vestido confeccionado especialmente para este día, un collar dorado con una hermosa esmeralda en el centro y sus respectivos aretes, una de las joyas de la familia, para finalizar con un lindo recogido adornado con pequeñas esmeraldas. Estaba realmente hermosa, perfecta, era su presentación en sociedad, su padre había preparado todo un baile para ella, todo era perfecto, ella debería estar rebosando en felicidad, pero no era así; no podía dejar de ver su reflejo, la tristeza de su rostro, que por más que lo intentó no pudo disimularla, no podía sonreír, todo esto era una farsa, sentía que iba directo al matadero, no había razón alguna para hacer su presentación en sociedad, se suponía que sería presentada para buscar un esposo, pero ella ya lo tenía, su padre había concertado un matrimonio, esto era una pérdida de tiempo, pero no tenía escapatoria, se suponía que no sabía nada de eso.

Su madre entró a su habitación, pero ella no se movió.

—Estás hermosa, Anni —dijo su madre al verla, en su mirada había tanto amor que Anne a punto estuvo de dejar escapar las lágrimas.

—Gracias, mamá —susurró la hermosa joven sintiendo un nudo en su garganta que no la dejaba hablar.

—Debes estar hermosa, mi niña, es tu primer baile así que debes disfrutarlo tanto como puedas, baila mucho, sonríe, disfruta —dijo arreglando un poco la falda de su vestido—. Aún recuerdo mi presentación en sociedad, pero claro, yo no era tan hermosa como tú. —Su madre pasó su mano por su rubio cabello,

Anne se parecía más a su padre, tenía su rubio cabello y su piel clara, lo único que tenía de su madre eran sus ojos cafés. Su madre siempre había dicho que parecía un ángel.

—Claro, eso haré —susurró Anne, que dejó salir una pequeña sonrisa en forma de agradecimiento. A pesar de todo fue su madre la que le dio la oportunidad de experimentar lo que era asistir a un baile, ser cortejada, coquetear con un caballero, solo que ahora que sabía toda la verdad no quería hacerlo, quería esconderse bajo las cobijas y llorar amargamente por su destino, pero tenía que fingir.

—Perfecto, anda vamos, somos los anfitriones, así que debemos saludar a todos los invitados, aprovechemos que tu padre estará para tu entrada. —La marquesa miró a su hija con anhelo, era hermosa, su mayor tesoro, era un milagro que estuviera viva y ahora solo podía pensar en que no tenía cómo salvarla de su destino y eso solo aumentaba su agonía.

Como muchas, ella también tuvo un matrimonio arreglado, pero había contado con algo de suerte, pues su esposo era joven y apuesto, no tenía mucho que lamentar y soñaba con vivir feliz a su lado; aunque su futuro no fue lo que esperaba, sus hijos la llenaron de un amor tan grande que le dio fuerzas para vivir, pero recordaba los muchos abortos, y su corazón se encogía; su primer embarazo fue todo un éxito, su hijo nació fuerte y sano, y el marqués quedó complacido, pero quería otro para mayor seguridad, decía, lo intentaron una y otra vez y obtuvieron tres abortos hasta que quedó embarazada de nuevo en la peor noche de su vida, pero no importó, porque su bebé creció y nació y, aunque era frágil y un poco enfermiza, su pequeña ahora era toda una jovencita, fuerte, sana y muy hermosa, sin embargo, aún no olvidaba la decepción del marqués al saber que había sido una mujer y que ella no podría embarazarse más, tardó días recuperándose.

Lilian no quería eso para su hija, Anne era su pequeño tesoro, lo había dado todo por mantenerla a salvo y esta vez no sería la excepción, debía buscar la forma de encontrar un mejor futuro para su hija. Su hijo no la ayudaría, estaba segado por el poder que su padre le había enseñado a usar, poco le importaba su hermana, y su esposo estaba más que decidido a casarla a pesar de que rogó e

imploró hasta más no poder para que cambiara de opinión. Estaba sola en esto, pero no descansaría, daría hasta su último aliento por la felicidad de su hija, para algo debía servir ser la marquesa de Bristol.

Lilian tomó la mano de su hija y la sacó de la habitación, tal vez ahora que podía asistir a un par de bailes encontrara a un hombre merecedor de ella que estuviera dispuesto a todo con tal de tenerla, por ahora esa era su única opción, por ahora.

—Mamá, ¿cómo fue tu presentación en sociedad? —preguntó Anne con una mirada curiosa, siempre fue así a pesar de su timidez, curiosa como su madre; Lilian miró a su hija con una sonrisa.

—Fue en el baile de unos duques, no recuerdo cuáles la verdad, pero sí recuerdo que estaba muy emocionada, habían confeccionado un lindo vestido azul para mí y mi madre me había prestado sus zafiros para esa noche, estaba tan emocionada que cuando íbamos a tomar el carruaje para irnos me caí. —Anne miró a su madre sorprendida y ambas soltaron una fuerte carcajada—. Tropecé y caí, llegamos tarde porque tuvieron que arreglarme el peinado de nuevo y mis guantes se rompieron, así que tuve que cambiarlos, pero fue una noche maravillosa, bailé con varios caballeros y reí tanto que mis mejillas dolían. —Anne vio la sonrisa de su madre y se sintió afortunada, siempre había sido una mujer muy fuerte, ni su padre fue capaz de acabar con esa hermosa alma bondadosa y amorosa con tantos golpes y malas palabras.

Lilian recordó aquel día y sintió una fuerte presión en el pecho, hasta esa noche todo fue perfecto, luego, al siguiente día, le anunciaron su matrimonio y ahí empezó la mayor prueba de su vida.

Llegaron a la escalera y Anne pudo ver a su padre esperándolas en la parte inferior; bajaron tranquilamente, y la marquesa se posicionó estratégicamente entre su hija y su esposo, no estaba dispuesta a permitir que su hija escuchara los malos comentarios que supuso estaban por llegar, no esta noche.

Anne juntó sus manos, irguió su espalda y suspiró preparándose para lo que vendría, debía sacar una linda sonrisa a como diera lugar o podrían empezar los rumores y eso era lo que menos quería, así que cuando escuchó la presentación de los primeros en llegar, cerró sus ojos con fuerza y al abrirlos de nuevo, tenía

una radiante sonrisa en sus labios.

Fue presentada a todas las personas que llegaban, pero la verdad era que no recordaba ni uno de los muchos nombres que su madre había pronunciado; su padre, luego de malas caras y fuertes bufidos, se retiró a su despacho alegando malestar, así que se quedaron solas recibiendo a los invitados. Su hermano estaba de viaje, así que no lo vería por un buen tiempo, pero por alguna razón, en cuanto su padre se alejó, la marquesa se relajó y se movió con más tranquilidad y gracia por el salón.

Lilian sentía que iba a explotar, su esposo no hacía más que criticar los modales de su hija, su actuar, su vestido, las joyas y una reverencia, según él, mal ejecutada. Agradecía al cielo que Anne no escuchara nada de eso, así que cuando se fue sintió que por fin podía relajarse y ayudar a su hija a disfrutar de la velada.

Cuando ya la mayoría de los invitados había llegado, se dieron el lujo de caminar por el salón mientras saludaban a unos cuantos conocidos que acababan de llegar. Anne miraba todo con curiosidad, era extraño ver a tanta gente en su casa y, aún más, ser observada por muchos de ellos. Según su madre, era extraño verla ya que solía pasársela encerrada en la escuela para señoritas o en su casa, pocos la habían visto hasta ese día.

Lilian se sentía frustrada, por más que lo intentó, su hija seguía triste. A ella no se le escapaba nada y la conocía demasiado bien como para notar la tristeza mal escondida en su sonrisa, ya no sabía cómo animarla, había intentado presentándole a los caballeros más apuesto del lugar, pero apenas si se inmutó, había intentado presentándole a varias jovencitas con la esperanza de que viera en ellas alguna posible amiga, pero nada, y las ideas se le acababan. Miró a su hija y suspiró, giró su rostro y se encontró con el duque de Marlborough y el conde de Coventry, ellos solían ser muy animados, tal vez lograban sacarle una sonrisa a su pequeña, además el primer baile se acercaba y su hija debía tener una buena pareja.

Roger suspiró exasperado, aunque se había planteado la idea de buscar esposa, no quería empezar en esa fiesta, por alguna razón no estaba de ánimos para coquetear o simplemente sonreír, quería estar en su casa con una botella de

whiskey disfrutando de su noche, pero claro, su amigo tuvo que obligarlo a ir.

—Sigo sin entender porque vinimos, sabes que no me gusta ser perseguido y acosado para que saque a bailar a una señorita que solo sabe hablar del clima — masculló furioso. Sí, esa fue la excusa que puso para no ir, no quería sentirse hostigado por las madres deseosas de matrimonio; Frederick, su gran amigo, duque de Marlborough, soltó una carcajada.

—Deja de exagerar, Roger, es solo un baile, y te recuerdo que por nuestra posición es importante acudir a ellos, y al menos dedicarles uno que otro baile a esas señoritas de las que tanto hablas. ¿No habíamos hablado alguna vez de que necesitamos una esposa? —Roger suspiró. Si su amigo supiera sus intenciones de casarse, posiblemente se volvería loco.

—Así es, se supone que debo asegurarme de que habrá otro heredero en la línea de sucesión antes de morir, pero hoy quería estar tranquilo en casa, encontrar a la mujer no correcta no es cosa de un solo baile.

—Bueno, pues entonces baila con un par de chicas y diles que estás buscando a la mujer correcta, y si eso no se consigue en un solo baile, te dará un poco de tiempo antes de elegir.

—En eso tienes razón. —Ambos continuaron caminando sintiendo las miradas de todas las mujeres presentes a su alrededor, y claro, algún que otro caballero; era curioso verlos allí, pues eran muy pocas las veces que se presentaban a ese tipo de eventos, eran el centro de atención, un par de caballeros apuestos, con título, terriblemente ricos gracias a los negocios que poseían juntos, eran los pretendientes perfectos para muchas de las jovencitas presentes.

—Lord Marlborough, es un placer volver a verlo —dijo la marquesa acercándose a los caballeros seguida de Anne—. Lord Coventry, permítanme presentarles a mi hija, Lady Anne Wadlow. Hija, ellos son Lord Fredrick Aldridge, duque de Marlborough, y Lord Roger Gibbs, conde de Coventry — dijo haciendo las debidas presentaciones; su hija apenas si miró a los caballeros, sin embargo, ambos caballeros dejaron un pequeño beso en el dorso de la mano de la joven.

Roger miró a joven con curiosidad, era muy hermosa, debía aceptarlo, aunque parecía bastante tímida, apenas si había levantado la mirada desde que los habían

presentado. Su cabello rubio era hermoso y brillante como el sol, su piel era pálida y su cuerpo de unas delicadas curvas no era de su gusto si era sincero, pero era su presentación en sociedad, bien podía poner de su parte para que disfrutara la velada.

Anne no se atrevía a levantar la mirada, siempre era lo mismo, los hombres halagaban su belleza y sonreían educadamente esperando una sonrisa coqueta o al menos una pequeña mirada, pero al ver el desinterés en ella, alegaban pendientes y terminaban alejándose, ya le había pasado al menos dos o tres veces esta noche.

—Es un placer, milady —respondió el conde con una coqueta sonrisa; claro, ahora que debía buscar esposa al menos pensaba disfrutarlo, y esa joven en particular era realmente hermosa, pero sin esperárselo, ella levantó su rostro y entonces vio esos profundos ojos cafés. Anne estaba sorprendida, ningún caballero le había hablado solo a ella.

—El placer es mío, milord —respondió Anne mirándolo atenta, esperando su siguiente movimiento.

—Milady, ¿me permitiría el siguiente baile? —dijo Roger al escuchar que empezaban a tocar la melodía de un vals; la joven asintió tímidamente, no podía rechazarlo, su madre la mataría; el conde no pudo evitar ver la sonrisa de victoria en los ojos de la marquesa, claro, logró lo que quería, una pareja de baile para su hija, un posible candidato a pretendiente. La marquesa en lo único que podía pensar era que su hija, tal vez al fin, empezaba a sentirse más cómoda y tranquila, lo suficiente para bailar.

Roger tomó su mano y la llevó a la pista de baile, poco a poco la música empezó a sonar con más fuerza y el baile empezó, pero Anne se concentró en ejecutar correctamente sus pasos de baile, poca atención prestó a las miradas o gestos del conde, lo que estaba enloqueciendo al encantador joven; Roger estaba acostumbrado a ser el receptor de pequeños coqueteos, sonrisas sensuales y miradas cómplices, y eso era lo que esperaba recibir de la joven, pero no, ella apenas si lo miraba mientras bailaban, cualquiera diría que su presencia le era completamente indiferente y bien podría estar bailando con un palo.

—¿Se encuentra usted bien, lady Wadlow? Parece algo distraída —dijo él

intentando llamar su atención; Anne lo miró apenas y un poco asustada.

—Lo lamento, milord, ¿He hecho algo mal? El baile no es mi fuerte, discúlpeme, como sabrá es mi primer baile y una cosa es practicar mientras aprendes a hacerlo frente muchas personas que no dejan de mirarte. —Anne miró a su alrededor disimuladamente y, como se imaginó, había varias jóvenes mujeres ya adultas mirando la escena con curiosidad.

—De hecho, baila usted exquisitamente, cualquiera diría que es toda una experta en la materia, pero es normal que sienta nervios, recuerdo que el día que mi hermana fue presentada en sociedad estaba tan nerviosa que me pidió que la acompañara en su primer baile, pero al igual que ella, es su primera temporada y estoy seguro de que a medida que vayas compartiendo tus bailes con más caballeros ganarás la seguridad que necesitas y entonces podrás moverte con tranquilidad —dijo Roger; era la conversación más extraña que había tenido con una joven, ahora resultaba dándole consejos para calmarse y disfrutar de su primera temporada en Londres.

Anne suspiró derrotada, posiblemente en cuanto se casara, que al parecer sería muy pronto, no volvería a salir a bailes, porque según creyó escuchar, el hombre era, incluso, mayor que su padre que de por sí ya era mayor, no tendría sentido practicar.

—Esperemos que así sea, milord —respondió ella educadamente, solo esperaba que el baile terminara, volvería junto a su madre y evitaría volver a bailar, no quería ilusionarse más con coqueteos, caballeros y lindos bailes.

—¿Por qué tengo la sensación de que no está disfrutando su baile, milady? —preguntó directamente Roger esperando una respuesta sincera; Anne sintió que su cuerpo se tensaba. ¿Cómo iba a responder a ello? No era buena mintiendo, por alguna razón siempre terminaban descubriéndola y resultaba con más problemas que al principio.

Capítulo 2

—Es ridículo, mi lord, ¿cómo no voy a disfrutar tan agradable velada? Además, apenas empieza, queda mucho por disfrutar —dijo Anne; sin poder evitarlo, su voz fue disminuyendo el tono a medida que hablaba, definitivamente debía aprender a mentir, lo necesitaba, esto de quedar siempre en evidencia no le gustaba nada.

—Muy interesante, ahora ¿sería tan amable de ser sincera conmigo? No soy muy amante de las mentiras, dicen por ahí que es mejor sufrir con la verdad que matar con la mentira. —Anne lo miró con ceja levantada y de sus labios se escapó una sonrisa burlona.

—No es para tanto, milord, está usted exagerando, un tema de conversación como el nuestro, aunque solo contenga mentiras, no podría matar a nadie. —Roger sonrió al escucharla, por fin empezaba soltarse un poco y hablaba con un poco más de libertad.

—Se equivoca, milady, una sola mentira que salga de tan dulces labios, podría enamorar hasta el más duro corazón. —Anne achicó sus ojos como queriendo ver lo que pasaba por la cabeza del conde.

—¿Por qué las mentiras enamorarían? —Roger sonrió complacido al ver que ella había entendido el significado de su frase, pocas jóvenes notaban algo un poco más allá de sus narices.

—Bueno, en ese caso no serían exactamente las mentiras las que enamoran, se podría decir que es la forma en que se usan, me explico, una mujer tan dulce como usted, podría decir cuántas mentiras desee para enamorar un caballero, cualquiera le creería, si supiera mentir claro está, lastimosamente es muy fácil

descubrir cuando miente, milady, y eso que solo llevo unos pocos minutos conociéndola. —Las mejillas de Anne se tornaron rosadas, pero se negó a dejarse intimidar por sus palabras.

—Bueno, si hace un segundo hablaba usted de matar con una mentira, ¿por qué ahora cambia a enamorar con una mentira? ¿Qué conexión tiene la una con la otra? —preguntó Anne sacando la valentía de algún lugar; por primera vez en su vida habló libremente, después de todo no tenía la necesidad de parecer encantadora, ya tenía un matrimonio.

—A mi parecer, el amor es muy similar a la muerte. —Anne frunció el ceño confundida.

—No entiendo, se supone que el amor es algo hermoso, ¿qué tiene de parecido con la muerte? —dijo confundida.

—Sencillo, mi querida señorita, el amor es hermoso ciertamente, pero es como morir porque deja usted de vivir solo por usted misma, se le da más importancia a la otra persona, olvidándose de uno mismo, quedándose en segundo plano, de alguna forma, matándose a sí mismo; así que el amor es morir por darle tu vida al otro, pero sin duda alguna, es una muerte que vale la pena experimentar. — Anne hizo una extraña mueca que causó la risa del conde.

—La verdad, suena terrorífico —admitió ella horrorizada; Roger sonrió y negó con la cabeza.

—Créame, milady, no lo es, es uno de los mayores placeres de la vida, digamos que es algo que aunque te cause cierto sufrimiento, es tan placentero que uno está dispuesto a todo con tal de seguir viviéndolo. —Anne lo miró, deseosa de hacer más preguntas, pero no se atrevía, no debía interrogarlo en medio del baile, ¿o sí?

Roger notó su mirada curiosa, pero se sintió decepcionado al ver que ella no pronunciaba palabra alguna, parecía una mujer sumisa y no le gustaba, aunque era también muy dulce, lo que le encantaba, la hacía ver muy inocente y cariñosa.

—Interesante, milord —respondió simplemente ella, y Roger, sin poder evitarlo, bufó, ganándose la curiosa mirada de la joven.

—¿Por qué no me dice lo que de verdad desea decir? Yo no la juzgaré ni

mucho menos. —Anne sintió el calor en sus mejillas de nuevo y se sintió frustrada, odiaba ser tan tímida.

—Es solo que parece saber mucho del amor, milord, ¿está usted enamorado o ha estado enamorado? —Roger negó con la cabeza.

—Ninguna de las dos opciones, milady.

—Entonces, ¿por qué habla con tanta seguridad del tema si no lo ha experimentado? —Roger se encogió ligeramente de hombros restándole importancia al tema.

—Aunque no he experimentado el amor, debo admitir que he aprendido observando a las parejas a mí alrededor, la verdad es que soy un hombre al que le gusta fijarse hasta en el más mínimo detalle y es curioso ver a las parejas que dicen estar enamoradas, digamos que ayuda a saber qué hacer y qué no en ciertos momentos. —Anne abrió sus ojos sorprendida.

—Muy curioso —susurró ella muy bajo, y el conde asintió.

—Por ejemplo, ¿había notado que sus ojos tienen un pequeño toque dorado cuando se observan fijamente? —Anne se quedó en completo silencio, jamás había notado algo así. ¿Cómo es que él lo notó?—. Puede comprobarlo frente a un espejo, milady. —Anne decidió intentarlo cuando llegara a casa, pero entonces, una pregunta más apareció en su cabeza y prefirió hacerla en ese mismo momento antes de arrepentirse o antes de que se le acabara la poca valentía que tenía en el cuerpo.

—Tengo una duda, ¿tiene este tipo de conversaciones con todas las mujeres con las que baila? Porque según tengo entendido, los bailes no suelen ser tan interesantes. —Roger sonrió y negó con la cabeza.

—La verdad es que usted es con la primera mujer o incluso persona con la que hablo de temas así, pero ciertamente no es un tema común en un baile. —Justo en ese momento, la música se detuvo, impidiéndole a Anne hacer una pregunta más, así que, rápidamente, hizo la debida reverencia y se alejó de él prácticamente corriendo.

En cuanto estuvo lo suficientemente lejos, apoyó su espalda en una de las columnas del salón y tomó una gran bocanada de aire, por alguna razón empezaba a sentirse mareada, necesitaba salir de allí, así que caminó hacia las

escaleras importándole poco abandonar su propio baile de presentación; no era capaz de levantar la mirada del suelo, si alguien la había visto salir del salón, no quería saberlo, no quería atormentarse, simplemente quería llegar a su habitación y escabullirse por su pequeño balcón para poder ver las estrellas.

Pero justo cuando iba por la mitad de las escaleras, una fuerte mano tomó su brazo deteniéndola tan bruscamente que a punto estuvo de caer por las escaleras y gritar, pero al levantar la mirada, vio a su padre terriblemente furioso frente a ella, tuvo que morderse la lengua para no gritar del miedo.

—Padre —susurró temerosa; sus ojos estaban inyectados en sangre, parecía que explotaría en cualquier momento.

—¿Se puede saber a dónde vas? Que yo sepa, no tienes permitido retirarte, si es usted la razón de esta fiesta, no voy a tirar mi dinero a la basura permitiendo que te retires. —Anne sintió su cuerpo temblar, y el brazo, justo donde su padre la tomaba, empezaba a dolerle.

—Me siento un poco mal, solo quiero retirarme por unos segundos, no tardaré. —Su padre la obligó a girar y le dio un empujón para que empezara a bajar las escaleras de nuevo. Por suerte, estaban lejos del salón y era poco probable que alguien los viera.

—Me tiene sin cuidado si sientes que estás a punto de morirte, vas a bajar, bailarás con todos los caballeros que se te indique y pondrás una linda sonrisa en tus labios, ¿entendido? —En ese momento ya habían bajado el último escalón, pero el marqués se negaba a soltar a su hija y estaba causándole mucho daño.

—Sí, señor —susurró ella casi sin voz, sus ojos empezaban a cristalizarse por el dolor y el miedo se apoderaba de ella, nunca había visto a su padre actuar así.

—Ni se te ocurra llorar. Anne, porque te juro que si me haces quedar mal, la pagarás. —La joven mordió su lengua para detener sus lágrimas, ahora entendía por qué su madre la mantenía alejada de él, pero ¿por qué la trataba así? Ella siempre había sido una buena hija.

—Por favor, suélteme, me está dañando —susurró ella, y el marqués, al darse cuenta de la fuerza que ejercía sobre su brazo, la soltó y notó la marca roja que empezaba a formarse.

—Más te vale que tapes eso, y cuento hasta cinco y te quiero ver en el salón, si

no, yo mismo subiré y te bajaré del cabello si es necesario. —Dicho eso, dio media vuelta y volvió al salón; Anne se dejó caer al suelo derrotada, pero se negó a llorar, miró su brazo y delicadamente bajó la pequeña manga del vestido para intentar tapar la marca.

Se quedó ahí por dos segundos, luego se levantó rápidamente y alisando la falda de su vestido entró al salón, encontrándose con su padre a unos pocos pasos.

—Sonríe —ordenó él, y ella obedeció; la marquesa, al ver a su esposo junto a su hija, corrió hacia ella y se hizo en medio de los dos, podía ver los ojos llorosos de su hija, algo le había hecho ese hombre. ¿Cómo pudo descuidarla?

—Anne, ¿por qué no vas y paseas un poco por el salón? Seguro que te aburrirás estando aquí de pie con este par de viejos —dijo amorosamente la marquesa mirando a su hija, pero Anne no pudo evitar mirar a su padre con miedo.

—No, ella se queda —sentenció el marqués, pero su esposa negó con la cabeza.

—No la necesitas junto a ti, conocerá a más personas si camina por el salón, debe buscar a su pareja para el siguiente baile. —El marqués estuvo a punto de negarse, pero su esposa ya le había dado un leve empujón a su hija para alejarla de allí.

—Ten cuidado con lo que haces —dijo el marqués a su esposa—, recuerda quien manda. —La marquesa no prestó atención a sus palabras, estaba concentrada en su hija, poco le importaba lo que pueda pasarle a ella.

Roger caminó hacia su amigo que parecía inmerso en sus pensamientos observando a cierta joven sentada a lo lejos.

—¿Algo que te guste? —preguntó, pero su amigo negó con la cabeza.

—Nada en especial, simple curiosidad.

—¿Y puedo preguntar por qué tanto interés en cierta joven? —Frederick lo miró y sonrió.

—Simple curiosidad, cierta joven tiene características que llaman mi atención, pero nada en especial, solo la observo e intento entenderla. —Roger miró a la joven y sonrió.

—Es hermosa sin duda, pero si su padre nota tu interés en ella puede tomarte como su objetivo, y su hermano te odia, mucho más después de ese interesante baile, parecían un par de amantes confidentes con tanta cercanía y palabras en susurros; tendrías muchos problemas. Aunque a tu madre le encantaría saber que estas interesado en una joven.

—No tengo interés en casarme, amigo mío, tengo pensado disfrutar un poco más antes de ponerme en la tarea de un heredero, mi madre ya empieza a entenderlo; solo la observo, no pasa nada si solo la observo, además solo hablamos, fue interesante, pero una simple conversación no puede despertar habladurías, mejor te invito a tomar algo lejos de aquí. —Ambos caballeros salieron del lugar, pero ambos tenían la mente muy lejos de allí.

Muy cerca de la salida, Roger giró el rostro y vio a Anne apoyada en una columna, ligeramente alejada de los demás invitados, lo que llamó su atención.

—¿Qué hará tan alejada de todos? —susurró Roger; Frederick siguió su mirada y se encogió de hombros.

—No lo sé, debe estar descansando tal vez. —Roger negó con la cabeza.

—No, no puede ser posible, disfruté de su primer baile y me dio a entender que estaba muy emocionada —mintió, pero es que no sabía qué más decir; justo en ese momento la joven elevó su mano a su rostro como limpiando una lágrima, y el conde sintió una presión en el pecho.

—Iré con ella, ¿podemos dejar el trago para otro momento? —Y sin esperar respuesta se acercó a ella.

Anne seguía necesitando ese momento a solas, ahora más que nunca, así que mirando disimuladamente a su padre, se alejó un poco de los invitados y se apoyó en una de las columnas, miró su brazo y este empezaba a ponerse morado, entonces sintió una lágrima bajar por su mejilla, le dolía su brazo, le dolía el trato que tenía su padre con ella, le dolía no tener una oportunidad; rápidamente levantó su mano y limpió la lágrima que caía.

—Me pregunto, ¿por qué ha de esconderse una joven hermosa en su baile de presentación en sociedad? —dijo Roger al llegar a su lado, sobresaltándola; Anne intentó bajar la pequeña manga de su vestido para evitar que el conde la viera, pero fue inútil, los ojos del conde se clavaron en su brazos, en donde su

blanca piel era interrumpida por un enorme morado.

—Nada importante, milord, de hecho estaba por volver —dijo, pero al intentar alejarse, él la tomó delicadamente de la cintura y la mantuvo en su lugar.

—Me vas a decir ya mismo de dónde salió ese morado —dijo Roger furioso, estaba completamente seguro de que eso no estaba ahí cuando bailaron, y ahora sentía su sangre hervir solo de verlo.

Capítulo 3

Anne sintió que el aire empezaba a faltarle, miró su brazo y vio que efectivamente empezaba a formársele un enorme morado que marcaba a la perfección la mano de su padre, le dolía terriblemente. Levantó la mirada y vio cómo los ojos del conde se oscurecían de la furia, así que bajó la mirada intimidada e intentó bajar un poco la manga del vestido.

—No es nada —susurró ella y mordió ligeramente su labio inferior intentando mantener las lágrimas lo más lejos posible, ya de por sí era vergonzoso que el conde la haya visto, no quería que nadie más la descubriera.

—Hasta donde tengo entendido los morados no suelen hacerse porque sí mágicamente, eso es una mano. ¿Alguien quiso lastimarte? —preguntó preocupado el conde, siempre odió cómo los hombres mostraban su poder o superioridad por medio de los golpes, por suerte su padre nunca intentó golpear a su madre o a su hermana, no lo habría soportado, y sin duda alguna, él jamás intentaría golpear a su esposa, cuando la tuviera, o a sus hijas, si llegaba a tenerlas.

La joven miró de lado a lado y entendió que debía escapar, a su derecha la pared estaba muy cerca, casi sobre ellos, y a su izquierda estaba Lord Coventry, quien parecía dispuesto a conseguir respuestas, respuestas que ella no podía darle, así que sí, era el momento de escapar, y para su suerte, el tercer baile de la noche empezaba, así que varias parejas se acercaban, si pudiera pasar por su lado llegaría a la multitud rápidamente y desde allí podría huir, solo debía encontrar la forma de esquivar al conde.

Roger sentía que su paciencia estaba llegando a su fin, no podría esperar toda

la noche para escuchar lo que quería escuchar, pero tampoco quería ponerse a pensar en las miles de posibilidades por las que ese morado llegó a formarse, temía perder el control en medio de tan elegante fiesta y empezarían a circular demasiados rumores, posiblemente no solo sobre él sino también sobre ella, debía buscar una mejor opción, solo quería ayudarla, darle una buena presentación en sociedad para recordar, solo eso.

Vio cómo la joven empezaba a removerse inquieta bajo su mirada y cómo seguía atentamente a las parejas que se aglomeraban en la pista de baile. ¿Quería escapar? Pues bien, no le daría la opción, así que sin pensar en lo que hacía, la tomó de la mano y la llevó al centro de la pista, puso su mano sobre su pequeña cintura y comenzó a moverse cuando la música empezó.

Anne tenía todo fríamente planeado, no había nada que pudiera salir mal, se sentía orgullosa de sí misma por haber planeado semejante hazaña en tan pocos segundos, así que cuando llegó el momento indicado, el momento esperado, cuando pensó que podía irse, el joven la tomó de la mano y la llevó a la pista de baile, tan sorprendida estaba que no opuso resistencia, y una vez estando en la pista le era imposible negarse, así que en cuanto él puso su mano en su cintura, a pesar del extraño corrientazo que atravesó su espalda, empezó a moverse elegantemente.

—No se va a librar de mí hasta que me diga la verdad, milady. Ni lo intente, no sabe todo lo que soy capaz por conseguir lo que quiero. —Ella empezó a sentirse nerviosa, inquieta, y lo peor era que tenía demasiado tiempo a su lado, demasiado para su gusto y su seguridad, el baile apenas empezaba, hoy no podía tener peor suerte.

—No pretendo ser grosera, milord, pero el tema no es de su incumbencia, lo mejor será evitar el asunto y dejarlo pasar, por ahora disfrutemos del baile y listo. —A pesar de que su voz temblaba a medida que hablaba, Anne se sintió orgullosa por haber sido capaz de al menos decirlo. Nunca, a lo largo de su vida, había tenido la valentía de decir algo así, siempre agachaba la cabeza y cerraba sus ojos mientras rogaba al cielo que sea lo que sea que fuera a pasar, terminara pronto, pero ya nada le importaba, si ellos habían manipulado su futuro, bien, ya no tenía opción, pero siempre podía manejar su presente.

Roger elevó una ceja curioso, sin duda era una mujer que con un poco más de confianza se levantaría sobre cualquiera con tal de defender lo que creyera o defenderse a sí misma, y eso le gustaba, pero no dejaba de pensar en la marca de su brazo.

—Es sorprendente que quiera defender a un ser tan ruin que fue capaz de lastimarla de esa forma en medio de su fiesta de presentación. —Anne puso los ojos en blanco sin importarle el decoro o las reglas de la sociedad.

—¿De qué serviría que se lo diga? Después de todo el morado ya está y poco o nada es lo que puede usted hacer para remediarlo. ¿Qué importa quién fue? Pronto solo será un mal recuerdo y asunto arreglado, o no me diga, ¿acaso tenía planeado ir y enfrentar al hombre exigiendo una explicación formando así un escándalo? —Ella miró disimuladamente a sus padres; su madre tenía una enorme sonrisa en sus labios mientras que su padre tenía el ceño fruncido mientras los miraba disgustado, solo en ese momento empezó a pensar en la razón, y entonces lo entendió, dos bailes en la misma velada con el mismo caballero, eso solo significaba un cortejo.

—Al parecer hasta ahora nota que somos el centro de atención, todo un escándalo desde ya. ¿Qué más da un par de golpes entre caballeros? —Anne abrió los ojos sorprendida, si no fuera porque Roger movía su cuerpo con tal gracia y elegancia que la hacía quedar bien, incitándola a ella a moverse, hubiera quedado en ridículo al quedarse completamente quieta en pleno baile.

Anne miró una vez más a sus padres y sintió que su cuerpo se erizaba a causa de la mirada de su progenitor, tendría muchos problemas.

La marquesa estaba dichosa, su hija había conseguido bailar dos veces con el mismo caballero la misma noche de su presentación en sociedad. ¡Había posibilidades! Muchas posibilidades de que su hija tuviera un futuro feliz, pero cuando vio a su esposo acercarse a la pareja posiblemente con el propósito de alejarlos, ella actuó.

—¿A dónde vas? —preguntó en un susurro tomándolo del brazo. El marqués miró con fastidio a su esposa y resopló.

—¿Acaso debo darte explicaciones? No lo creo, así que suéltame y no molestes. —Lilian mordió su labio con miedo, pero no lo soltó, ella ya se había

acostumbrado a aguantar sus arranques de furia.

—Es solo que no me parece apropiado que los interrumpas en un momento así, podría generar rumores. —John se soltó del agarre de su esposa con un fuerte tirón y la fulminó con la mirada.

—¿Entiendes que ella ya está comprometida verdad, Lilian? No se lo he dicho por toda esta estupidez tuya de que ella debía tener su presentación en sociedad, ni siquiera entiendo por qué accedí, pero se lo diré de una vez, así deja de soñar con conquistar al conde. —Soltó una cruel carcajada burlona—. Un conde, es ridículo, jamás estaría a nuestra altura. —La marquesa enderezó su espalda y un dio paso al frente sintiéndose valiente. “Por mi hija”, se decía una y otra vez.

—No voy a permitir que cases a mi hija con ese viejo verde —aseguró ella fuerte y claro; el marqués la miró con ganas de querer matarla, miró a lado y lado y vio que había demasiadas personas cerca, tampoco quería arruinar el buen nombre de su familia, así que se acercó a ella y habló bajo para no ser escuchados por quienes no debían.

—Esta grosería la vas a pagar, Lilian, parece que te olvidaste de tus modales, pero yo te enseñaré, y no solo a ti, sino también a Anne, y a ver quién gana, porque ella se casa. —En cuanto John dio media vuelta y salió directo a su despacho, Lilian sintió que su cuerpo temblaba y que por fin podía respirar de nuevo; eso fue demasiado arriesgado sin duda alguna, y ahora ambas estaban en un serio problema, al parecer, había llegado la hora de hablar con su hija y con aquel conde; el tiempo se les acababa.

Anne continuó bailando simulando tranquilidad, mientras sus miradas se seguían la una a la otra sin pudor alguno, sin perderse el más mínimo detalle, con miedo a parpadear por temor a perderse. No había más qué decir, Roger se olvidó de sus ganas de matar a alguien, y Anne se olvidó de su desdicha, encantada por todo lo que su corazón experimentaba en esos momentos, por primera vez se sintió importante.

En cuanto el baile terminó, ambos hicieron la debida reverencia, pero ninguno se alejó, así que Roger, ofreciéndole su brazo, la llevó hasta la mesa con bebidas.

—Entonces no me dirá —dijo Roger, que al ver la confusión en ella, le dio una rápida mirada a su brazo, y Anne suspiró cansada.

—No —tomó un vaso con limonada y lo acercó a sus labios.

—Será mejor que me retire —murmuró él en cuanto la marquesa los alcanzó, hizo la debida reverencia y dando media vuelta se alejó.

—¿Pasa algo, madre? Te ves un poco pálida —dijo preocupada al ver el rostro de su madre, pero la marquesa negó con la cabeza y acariciando el rostro de su hija sonrió; su pequeña era hermosa, aún no entendía en qué momento había crecido tanto; era hora de trabajar juntas.

—Estoy bien, pero debemos hablar, así que en cuanto la velada termine, espérame en el jardín trasero, cerca de la fuente, y por ningún motivo dejes que tu padre te vea. —Le dio un beso en la frente y se fue, dejando a una Anne bastante confundida.

En cuanto la velada terminó, bien entrada la noche, casi de madrugada, Anne se escabulló de su habitación tan cuidadosamente como pudo hasta el patio trasero y, al salir, prácticamente corrió hasta la fuente, pero no había nadie, así que se sentó un momento al borde de esta y suspiró. Algo grave debía estar pasando como para que su madre quisiera alejarla de casa así, y como si la hubiera invocado, la sombra de la marquesa la sobresaltó. Lilian se acercó rápidamente y tomó la mano de su hija para emprender el camino.

—¿A dónde vamos, mamá? —Lilian, ignorando la pregunta de su hija, miró hacia atrás para asegurarse de que nadie las siguiera y continuó caminando.

—Solo no te alejes y has todo lo que te diga, ¿bien? —Anne frunció el ceño confundida, pero igualmente asintió.

Caminaron durante más de una hora, casi dos, hasta una antigua cabaña, bastante vieja, hecha de madera, parecía haber sido construida para que alguien pudiera tomar un descanso sin necesidad de ir hasta la mansión, porque tenía unos cuantos sofás, leña cerca de la pequeña chimenea y un pequeño comedor, aunque dudaba que hubiera comida allí.

Contra todo pronóstico, su madre la llevó hasta uno de los sofás y la acomodó allí para luego ir hasta una pequeña cómoda, donde, al abrir uno de sus cajones sacó una botella de oporto junto con dos copas, se acercó a su hija y se sentó a su lado, sirvió las copas y le tendió una a Anne.

—Bébelo, lo necesitaremos, no es tan fuerte como el whiskey, pero algo es

algo. —Bebió todo el líquido de un solo trago, pero Anne apenas si pudo dar un pequeño sorbo, era la primera vez en su vida que probaba algo así y no le gustó el ardor en su garganta que este provocó.

—¿Me vas a decir de una vez por todas qué es lo que pasa? —preguntó Anne nerviosa, al parecer esa noche estaba destinada a perder los nervios y no lo soportaba, y para colmo de males, su madre solo empeoraba la situación con su silencio.

—Esto es algo muy serio e importante, si tu padre llega a preguntarte o contarte algo, solo simula que no sabes nada y hazte la sorprendida o que se yo, pero que tu padre no sospeche nada, ¿entiendes? —La joven miró a su madre con desconfianza, nada bueno podía empezar con una petición así, pero era su madre, nunca podría negarle nada.

—Claro, mamá, entiendo, haré lo que me pidas. —Lilian asintió conforme, este era el momento, cuando su esposo la encontrara posiblemente la dejase para no poder moverse por un buen tiempo, así que era ahora o nunca.

—¿Quieres ser feliz? —preguntó la marquesa directamente, pero Anne no entendió la pregunta, así que ante el ceño fruncido de la joven, Lilian siguió explicando—. Tal vez no lo sepas, tal vez sí, recuerdo que de pequeña te gustaba escabullirte por la casa para escuchar conversaciones ajenas, así que ahora no sé qué tanto conoces del tema, y aunque debes conocer toda la historia para entenderla, por ahora solo hablaremos de ti, la noche es larga y el oportuno nos mantendrá despiertas. —Anne suspiró.

—Solo dilo, mamá.

—¿Quieres ser feliz? ¿Quieres tener un futuro junto a un hombre que te ame, que ames más que a nada en el mundo? —Por un momento, la joven sintió rabia. ¿Quién no quería algo así? Pero su padre le había quitado esa oportunidad, y ya que estaban hablando libremente, pues era hora de hablar con la verdad.

—No tengo opción, al parecer mi destino está marcado junto a un viejo verde que es incluso más viejo que mi padre —dijo furiosa, era triste que su madre le jugara ese tipo de bromas, si ella no tenía opciones, ¿para qué ilusionarla?

—No te estoy preguntando por la decisión que tomó ese señor, te estoy preguntando por lo que tú quieres, por lo que te pide tu corazón. —Anne se

quedó sin palabras. ¿Qué estaría planeando su madre? Porque sea lo que sea, algo le decía que su padre estaría furioso, prácticamente estarían pasando por encima de sus leyes, de sus órdenes.

—Claro que quiero ser feliz, quiero encontrar un hombre que me ame, quiero tener mi propia historia de amor, tener una familia, una vida libre para vivir mi amor. —Lilian sonrió emocionada, eso era lo que quería escuchar.

—Bien, pues tengo un plan para conseguir tu felicidad, tú harás todo lo que yo te diga, no debes preocuparte por tu padre, de él me encargaré yo, y como supongo debes tener muchas preguntas y sé que debo empezar desde el comienzo para ayudarte a entender, así que te contaré mi historia, te contaré mi plan y ya verás cómo va a funcionar.

Lo único que Lilian no fue capaz de decirle a su hija era que posiblemente ella tendría que costear por la felicidad de su hija, pero era un precio que estaba dispuesta a pagar.

Capítulo 4

—Cuando yo era joven, el día de mi presentación en sociedad, como te lo conté en algún momento, fue una noche maravillosa, no era la más hermosa o la perfección en persona como sí lo eran muchas otras debutantes, sin embargo, se puede decir que de alguna forma triunfé en mi noche, ni un solo baile tuve que pasarlo sentada, tenía varias opciones, muchos caballeros se interesaron en mí, todo era grandioso, pero mi padre lo arruinó. —Lilian respiró profundo, cómo le dolía recordar aquello, si tan solo la sociedad fuera diferente o por lo menos estuviera dispuesta a cambiar, si tan solo más mujeres no fueran vistas como un mejor objeto de decoración, todo sería diferente.

—¿Qué hizo el abuelo? —preguntó curiosa Anne; eran muy pocos los recuerdos que tenía de su abuelo, murió cuando ella era una niña, así que su rostro era un recuerdo muy borroso, no creía llegar a recordar si había sido bueno o malo.

—Mi padre era adicto al juego, miles de veces estuvo a punto de perder el dinero de la familia, tenía muchas deudas, su tenencia por el alcohol crecía cada día y llegamos al punto de perder mi dote. Mi hermano heredaría las deudas, una mujer sin dote difícilmente se casa, mi padre empezaba a enfermar, mi madre y yo quedaríamos a la deriva, para ese momento ya habíamos perdido las esperanzas, así que decidió que en su último juego lo apostaría todo, apostaría lo único que le quedaba. —Lilian cerró sus ojos con fuerza, solo decirlo le provocaba unas terribles ganas de vomitar.

—¿Qué aposto si ya lo habían perdido todo? No tenían tu dote. —La marquesa sonrió ligeramente, al menos tenía a sus hijos y los amaba más que a nada en el

mundo, lo único bueno que sacó de tanta basura y tanta maldad.

—A mí. —Con esas dos pequeñas palabras, la bella joven se quedó sin habla, la había apostado a su propia hija, no quería imaginarse a una joven hermosa, delicada, amorosa, inocente, siendo víctima de un montón de hombres borrachos que la pasaban de mano en mano como si de un objeto se tratara.

A pesar de que Anne no tenía el padre o la familia deseada, nunca los creería capaz de venderla así, además su madre siempre la amó, jamás permitiría que le hicieran algo así. ¿Qué si se aprovechaban de ella? No tenía la obligación de casarse, de eso estaba segura, pero ¿por qué hacerlo? Es como si la convirtieran en una cortesana.

—Tengo miedo de preguntar, mamá, pero si mi padre te ganó en un juego, obviamente no tenía la obligación de casarse, entonces, ¿cómo terminaron casados? —La marquesa se encogió de hombros.

—Cuando mi padre me entregó a él, como podrás imaginártelo fue el primer hombre en mi vida, aunque no sabes mucho del asunto, llegó la hora de que lo sepas, te casarás dentro de poco y no quiero que llegues completamente ignorante. —Anne frunció el ceño.

—Pero no quiero hablar de eso, mamá, quiero que termines de contarme sobre cómo terminaste casada con papá. —Lilian acarició suavemente su mano.

—La noche apenas empieza, pequeña, aún queda mucho tiempo para hablar, tuve problemas con tu padre, así que lo mejor será que no vayamos a casa aún. —Anne asintió.

—Bien, empieza.

—La noche de bodas puede ser muy maravillosa, depende del hombre, pero algo me dice que tu elegido será muy delicado y cariñoso, así que sé que será maravillosa, al principio te dolerá un poco, es completamente normal, pero ya verás cómo poco a poco y con un par de caricias allí y allá por parte de tu esposo será grandiosa y podrás disfrutar, no debes tener miedo; aunque no tiene que ver con el tema, recuerda que no estás obligada a yacer con él si no quieres, eres una mujer no un objeto para darle placer a tu esposo, vales mucho como persona y como mujer. La mujer es la única capaz de dar vida, no dejes que nadie te haga sentir diferente, mucho menos tu esposo, si sabe valorarte sabrá apreciar todas y

cada una de tus cualidades y defectos. —Lilian necesitaba enseñarle sobre la vida tanto como le fuera posible esa misma noche, no confiaba en la reacción que tendría su esposo en cuanto la viera, pero casi podía imaginárselo encerrándola como lo hizo en aquella ocasión hasta que cedió a sus órdenes.

—¿Por qué me dices esas cosas, mamá? —preguntó Anne nerviosa; ese tipo de enseñanzas no eran comunes, jamás había escuchado ese tipo de lecciones.

—Porque en algún momento la historia cambiará, hija, y la percepción del mundo sobre las mujeres no es justa, no quiero que mi historia se repita, quiero que tengas un mejor futuro. —La joven sintió tristeza por la vida que su madre se había visto obligada a vivir.

—Cuéntame más sobre ti, mamá —rogó ella a su madre deseosa de entender sus palabras.

—La noche que estuvimos juntos no fue tan mala, no fue perfecta, pero al menos él hizo un gran esfuerzo por ser cuidadoso, luego mi padre volvió a apostar y perdió con otro hombre, pero tu padre le pagó para que se negara a pasar una noche conmigo, supongo que sintió algo al ser mi primer hombre y no le gustaba la idea de que estuviera con otro, así que apostaba una y otra vez para tener una noche conmigo, pero quedé embarazada. Mi padre estaba dispuesto a enviarme lejos y nadie volvería a saber de mí, sin embargo, tu padre no lo permitió, aseguraba que ninguno de sus hijos crecería como un bastardo o un sirviente, así que nos casamos; al poco tiempo nació tu hermano y cómo has podido ver, creció lejos de mí, su padre se encargó de mantenerme lejos y criarlo a su semejanza, poco pude hacer; tu padre quería más hijos, pero por alguna razón los perdía, hasta que me embaracé de ti; él se decepcionó al saber que sería mujer, pero yo fui la mujer más feliz de este mundo porque serías mi pequeña.

—Él prácticamente se olvidó de mí —murmuró Anne recordando los pocos segundos que tuvo junto a su padre a lo largo de su vida.

—Exacto, así que te tuve para mí, por eso insistía manteniéndote alejada de él, aunque en más de una ocasión te usó en mi contra. —Al ver el ceño fruncido de su hija, Lilian se explicó—. Nunca fui muy dada a cumplir órdenes, la verdad es que solía negarme a sus órdenes y siempre fui muy rebelde, hasta que un día me golpeó y me dijo que no volvería a ver a mi hija hasta que aprendiera a

comportarme, estuve encerrada por casi una semana. —Su hija cubrió su boca con su mano, sorprendida.

—No lo puedo creer —murmuró Anne sorprendida. No, si llegaba a casarse se aseguraría de elegir bien, jamás querría tener a su lado a un hombre que no la aceptase tal cual era.

—Pero ya de nada vale llorar por lo que pasó, al menos me quedaste tú y tú hermano, mi razón de vida, espero algún día acercarme a él y decirle que lo amo, pero mientras seremos tú y yo, así que si tu papa empieza a exaltarse o te grita o cualquier cosa, aléjate, solo debes aguantar un poco más, sé que encontraremos el hombre perfecto para ti.

—Mamá, pero ¿y el hombre con el que estoy comprometida? No creo que papá se dé por vencido así porque sí. ¿Por qué quiere casarme con él? —La marquesa sintió la rabia fluir por su sangre.

—Negocios, hija, el hombre con el que tu padre quiere casarte tiene un negocio de navíos, accedió a cederle cierto porcentaje si le daba tu mano, además no recibiría la dote, hacías parte de un gran cambio, tu padre obtendría unos cuantos navíos y conservaría tu dote a cambio de deshacerse de ti, esas fueron sus palabras exactas. El hombre es un anciano con dos hijas, pero sin un heredero, así que está dispuesto a todo con tal de conseguir una esposa que le proporcione al menos un hijo varón. —La joven sintió asco de su padre por querer venderla, de su abuelo por vender a su madre, incluso de su hermano, ni siquiera recordaba su rostro, siempre vivió bajo las órdenes de su padre olvidándose de la mujer que le dio la vida y de su única hermana, solo rogaba al cielo que fuera un buen hombre.

Anne nunca se había detenido a pensar en su hermano, siempre lo vio tan lejano que no pensó en cómo sería, si tenía el cabello rubio como el suyo o castaño como el de su madre; si tenía sus ojos cafés o los ojos claros de su padre; si quería conocerla, si en algún momento había pensado en ella como ella pensaba en él; si era alto, guapo, quería conocerlo.

—Anne —dijo su madre trayéndola de vuelta a la realidad—. ¿Algún posible candidato al amor de tu vida? —La pregunta la tomó por sorpresa, se quedó pensativa por unos segundos hasta que un rostro apareció en su mente, era

guapo, alto, ojos profundos y hermosos. Roger, conde de Coventry, él era posiblemente el mejor candidato, pero no, pensó sacudiendo su cabeza ligeramente, el conde no era una buena posibilidad, él debía tener mejores propuestas, además era demasiado presuntuoso para su gusto, solo había que recordar su actuar durante el baile, siempre tan vanidoso pidiéndole explicaciones.

—Ninguno, no tengo ni una sola opción —murmuró derrotada.

—¿Qué tal el conde de Coventry? Es un hombre muy guapo, adinerado, tiene un título importante, educado, todo un caballero, además bailo dos veces contigo. ¿Qué tal si le pido a tu padre que le permita cortejarte? —Anne no quería emocionarse, no creía soportar una decepción así.

—Es ridículo, mamá, si mi padre ya me tiene comprometida, jamás permitiría que otro hombre me cortejara, nunca se arriesgaría a tener otro candidato, podría perder a uno de los dos candidatos ganando una enemistad, nunca se sabe, es imposible que acepte. —Lilian suspiró, su hija tenía toda la razón.

—Entonces, ¿cómo haremos para que termines casada con el hombre de tus sueños? Tu padre obviamente no lo permitirá y huir a Gretna Green no me parece lo ideal. —Su hija soltó una carcajada mientras le daba un gran sorbo a su copa.

—No me veo huyendo a Gretna Green, pero supongo que si es por amor soy capaz de cualquier cosa. —La marquesa sonrió satisfecha, eso era lo que quería escuchar, su hija estaba dispuesta a una gran locura con tal de vivir su historia de amor.

—Bien, entonces debemos hacer un plan: primero encontrar al candidato perfecto, así que debes hablar con tantos caballeros como puedas y según los vayas conociendo vamos sacando nombres de la lista; segundo: enamorarlo, pero tienes todas las cualidades para ello, así que no será un problema; tercero: contarle todo, porque debe saber a lo que se enfrentará si se casa contigo, y si está dispuesto a ello, entonces, es el indicado, y ahí estaríamos en el cuarto paso: ¿cómo casarse sin la autorización de su padre? Debe haber una opción, solo hay que pensarlo detenidamente; y por último, como quinto paso: ser felices, tener muchos hijos y una vida llena de mucho amor. —Anne miró burlona a su madre.

—Así que tienes todo planeado desde ya. —Lilian se encogió ligeramente de hombros y le guiñó un ojo divertida.

—Pues claro, nada funciona si no tienes un plan y muy pronto pondremos el nuestro en acción. —Ambas mujeres soltaron una fuerte carcajada y luego brindaron por ellas, por la felicidad y por el amor.

Luego de esa conversación, Anne entendió que su madre era su gran heroína, se había enfrentado a tantas cosas y estaba dispuesta a más por conseguir su felicidad, si algún día llegaba a ser madre quería ser como la suya.

Cuando volvieron a casa el sol empezaba a salir por el horizonte, Anne caminaba de un lado a otro intentando mantener el equilibrio, mientras que su madre, más acostumbrada a la bebida, reía alegremente y caminaba perfectamente a pesar del ligero mareo que tenía, pero en cuanto vieron al marqués esperándolas en la puerta trasera de la casa, se quedaron como un par de estatuas en medio del jardín. Tenían miedo, su rostro estaba marcado por la furia, sus manos cerradas en dos puños y su mirada clavada en las dos.

—¡Lilian! —gritó furioso John acercándose a su esposa e hija, aún no podía creer la insolencia y la grosería de ese par de mujeres, no entendía qué pecado estaba pagando. ¿Por qué no podían obedecerlo sin rechistar? Ellas debían estar en sus respectivas habitaciones cuando la velada terminó; había subido a la habitación de la marquesa con la intención de hablar con ella, pero al no verla enfureció y ahora que las veía medio borrachas tenía unas enormes ganas de hacerlas entrar en razón por medio de golpes.

Tomó a su esposa del brazo y empezó a arrastrarla al interior de la casa, si algo había aprendido durante toda su vida era que si doblegabas a una, lo hacías también con la otra, y ya sabía cómo hacerlo, no era la primera vez que se veía en la obligación de corregir a su esposa.

—Papá, no, por favor, no le hagas nada —rogó Anne con miedo; en cuanto lo vio todo el mareo desapareció, ahora estaba asustada por su madre y por ella misma.

—A tu habitación, Anne, antes que decida castigarte a ti también —masculló el marqués entre dientes.

—Vete, Anne, a tu habitación, ahora —ordenó su madre; no tenía opción,

debía obedecerla, así que aunque asintió, en cuanto la dejaron al inicio de la escalera y su padre tomó el pasillo de la derecha, los siguió sigilosamente.

Casi llegando al final de aquel oscuro pasillo, su padre se encerró junto con su madre en la última puerta a la derecha, pero en cuanto escuchó el primer grito no fue capaz de acercarse un paso más, no tenía permitido caminar por esa parte de la casa, pero escuchar cómo su madre gritaba de dolor la estaba poniendo a prueba; no podía acercarse, le había prometido a su madre mantenerse alejada del peligro que significaba su padre, así que derrotada, dio media vuelta dejando su corazón en aquel lugar y mientras subía a su habitación, rogaba a Dios que cuidara a su madre.

Debía salir de allí pronto, tal vez así pudiera ayudar a su madre. Así que esa misma noche, Anne decidió buscar al hombre de sus sueños y cumplir al pie de la letra el plan trazado por su madre, no había tiempo que perder.

Capítulo 5

Anne se sentía devastada, desesperada, ya habían pasado dos días desde su presentación en sociedad y desde la charla con su mamá y aún no sabía cómo estaba ella, su padre le había prohibido verla, la mantenía encerrada en aquella habitación en el primer piso e incluso puso a uno de sus hombres a vigilar la puerta para asegurarse de mantenerla lejos. Anne intentó mirar por la ventana desde afuera, pero fue imposible y casi se partió un pie al saltar para alcanzarla, estaba demasiado alta, ya no sabía qué hacer para saber algo de ella, tenía miedo. ¿Y si la lastimó gravemente? No era justo, su madre no había hecho nada malo, en caso tal de ser así, la culpa sería de ella por negarse a aceptar su cruel destino.

—Arréglate, asistirás a la velada de los marqueses de Normanby —ordenó su padre sobresaltándola al entrar a su habitación; Anne lo miró con desconfianza, pero no se movió un solo centímetro a pesar del miedo que le provocaba ese hombre, no se movería de su habitación hasta ver a su madre.

Volvió su mirada a la pared dándole la espalda a su padre, incluso alcanzó a escuchar el fuerte gruñido que soltó él antes de tomarla del brazo y levantarla de la cama de un tirón, si no fuera por el pequeño sofá frente a esta posiblemente hubiera caído al suelo.

—¡Te di una orden! —gritó el marqués—. Llama inmediatamente a tu doncella y que te prepare para el baile, más te vale estar perfecta, en dos horas te espero en la puerta, quiero que conozcas a alguien esta noche, es muy importante que causes buena impresión —dijo él exasperado, no entendía cómo es que podía tener una hija tan estúpida e inservible, gracias a Dios había mantenido a su hijo muy lejos de ellas o podrían haberlo influenciado.

—¡No me pienso mover de aquí hasta ver a mi madre! —anunció Anne exasperada, no tenía ganas de acceder a sus órdenes, ya estaba cansada de siempre tener que agachar la cabeza como cachorro regañado y dejar de lado sus deseos.

—¡Es una orden, Anne! No me interesa en lo más mínimo lo que quieres, lo único que necesitas saber es que te estoy dando una orden y que quiero que se cumpla, después podrás ver a tu madre. —La joven se cruzó de brazos furiosa, dispuesta a defenderse a sí misma y a su madre del monstruo que tenía en frente, no le importaba lo que se viera obligada a hacer, pero estaba dispuesta a todo, de eso estaba segura.

—No me importan sus órdenes, lo único que quiero es ver a mi mamá, me cansé de sus imposiciones, de su mal trato, de siempre tener que soportar sus agresiones sin decir una sola palabra, después de todo ya tengo un matrimonio arreglado. ¿Qué importa la impresión que pueda darle a la selecta sociedad londinense? No le bastó con mantenerme toda una vida en las sombras, con miedo, alejada de mi hermano, sino que ahora se encargó de obligarme a un futuro aun peor, junto a un anciano; me usó como si de un objeto se tratase. ¿De verdad cree que me importa lo que pueda pasarme? No tengo opciones, no tengo nada que perder. —Por primera vez en su vida, se sentía fuerte, valiente, no tenía miedo, después de todo no creía que hubiera algo peor de lo que ya había vivido a su lado, qué importaba lo que pudiera venir.

—¡Muchachita insolente! —gritó furioso John acercándose a su hija con una mano en alto, dispuesto a silenciarla de un solo golpe, eso le pasaba por permitir que estuviera mucho tiempo con Lilian, ahora debía volver a enseñarle quien era el que daba las órdenes—. No me importa quién te haya dicho de tu matrimonio, pero ¿acaso crees que vales algo? ¡Claro que no! Para lo único que has servido durante toda tu vida es para darme pérdidas, al menos tengo que recuperar algo con tu matrimonio. ¿Por qué tengo que ser yo el que le pague a un hombre para mantenerte? Por mí puedes morirte de hambre, pero ya que se presentó la oportunidad de ganar algo dándote al mejor postor, pues prefiero aprovecharlo. —Cerró su mano en un puño, pero lo bajó lentamente, no podía pegarle, no hoy por lo menos, tenían que presentarse en la velada de los Normanby, Dorset los

esperaba allí, quería ver a su prometida.

—¡Bien! Pues espero que lo disfrute, pero yo no me pienso mover de aquí hasta ver a mi madre y saber que está bien, si quiere llevarme a la velada de los duques tendrá que ser a rastras y le juro que jamás nadie verá peor comportamiento, a ver si así sigo siendo un buen negocio para usted. ¿Quién pierde? —John estaba entre la espada y la pared, tenía que llevarla si o si, no tenía más opción que acceder y llevarla con su esposa, pero se prometió a sí mismo hacerle pagar por la rabia que le estaba provocando.

—Bien, tú ganas, Lilian nos acompañará hoy, pero te aseguro que te haré pagar por esto. —Caminó a la puerta y se detuvo a un paso de salir—. Ordenaré que suban y las quiero listas en dos horas, ni un minuto más, no quieres provocarme más Anne, no tientes a la suerte. —Salió furioso dando un gran portazo, ordenó a sus hombres que subieran a su esposa y se encerró en su despacho.

A pesar de todo lo que hizo, a pesar de que se lo merecía y quería hacerlo, no fue capaz de ponerle una sola mano encima a Lilian, la última vez que lo hizo le dolió más a él, aún no olvidaba lo mucho que lo hacía sentir esa mujer cuando apenas se conocían, tal vez por eso no soportó la idea de perderla o de verla en brazos de otro, porque sí, sentía algo por ella, mucho, sentía mucho. El olor de su piel aún estaba impregnado en él, hacía años que no la tocaba, casi podía ver el odio en sus ojos cada vez que se le acercaba, no lo soportaba, cómo extrañaba sentir la suavidad de su piel contra la propia, sus caricias inexpertas, los nervios de la primera vez, la ansiedad que sentía por hacerla suya cada vez que la veía, aún le dolía ver lo mucho que había cambiado su Lilian.

Lilian era una mujer cariñosa, delicada, entregada, valiente, alegre, sencilla, apasionada, inocente, perfecta, la mujer deseada por cualquier hombre, pero él se encargó de marchitar tan hermosa flor, de amargar el más delicioso dulce, de acabar con aquella perfecta mujer, y ahora, ahora se estaba arrepintiendo.

Se levantó y se recostó en el marco de la puerta de su despacho, vio cuando uno de sus hombres abría la puerta de donde tenía encerrada a su esposa y salía Lilian, estaba llena de polvo, con la cara manchada, su vestido arruinado, su cabello ni hablar, se sintió culpable, esa habitación era un asco, llena de polvo y suciedad, ni siquiera había una cama, ella había tenido que dormir tirada en el

suelo como si de una pordiosera se tratara, apenas si le había dado comida en esos días, estaba tan pálida que llegó a temer que se desmayara mientras subía las escaleras; en algún momento, giró el rostro y lo vio, John sintió que le clavaban una espada en el pecho, el brillo de sus ojos ya no estaba, ahora solo había amargura y tristeza. Dios, ¿qué había hecho?

Lilian se sentía humillada, ultrajada, seguro que un animal era mejor tratado que ella, era increíble que la mantuviera encerrada en un lugar tan asqueroso por tanto tiempo, aunque al menos no la golpeó, pero lo odiaba, lo odiaba con todas las fuerzas de su corazón y solo ansiaba el día de su muerte. ¿Dónde había quedado el hombre que un día amenazó a su padre para conseguir casarse con ella? Aunque su hijo fuera su mayor argumento, sus ojos le decían que había algo más; igual de nada servía recordar aquello, se había perdido hace muchos años.

Subió las escaleras lentamente, tenía miedo de desmayarse, se sentía muy débil; sintió una mirada sobre ella y giró encontrándose con su esposo, sintió rabia, impotencia, y antes de hacer algo que la llevara a la horca, volvió su mirada hacia los escalones; en cuanto subió, corrió tanto como le fue posible hasta la habitación de su hija y al abrir la puerta, sintió que su corazón volvía a latir, Anne estaba bien, no la había tocado, mientras estuvo encerrada no hacía más que pensar en cómo estaría su pequeña, si se había atrevido a dañarla, pero ella estaba bien.

Anne giró al escuchar que la puerta se abría y al ver a su madre, corrió hacia ella y la abrazó tan fuerte como pudo.

—Mamá, ¿estás bien? —susurró la joven; las lágrimas empezaban a humedecer sus mejillas, pero no quería soltarla, tenía miedo de que fuera un sueño.

—Estoy bien, mi pequeña —susurró la marquesa con un nudo en la garganta y un terrible temblor en sus piernas, pero debía ser fuerte, no podía desplomarse frente a su hija. Anne se alejó un poco y vio el rostro de su madre sucio y lleno de polvo.

—Por Dios, pero ¿qué te hizo? —dijo ella preocupada; Lilian se encogió ligeramente de hombros restándole importancia.

—Nada, solo me encerró, pero ya verás que con un baño, un poco de comida y un vestido limpio estaré como nueva, no tienes de qué preocuparte, estoy perfecta. —Dejó un beso en su frente—. Iré a arreglarme, los hombres de tu padre me dijeron que solo tenemos dos horas para estar listas, así que es mejor que empieces. —Anne la miró preocupada y acariciando delicadamente el rostro de su madre negó con la cabeza.

—Primero hay que encargarnos de ti, yo no me tardo nada. —Lilian tomó la mano de su hija y negó.

—No, yo iré a mi habitación y me arreglaré, tú harás lo mismo, no está a discusión. —Dejó un pequeño beso en su frente y salió de la habitación de su hija; en cuanto entró vio a varias mujeres esperándola.

—Milady, su baño está listo —anunció una de ellas; Lilian frunció el ceño, ella no había pedido un baño aún.

—¿Quién se los ordenó?

—El marqués —susurró una de ellas agachando la cabeza; Lilian suspiró y dejó que las mujeres la ayudaran a desvestirse para luego entrar en la bañera, sentir cómo el agua caliente relajaba sus adoloridos músculos fue como tocar el paraíso, y estuvo ahí hasta que el agua empezó a ponerse fría.

Luego de bañarse, se puso su camisón y su bata, volvió a su habitación y encontró una bandeja llena de comida sobre su cama.

—Déjenme adivinar, ¿el marqués ordenó que me trajeran la comida? —preguntó a una de las doncellas que la ayudaban; la mujer asintió, pero Lilian a punto estuvo de soltar un bufido, John estaba muy equivocado si creía que con un par de detalles iba a arreglar todo el daño que le había hecho durante toda su vida, lo único que su esposo le producía era odio y asco.

Se puso un lindo vestido azul oscuro, una de las doncellas la peinó y arregló, en menos de dos horas estuvo lista, y luego de haber comido se sentía muchísimo mejor; salió de su habitación y fue a la de su hija, la vio frente al espejo con un lindo vestido tan naranja que casi llegaba a rojo, combinaba a la perfección con el dorado de su cabello, se veía realmente hermosa.

—¿Lista? —preguntó llamando su atención; Anne la miró a través del espejo y asintió, le dio un último arreglo a su collar de oro plateado.

Juntas bajaron y vieron al marqués esperándolas frente a la puerta; el hombre avanzó para tenderle su brazo a su esposa, pero Lilian pasó derecho hasta la puerta ignorándolo, ya no le importaba pagar las consecuencias de sus actos después.

John soltó un gruñido y las siguió hasta el carruaje. ¿No quería hablarle? Pues bien, no tenía nada que perder, no le importaba.

Al llegar a la casa de los marqueses de Normanby, fueron interceptados por el conde de Coventry.

—Lady Anne, Lady Bristol —dijo el conde haciendo una pequeña reverencia a las mujeres; el marqués se había escabullido para buscar al caballero que lo esperaba en el salón.

—Lord Coventry —dijo Anne respondiendo a su reverencia; la marquesa observó la escena con una sonrisa en sus labios.

—¿Podría pedirle que me conceda el primer baile, milady? —Lilian tomó el carnet de baile de su hija y rápidamente se lo pasó, no podía darle tiempo a arrepentirse.

—Al parecer sí —dijo la joven tímidamente.

La velada ya había empezado, el primer baile no tardaría en comenzar cuando el marqués se acercó a su esposa e hija acompañado de un hombre mayor, con el cabello completamente blanco y una pequeña barba, era relativamente alto, pero sin duda alguna bastante mayor, su rostro estaba lleno de arrugas, ni su gran elegancia lo hacía lucir mejor.

—Anne, te presentaré a Lord Bamsdon Haldow, duque de Dorset. —Señaló a su hija—. Esta es mi hija, Anne Wadlow, a mi esposa Lilian ya la conoce. —El duque hizo una pequeña reverencia.

—Milady, es un placer. —Tomó su mano y dejó un pequeño beso en el dorso de esta—. ¿Me permitiría el siguiente baile? —preguntó este al escuchar las primeras notas de música.

—Lamento informarle, excelencia, que su primer baile ya fue reservado por el conde de Coventry, que casualmente está acercándose —anunció Lilian con una enorme sonrisa al ver a Roger acercarse, tomó a su hija de la mano y alejándola de su esposo y su compañero la llevó hasta el conde.

—Mamá, por lo menos podrías haber disimulado la alegría que te daba alejarnos de padre y su compañía —dijo Anne al ver la mirada de furia de su padre.

—No me importa si herí sus sentimientos, tú vas a bailar con el conde y quiero que hables con él, me parece un hombre extraordinario y algo me dice que está interesado en ti, así como tú tienes cierto interés en él, conózcanse, pueden escaparse al jardín o una de las habitaciones, no importa, pero debes conocerlo, tal vez es el hombre de tu vida. —Para ese punto ya había llegado frente al conde, así que la marquesa le entregó la mano de su hija y se escabulló rápidamente por el salón, dejando a una Anne entre sorprendida, perdida, nerviosa e inquieta.

Miró al conde y su sonrisa le produjo un extraño cosquilleo en el vientre. ¿Era posible? Tal vez tenía que descubrirlo y algo le decía que esa noche sería muy interesante y que le cambiaría la vida.

Capítulo 6

Lilian se acercó al conde con una enorme sonrisa, algo en ese hombre le traía un buen presentimiento, algo le decía que ese era el hombre que necesitaba para su hija, el hombre dispuesto a luchar contra viento y marea por defender su amor, además, no cualquiera mostraba tan abiertamente sus sentimientos o interés en una dama como sí había hecho él, es decir, en su noche de presentación en sociedad, había bailado dos veces con ella a pesar de no ser toda un beldad, es más, fue el único caballero con el que bailó durante la velada, y ahora, había pedido su primer baile en cuanto llegaron al salón. Sí, él tenía que ser el indicado.

—Lord Coventry, dejo en sus manos a mi bella y amada hija, por favor, cuídela con su vida si es necesario, es mi más grande tesoro, —Puso la mano de su hija sobre la del conde y al girar acarició delicadamente el rostro de su hija, quien la miraba un poco confundida por su actitud mientras que Roger observaba la escena embelesado, eran muy pocas las madres que realmente amaban a sus hijos por encima de todo; actualmente, los hijos se ven como una obligación, una necesidad, una herencia, no como algo que hace parte de ti, como le enseñó su madre en algún momento: ama a tu familia, porque son lo más hermoso que puedes llegar a tener.

—Mamá, ¿pasa algo? —dijo Anne nerviosa, no le gustaba la actitud que estaba tomando su madre, la ponía nerviosa, sonaba más como si fuera una despedida, o una mala noticia, no como si la estuviera entregando a una simple pareja de baile.

—No tiene de qué preocuparse, Lady Bristol, la cuidaré como la joya preciosa

que es —prometió el conde a la marquesa ignorando las palabras de Anne.

—Me gustaría hablar con usted en cuanto el baile termine —le dijo Lillian a Roger—. Es un asunto de suma importancia, y también debe estar Anne, me acercaré a ustedes una vez que terminen de bailar. —Dejó un beso en la mejilla de su hija y dando media vuelta se alejó, dejando a su hija terriblemente sorprendida y un poco asustada y nerviosa.

Roger la tomó entre sus brazos y empezó a moverse al ritmo de la música guiando a su pareja mientras ella salía de su estupefacción. Anne poco a poco fue siguiéndole el ritmo hasta amoldarse a sus brazos, sintiéndose tan cómoda que la asustaba; aunque es cierto que eran muy pocos los hombres con los que había bailado, prácticamente nulos, algo le decía que todo esto que Roger le provocaba era diferente, era especial; había leído millones de libros románticos y todos ellos hablaban de una gran variedad de sensaciones. ¿Sería eso el amor?

—No tienes nada de qué preocuparte —dijo Roger en su oído malinterpretando su ceño fruncido—. Tu madre solo quiere asegurarse de que estés bien, protegida, a salvo, yo también lo haría si tuviera una hija como tú, o una esposa, si fueras mi mujer no te perdería de vista ni un solo segundo por miedo a desaparezcas y me dejes sumido en la tristeza. —Anne sintió que su cuerpo temblaba y que su corazón se aceleraba, qué palabras más hermosas, y eran solo tuyas.

—¿Por qué me dices cosas así? Con palabras como esas haces que mi corazón se acelere, debes tener cuidado con lo que dices o haces, puedes fomentar ilusiones, sentimientos, deseos que pueden dañar a muchas personas si no estás dispuesto a corresponder y hacerte cargo de ello. —Roger sintió que algo crecía en él al escucharla hablar con tanta familiaridad, al escucharla hablar de sentimientos. ¿Sería posible que empezara a sentir cosas por ella?

—¿Y quién te ha dicho a ti que no estoy dispuesto a hacerme cargo de mis palabras o actos? La verdad es que hay algo que me impulsa a conquistarte, ¿crees en el amor a primera vista? —Ella se quedó sin palabras. ¿Podía ser posible? Si así era, empezaría a temer que su madre tuviera poderes sobrenaturales que le hacían ver algo más allá de lo posible para los simples mortales, porque ella vio esos supuestos sentimientos desde un principio. ¿Cómo

es que ella no los vio? Era ella la que estaba cerca de él, ¿estaría tan cegada por sus propios sentimientos que le costaba ver los de los demás? Porque aún no entendía qué era lo que sentía por él, pero no tenía miedo a descubrirlo, es más, se moría por vivirlo.

Anne no respondió, por lo menos no con palabras, pero sus ojos lo decían todo, porque mientras la música continuaba y sus cuerpos se movían perfectamente sincronizados por la pista de baile, sus ojos se hablaban, compartiendo sus más íntimos sentimientos, sus más íntimos anhelos; las palabras sobraban.

Cuando el baile terminó, Roger la tomó de la mano y la llevó hasta un pequeño balcón al fondo del salón. Estaban cubiertos por las sombras, rogaba al cielo que no los hayan visto entrar, pero poco les importaba, habían creado una pequeña burbuja de amor en la que solo existían ellos dos.

Roger la pegó al barandal del balcón, pegó su cuerpo al de ella y tomó su rostro entre sus manos, lo acarició con cariño rozando sus labios distraídamente con su pulgar, eran tan rosados, carnosos, tentadores.

—Pídeme que me detenga, dime que no y me alejaré, no te tocaré sin tu autorización, pero dilo ahora, porque me muero de ganas de besarte. —La bella joven se quedó sin aire, sus piernas temblaban y sintió cómo su corazón dejaba de ser suyo para entregárselo a él, tal vez estaba muy equivocada al caer enamorada con un par de bonitas palabras, tal vez era un error cuando ella ya tenía un compromiso, tal vez... no, no le importaba, era demasiado bello para pensar en algo más.

Roger no sabía qué lo había impulsado a decir algo así o hacer algo así, pero es que cuando miraba sus ojos, su cerebro dejaba de funcionar, simplemente se convertía en todo un idiota que necesitaba de ella para vivir. ¿Amor a primera vista? Era posible, pero estaba hechizado por esa bella joven y estaba dispuesto a conquistarla, tal vez había encontrado a la mujer de su vida.

—Bésame —suplicó ella, y esa sola palabra fue más que suficiente para que Roger se sintiera morir de felicidad; juntó sus labios delicadamente, primero en un suave roce, pero luego fue besándola lentamente, instándola a seguirlo, enseñándole, provocándola, y cuando ella respondió a sus caricias, entendió que estaba perdidamente enamorado de esa mujer.

Anne sentía que tenía un millón de animales en su vientre, era un extraño pero placentero cosquilleo, y dejándose llevar por los instintos, levantó sus brazos y los enredó en su cuello para acariciar su cabello; él dejó salir un pequeño ruido que ella no supo identificar, pero al sentir cómo la tomaba fuertemente de su cintura y la pegaba a él tanto que ni la más pequeña brisa podía pasar por entre medio, se sintió poderosa, estaba haciéndolo bien.

No sabían cuánto tiempo había pasado, pero unas pequeñas y frías gotas de agua empezaron a caer sobresaltándolos, se alejaron y al mirarse a los ojos sonrieron.

—Hay que entrar, no quiero que te mojes, podrías enfermarse, aunque no quiero separarme de ti, así que en cuanto entremos al salón, sígueme disimuladamente, ¿sí? —Anne sabía que debía contarle muchas cosas antes, como que estaba comprometida, era la pequeña noticia que podía resultar un poco importante.

—Sí, tenemos que hablar de algo. —Roger dejó un pequeño y casto beso en sus labios.

—Sígueme. —Giró y salió, a los pocos segundos Anne lo siguió, mirando a lado y lado para asegurarse de no ser vista o seguida, pero por suerte todos parecían muy concentrados en sus propios asuntos como para notar a una simple chica yendo tras el amor de su vida.

El conde entró a la habitación, que si su memoria no le fallaba, debía ser la sala de música; había ido un par de veces, su padre era amigo de los marqueses y creía recordar algo de cómo moverse por la casa, y al cruzar la puerta, sonrió satisfecho, aún más cuando a los pocos minutos entró Anne mirando hacia atrás, parecía algo nerviosa, pero él no pudo esperar, y en cuanto la puerta se cerró, se acercó rápidamente y tomándola entre sus brazos buscó sus labios; Anne estaba tentada, quería besarlo, se moría por hacerlo, pero antes debía saber hasta dónde estaba dispuesto a llegar por ella, porque todo lo que tendría que enfrentar por defender su amor no sería nada sencillo, así que lamentándose, puso sus manos sobre su pecho y lo alejó.

—¿Pasa algo? —preguntó el conde asustado. ¿Había hecho algo mal, algo que la incomodara? Esperaba que no.

—Debemos hablar, es importante. —Roger la tomó de la mano y la llevó hasta

el único sillón que había en el lugar; se sentaron uno junto al otro y giraron sus cuerpos para quedar frente a frente.

—¿Pasa algo? —preguntó preocupado.

—Estoy comprometida —dijo ella rápidamente, temía perder la poca valentía que tenía en ese momento y arrepentirse, así que prefería decirlo cuanto antes, pero la palidez en el rostro del conde empezó a asustarla.

—¿Cómo que comprometida? —preguntó asustado, según recordaba, su padre no había anunciado ningún compromiso. ¿En qué momento había pasado algo así? Y si estaba comprometida, ¿qué hacía encerrada en una habitación con él? No quería que su mente empezara a idear miles de opciones, quería escuchar.

—Mi padre me arregló un matrimonio, pero te juro que yo no siento nada por ese hombre, es más, ni siquiera lo conozco, escuché cuando le decía a mi madre que me había comprometido con un hombre mayor que estaba dispuesto a cederle gran parte de un negocio bastante lucrativo si le concedía mi mano; yo jamás quise algo así, yo soñaba con vivir mis temporadas sociales, disfrutando de cada velada, de cada baile, de cada pareja, incluso de cada vestido, soñaba con enamorarme, encontrar un príncipe que estuviera dispuesto a todo por mí, pero mi destino ya fue marcado, poco o nada puedo hacer para cambiarlo, y sé que no debí permitir que me besaras, pero es que lo quería, necesitaba saber qué se sentía ser besada por un hombre que sí deseas, un hombre que despierte miles de sensaciones en ti, no lo hice a propósito, yo quería... —Él puso su dedo sobre sus labios para silenciarla, había escuchado suficiente.

—Tu padre te está obligando a casarte —aseguró él, no hacía falta una respuesta o una confirmación.

—En este mundo, cuando eres mujer, tus opciones se reducen a las que padre, hermano o esposo decidan para ti, nosotras no gozamos de la misma libertad para elegir, solo podemos ser elegidas y aceptarlo. —El apuesto conde negó con la cabeza, si algo había aprendido mientras su hermana lo obligaba a escucharla hablar de sus miles de historias románticas, era que el amor siempre triunfaba, no existía rival alguno que pudiera vencerlo.

—¿Qué es lo que quieres para ti, para tu futuro? Y antes de que respondas, no te estoy preguntando por lo que tu padre o tu madre quieren, olvídate de ellos,

quiero que escuches a tu corazón y me digas que es lo que más deseas. —Él nunca se imaginó en una situación así, eso era más que claro, pero esa mujer estaba cambiando su mundo con tan solo un parpadeo de sus hermosos ojos, después de todo, estaba dispuesto a enfrentar a un marqués con tal de salvar a su princesa de las garras de la horrible bestia.

—Quiero mi propia historia de amor —respondió ella de inmediato, no necesitaba pensarlo, lo tenía claro hacía muchísimo tiempo—. Quiero que me amen, quiero amar, quiero tener una familia, quiero ser feliz junto al hombre que yo elija, quiero elegir. —Él tomó su rostro entre sus manos y sonrió.

—Entonces hazlo.

—Pero ¿y si te elijo a ti? Ya viste que podrías tener muchos problemas por mi culpa, pero todo esto que siento por ti es imposible de ignorar; no sé qué es el amor, pero seguro que no es ni cercano a lo que siento por ti, y quiero vivirlo, conocerlo, entenderlo, aumentarlo, lo quiero todo, pero solo si es contigo. —Coventry tomó varias bocanadas de aire, debía controlarse.

—¿Estas segura? Porque una vez que me escojas no habrá marcha atrás. —Su voz era temblorosa, temerosa, tenía miedo de estar viviendo un sueño. ¿Quién iba a decir que iba a encontrar el amor de su vida en aquella velada?

—Más segura no podría estar, más bien, ¿estás tú seguro de enfrentarte a todo esto?

—Que no te quepa la menor duda. —Y la besó, como si fuera la última vez, no porque se estuviera despidiendo, sino porque temía que la alejaran de su lado, necesitaba sentirla cerca para encontrar en ella toda la fuerza que necesitaría, pero no estaba dispuesto a perderla, amaba a esa mujer con todas las fuerzas de su corazón.

Lentamente la recostó en el sillón y moviendo sus temblorosas manos, empezó a acariciar las maravillosas curvas de su cuerpo. ¿Quién iba a decir que él temblaría al tener una mujer entre sus brazos? Pero ella no era cualquier mujer, sería su mujer.

Sin poder evitarlo, empezó a levantar la falda hasta lograr sentir la suave piel de sus piernas; recorrió sus piernas una y otra vez maravillado, para luego subir y acariciar su torso por sobre la ropa mientras iba desabotonando lentamente los

primeros botones de su vestido, poco a poco liberó sus pechos y los miró fascinado, pero el jadeo de temor que Anne soltó lo paralizó.

Era la primera vez que un hombre la acariciaba, estaba nerviosa, pero se sentía tan bien que no quería parar, es más, a pesar de todo, empezaba a desear sus caricias, sin embargo, al sentir cómo liberaba sus pechos, quedó helada.

—Perdón, pero es que estoy nerviosa —susurró ella—, además, no es el lugar, alguien podría entrar y vernos, tendríamos muchos más problemas de los que crees, no creo que sea lo correcto, será mejor parar. —Roger se alejó un poco de su cuerpo, lo suficiente para poder verla directamente a los ojos.

—Si quieres parar, lo haré, jamás te forzaría a algo que no quieres, pero ¿qué más da si nos encuentran? Igual serás mía, tal vez estarían haciéndonos un favor, nos ahorrarían tener que buscar una excusa para romper tu compromiso, además mira, mira a tu alrededor, aquí solo somos tú y yo, más este inmenso amor que quema mi interior. —Anne sintió que su corazón se derretía por dentro; él tenía razón, solo eran ellos dos, no importaba lo que pudiera pasar, estando juntos, todo estaría bien, así que tomó su rostro entre sus manos, se acercó y lo besó.

Capítulo 7

Roger sentía que sus manos temblaban, era una necesidad que nunca antes había vivido, como si tocar su piel, sentir su aroma, su calor corporal, la suavidad de su cuerpo fuera más necesario para vivir que el mismísimo aire, no quería saciar su cuerpo, eso no le importaba, en cambio, quería conocer su cuerpo, navegar por sus maravillosas curvas, porque aunque no era una mujer voluptuosa, sus curvas eran perfectamente notorias, era más que perfecta, se amoldaba perfectamente a su cuerpo, era algo extraño, no sabía cómo explicarlo, pero era diferente, hermoso, único, quería detener el mundo y quedarse así con ella por siempre, esa mujer sería suya, no importaba lo que tuviera que hacer, Anne sería su condesa, lady Coventry, ya podía verse caminando por los salones llevándola del brazo, caminando orgulloso de tener una diosa perfecta a su lado.

Anne sentía que su cuerpo temblaba, estaba nerviosa, no sabía cómo moverse o qué era lo que debía hacer; intentaba dejarse llevar por los instintos, seguía sus movimientos, intentaba imitarlo, pero las mil y un sensaciones por las que estaba atravesando su cuerpo, aunque eran algo desconocidas, le encantaban, sentía que se le nublaba la vista, que su cuerpo convulsionaba.

El conde fue desabrochando su vestido lentamente, disfrutando del momento, besando cada pedazo de piel que quedaba libre; bajó el vestido para liberar sus pechos y suspiró embelesado, todo era perfecto, ella era perfecta, pero tampoco quería asustarla y ella no se merecía ser tomada a escondidas en medio de una fiesta, ella merecía ser tratada como una reina, como la diosa que era, no como una vulgar mujerzuela con la que te encuentras a escondidas en cualquier habitación, solo quería dejarle claro que él era el hombre de su vida, que no

necesitaba a nadie más, que él podía hacerla feliz, porque se lo daría todo.

La hermosa joven, con manos temblorosas, quitó su chaqueta, quería acariciar su piel; en cuanto la chaqueta cayó, desabotonó torpemente el chaleco y sacando la camisa de pantalón metió las manos por debajo alcanzando el ardiente y musculoso abdomen, era tan apuesto. ¿Cómo un hombre así se fijaba en alguien tan insignificante?, se preguntaba una y otra vez. Seguro que tenía miles de mujeres a sus pies, pero no quería pensar en ello, quería imaginar que solo había una mujer en su vida: ella.

Elevó su rostro y la besó, robándole el aliento mientras empezaba a acariciar sus pechos; sus pequeños y suaves gemidos estaban a punto de volverlo loco, se sentía a punto de estallar, pero no, no la tomaría hasta que no fueran marido y mujer.

—Cásate conmigo —rogó entre besos a medida que bajaba por su cuello, bajó sus manos acariciando su cuerpo con cada movimiento hasta levantar la falda, recorrió sus largas y esbeltas piernas mientras seguía atormentándola con sus labios.

—No es mi decisión, mi padre... —respondió ella a punto de perder la razón; él la estaba llevado al paraíso, porque tenía que ser el paraíso, jamás había sentido nada parecido. ¿Sería el hombre con el que estaba compartiendo un momento tan íntimo o el solo hecho de ser la primera vez que un hombre la tocaba? Tenía que ser su apuesto caballero, no cabía duda alguna, no cualquier hombre era capaz de producir tantas sensaciones en una mujer, y no hacía falta que la tocara para que su corazón empezara a latir como loco y un extraño cosquilleo apareciera en su estómago, con una sola de sus miradas o de sus sonrisas podía llevarla al cielo.

—No me interesa lo que tu padre diga, lo único que quiero saber es que si quieres ser mi esposa, mi condesa, mi mujer, de tu padre luego me encargo yo, y en caso tal de que se niegue, siempre nos queda irnos a Gretna Green, solo tienes que decir que sí y en menos de lo que te imaginas, serás completamente mía. — Se alejó un poco, solo lo exclusivamente necesario para poder ver sus ojos, y en cuanto conectaron sus miradas, Anne supo su respuesta, nunca había visto que un hombre mirara de esa forma a su esposa, se sentía especial, hermosa.

—Y ¿cómo harías eso si mi padre se niega? Se supone que ya estoy comprometida, es más, debe estar buscándome hasta debajo de las mesas, debería estar conociendo a mi prometido en este preciso momento, pero estoy aquí, contigo, nunca imaginé la posibilidad de casarme a escondidas en Gretna Green. —Él acarició cariñosamente su mejilla, no sabía cómo explicar todo lo que sentía por esa mujer, todo lo que estaba dispuesto a hacer por ella, poco le importaba dejar su vida de libertinaje si la única mujer con la compartiría su cama era ella. ¿Quién podría ver a alguien más cuando tienes a tu diosa en casa?

—No tienes por qué pensar en eso, no tienes nada de qué preocuparte, jamás permitiría que tu padre te case con un asqueroso viejo verde, jamás permitiría que otro hombre llegue a tocarte, solo di sí, ya me encargaré de tu padre.

—Sí, claro que quiero casarme contigo, ¿cómo no iba a querer? Enfrentaría al mundo entero por ti. —“Después de todo, mamá tenía razón”, pensó Anne. Roger tenía algo especial, ella lo vio desde un principio aunque Anne se había negado a aceptarlo, era increíble que no lo hubiera visto antes, él fue el único que se interesó en ella desde el momento en que la vio. ¿Quién más podría tener una reacción como la que tuvo él cuando vio el moretón que le provocó su padre en el brazo la velada de su presentación en sociedad? Eso seguro que eran pequeñas pistas, había encontrado al amor de su vida y no veía la hora de vivirlo.

El joven conde sintió que por fin tenía algo por qué luchar para sí mismo, es decir, en un principio fue por sus padres, luego por la felicidad de su hermana, pero ahora, por fin, lucharía por su propia felicidad. Bajó su rostro y la besó emocionado.

—Perfecto, mañana mismo iré a hablar con tu padre, es una verdadera lástima que no pueda hacerlo en este preciso momento, porque te juro que si de mí dependiera, ya estarías en mi casa y todos te llamarían Lady Coventry. —Su prometida soltó una carcajada y lo abrazó aferrándose con fuerza a sus fornidos y musculosos hombros.

—Tú puedes hacerlo, además en muy poco tiempo lo seré, ¿qué importa si empiezas desde ahora? Después de todo no le aceptarás a mi padre un no por respuesta, eres libre de llamarme como quieras, seré tu mujer, Lady Coventry es perfecto. —Roger negó con la cabeza, tenía una mejor idea.

—El día que seas mi esposa no te llamaría Lady Coventry, eso que lo hagan aquellos que no tienen el placer de tenerte, aquellos que solo podrán verte de lejos, aquellos que deben saber que eres mía, pero no yo, siendo mi esposa jamás te llamaría así. —Pasó un dedo por sus hombros desnudos deteniéndose justo por encima de sus pechos.

—¿Y cómo me llamarías tú? —preguntó ella absorta en el movimiento de sus manos que empezaban a distraerla de nuevo, así nunca podría concentrarse en nada, lo cual podría llegar a convertirse en un arma muy mala para ella, pero muy beneficiosa para su futuro esposo, debía encontrar su punto débil.

—Mi amor, mi vida, mi cielo, mi mujer, mi corazón, mi bella esposa, mi perdición, mi Anne. —Pasó su nariz por todo el cuello de la dama dejando unos pequeños besos a medida que avanzaba, manteniendo la terrible tentación de tomar todo de ella a un lado, aunque no pudo evitar dejar un pequeño mordisco en el sexi lunar que había descubierto justo encima de su pecho izquierdo, era, probablemente, lo más sensual que había visto en toda su vida.

—Todas empiezan por mí —susurró ella, cerró sus ojos para disfrutar el momento y mordió su labio intentando detener los gemidos que estaban por escapársele, debía recordar en dónde estaban y que no debían ser descubiertos por más que fueran a casarse, no sería la mejor forma de dar a conocer su compromiso, aunque si lo pensaba mejor, podría ser una buena idea, y tal vez así podía mantener a todas las víboras vestidas de damas muy lejos de su futuro esposo, porque si en sus posibilidades estaba, mantendría a su esposo enamorado de ella, de su cuerpo, lejos de los brazos de otra mujer, no estaba dispuesta a compartirlo.

—Porque eres mía.

El marqués caminaba por el salón terriblemente furioso, debía encontrar a su mujer, o no, preferiblemente a Anne, pero debía dar con ella ya mismo, no entendía cómo es que dos mujeres estúpidas podían desaparecer así, les había ordenado permanecer cerca, sabían que debían conocer al duque comprometido con Anne; ahora, ese hombre estaba esperándolo con el ceño fruncido, era un hombre peligrosamente impaciente.

A lo lejos vio el vestido de su esposa y caminó directamente hacia ella, sin

importarle las mujeres con las que estaba hablando, la tomó del brazo y la arrastró lejos de allí hasta una esquina.

—¡Me dañas! Suéltame —chilló Lilian adolorida, la estaba lastimando.

—¿Dónde está Anne?! —preguntó furioso en cuanto se detuvieron, pero al ver las lágrimas que amenazaban en salir de los ojos de su esposa, miró su mano aferrada a su brazo y rápidamente la soltó, observando detalladamente la horrible marca que empezaba a quedar.

—No lo sé —respondió ella con la voz rota, acarició suavemente su brazo y se mordió su labio, no podía llorar, no en medio de un salón repleto de gente, no frente a él.

John se sintió culpable. ¿En qué clase de hombre se había convertido? Hace unos años, cuando eran solo unos jóvenes recién casados, jamás se le habría ocurrido hacer algo así, había aprendido a querer a su esposa, no sabía si había llegado a amarla, pero sin duda le tenía un cariño inmenso, sin embargo, ahora abusaba de ella y la golpeaba, aún recordaba la noche en que quedó embarazada de Anne.

—Tu trabajo es saberlo, es tu hija, deberías asegurarte que está bien y a salvo, lejos de cualquier problema o escándalo —dijo un poco más calmado, sin embargo, al ver cómo su esposa no se atrevía ni a mirarlo sintió rabia, impotencia, se sintió la peor escoria de todo Londres. ¿Cuánto daño le había hecho a su esposa? Porque de la Lilian que él conoció no quedaba nada.

—La última vez que la vi estaba bailando con Lord Coventry, desde ahí se me perdió de vista y no quería llamar la atención, así que esperaba a que ella apareciera por sí sola. —La marquesa se sentía impotente. ¿Por qué no podía defenderse? ¿Por qué la sociedad era tan injusta con las mujeres? ¿Acaso habían hecho algún mal? Porque seguro que comer del fruto prohibido no fue solo culpa de Eva, después de todo Adán pudo haberse negado, pero no lo hizo, eso no los hace mejores seres, la carne es débil sin importar el sexo.

John soltó un gruñido y giró hacia la multitud que los miraba curiosos, volvió a mirar a su esposa y tuvo la terrible tentación de tomarla entre sus brazos, abrazarla y rogar por su perdón, pero en vez de eso, dio media vuelta y se fue, buscaba al duque mientras pensaba en una excusa de por qué aún no se

presentaba con Anne, no iba a permitir que se arruinara su gran negocio por la inútil de su hija.

En cuanto el marqués estuvo lo suficientemente lejos, dejando las lágrimas muy lejos, Lilian empezó a recorrer hasta el último rincón del salón en busca de su hija, pero solo hasta que no escuchó el grito horrorizado de una mujer en uno de los pasillos cercanos al salón no sintió nervios, algo en su corazón le dijo que era su hija, así que mientras caminaba hasta donde la multitud empezaba a agruparse, rogaba al cielo que no fuera tan malo, que no fuera su hija la perjudicada; sin embargo, nada la reparó para encontrar lo que vio.

Anne, su pequeña, estaba medio desnuda, podía verla a pesar de que Roger intentaba cubrirla con su cuerpo mientras él arreglaba su propia ropa, era más que evidente lo que estaban haciendo o lo que estuvieron a punto de hacer, pero en vez de sentir rabia estuvo a punto de ponerse a bailar de la felicidad. Si su hija había permitido algo así entonces esta gran historia de amor había empezado, no se había equivocado, había algo especial entre ellos dos y ahora podía verlo, solo esperaba que fueran muy felices.

Anne solo necesitó escuchar el potente grito para quedar completamente helada, no sabía si era buena o mala suerte que Roger estuviera sobre ella, lo único cierto era que por lo menos los nuevos espectadores no habían llegado a ver sus senos descubiertos, posiblemente lo único que habían podido ver fueron sus piernas, pero seguro que el gran conde sin camisa y sobre ella, era más que suficiente para un escándalo.

—Maldición —masculló Roger en su oído y se levantó ligeramente—, vístete. —Tomó el corsé de su vestido y lo juntó frente a sus pechos para luego ella empezar a abotonarlo mientras él se encargaba de su propia camisa, pero en cierto momento levantó el rostro y se encontró con la mirada de su madre. ¿Estaba loca o realmente su madre estaba contenta? Aunque no era la reacción de su madre la que le preocupaba, después de todo no llegaron a hacerlo de la forma correcta, terminarían casados por un escándalo y no quería ni imaginarse lo que iba a decir o hacer su padre en cuanto lo supiera.

Lilian sintió las miradas de los demás sobre sí misma, miró a lado y lado confusa, pero no tardó mucho en entender que esa no era la reacción que todos

esperaban, debía llorar, sí, debía parecer devastada, pero le iba a costar. ¿Cómo iba a simular desolación cuando apenas si lograba no ponerse a bailar y saltar de la felicidad? Así que hizo un gran esfuerzo y las lágrimas empezaron a mojar sus mejillas, en ese momento puso en práctica los pocos atributos que tenía de actriz.

—Roger, ¿y ahora? —susurró asustada mientras intentaba arreglar su vestido, pero era una misión imposible, sus manos temblaban, apenas si había podido abotonar dos botones, le quedaban muchos más por delante.

—No tengas miedo —dijo él rápidamente, pero no pudo evitar que las lágrimas empezaran a caer, no era tan fácil enfrentarse a algo así, serían rechazados por toda la sociedad, esto les traería muchos problemas.

—Es difícil —dijo entre lágrimas; el conde sintió impotencia, no quería que todo surgiera así, no era lo que ella merecía, pero ahora solo le quedaba ayudar para que la situación fuera lo más llevadera posible, así que importándole poco lo que pudiera pasar, tomó su rostro entre sus manos y la acercó; el escándalo ya había sido provocado, una razón más no importaba ya.

—No pienses en ellos, amor, no tienes nada qué temer porque aquí estoy yo para cuidarte, nadie te dañará, lo juro, seguimos siendo solo tú y yo. —Y dejó un pequeño y casto beso en sus labios.

Capítulo 8

Anne intentaba arreglar su vestido, pero era inútil, sus manos temblaban y apenas si podía controlarlo, era misión imposible abotonar semejante cantidad de botones, intentaba controlarse e intentar actuar con tranquilidad, pero esto era demasiado para ella, y como para completar, su madre lloraba amargamente en una esquina del salón mientras todos los demás presentes los miraban con lástima. ¿Por qué no se iban? Ya habían visto todo, ya los habían avergonzado enfrente de todos, ya era todo un escándalo y con esas miradas juzgadoras solo empeoraban la situación, quería que se fueran; levantó la mirada una vez más y no lo soportó, sus piernas temblaron, le costaba mantenerse en pie, tocó ligeramente la espalda de Roger para intentar sostenerse de él, pero fue inútil, su cuerpo ya no soportaba su propio peso, así que se desplomó, pero por suerte el conde se giró justo a tiempo para tomarla en brazos y evitar que se golpeará contra el suelo; las lágrimas que salían con cada vez más fuerza rompieron el corazón del caballero, no soportaba verla así, debía pensar en algo para aliviar su dolor y rápido.

—¡Basta! —gritaron a su espalda; él giró ligeramente sin soltar a su dama y pudo ver a Lady Dunne frente a la multitud, según tenía entendido, su amigo Frederick era muy cercano a ella; por lo menos ahora, las miradas estaban fijas en ella—. Ya no hay nada más que ver, se acabó la función, así que si son tan amables se retiran de la habitación que la pareja y su respectiva familia necesitan privacidad para tratar sus asuntos. —Empezó a empujar ligeramente a los presentes, pero estos se negaban a salir.

—Lo único que intenta es encubrirlos, Lady Dunne. ¿Acaso tiene usted algo

que ver en todo esto? ¿Sabía lo que estaba sucediendo en esta habitación? —dijo una de las mujeres mayores que encabezaban la multitud, de las más chismosas, eso era claro; Roger creía haberla visto algún día tomando té en su casa cuando su madre aún vivía, era una vieja bruja.

—Le pido un poso de decencia y consideración, milady, supongo que ya vieron todo lo que debían ver de la pareja, y ellos merecen privacidad para arreglar el asunto. —Todos los presentes la miraron escandalizados y la mujer parecía indignada, pero ahora Roger sentía que tenía una gran deuda con ella, les estaba ayudando a pesar de la situación, era una gran mujer y más le valía al idiota de su amigo valorarla.

—Es usted una grosera, Lady Dunne, además lo más obvio es que el caballero debe responder por sus actos y casarse. —Amberly se encogió ligeramente de hombros.

—Eso no es asunto suyo, milady, eso solo le concierne a la pareja y a las respectivas familias, ni a usted ni a mí, así que dé media vuelta y salga si es tan amable. —La dama hablaba con una seguridad que era admirable; al parecer, poco le importaba tener que enfrentarse a toda una multitud de chismosos y malintencionados; pudo ver a su amigo cerca de ella y el brillo en sus ojos se lo dijo todo, por suerte, sería un amor recíproco, y después de esto, él los ayudaría en lo que fuera necesario, pero por ahora, se encargaría de su propia mujer.

La mujer y todos los demás presentes dieron media vuelta y salieron del lugar susurrando mil cosas que no valía la pena repetir; en cuanto todos salieron, solo quedaron la marquesa, Roger, Anne, Frederick, que cerró la puerta, y Amberly.

Amberly se acercó a la pareja y dándole un leve toque a Roger en el hombro, logró que él se alejara un poco, solo un poco de la joven sin llegar a soltarla.

—Déjame ayudarla —susurró Amberly; este no era el momento para formalismos. Roger negó con la cabeza.

—No me pienso alejar de ella. —Amberly sonrió ligeramente.

—Me alegra escuchar eso, pero está a medio vestir, su vestido no está correctamente puesto, además entre mujeres podemos apoyarnos más fácilmente en un momento así, es difícil que los hombres entiendan muchas cosas. —Anne miraba a Amberly curiosa a pesar de que las lágrimas no paraban de salir de sus

ojos, parecía una buena mujer, parecía tener buenas intenciones, y como le dijo a Roger, había cosas que solo las mujeres entendían, así que miró a Roger y asintió, logrando que él se levantara y se alejara por completo. Amberly se acercó a ella y con una afectuosa sonrisa la tomó de las manos para ayudarla a levantarse.

—¿De verdad quieres ayudarme? —preguntó Anne en un susurro, y Amberly asintió—. ¿Por qué?

—Porque soy mujer —dijo simplemente, y levantándola, caminó hasta Frederick y le pidió su pañuelo, quien se lo dio sin problema, volvió hacia la joven y mientras limpiaba su rostro la ayudó a ponerse correctamente su vestido y a arreglar un poco su peinado; Anne se sintió considerablemente mejor, nunca había tenido una amiga, siempre había considerado que las mujeres eran malintencionadas y siempre había intereses de por medio, sin embargo, ella la estaba ayudando, se había enfrentado a toda esa misma multitud sin miedo, todo por ayudarlos aunque no eran precisamente cercanos, tal vez hoy no solo terminara comprometida con el hombre de su vida, sino que hoy había ganado una amiga—. Todo estará bien —susurró Amberly en el oído de Anne—. Si necesitas algo, solo pídemelo, en mí tienes una aliada —dijo antes de dejarla a solas con el conde y su madre.

—Mamá, perdóname, yo no quería que esto pasara así, te juro que... —empezó diciendo Anne, pero se quedó callada al ver cómo su madre se levantaba y limpiaba sus lágrimas en cuanto la puerta se cerró; sonrió emocionada y abrazó efusivamente a su hija, dejándola completamente perpleja; era un hecho, su madre se había vuelto loca.

—Ay, mi niña, cómo me alegra, ya sabía yo que había algo especial entre el conde y tú, ahora nada podrá separarlos, podrás ser feliz, ni aunque lo hubiéramos planeado habría salido tan bien. —La joven se había quedado sin palabras, hasta Roger había quedado igual. ¿Qué estaba pasando? Esa no era la reacción que ellos esperaban.

—Madre, ¿te encuentras bien? —preguntó la joven asustada.

—Claro que sí, ¿por qué no habría de estarlo? —Anne miró a Roger, y él se encogió ligeramente de hombros, se acercó a su dama y la abrazó por la cintura

pegándola a su cuerpo, por lo menos ya no lloraba, ahora solo quería sentirla cerca, oler su dulce aroma, tocar su suave piel.

—Me alegra que esté bien, Lady Bristol. Aunque no es la reacción que esperaba, me alegra. —La mujer los miró emocionada.

—Lo único que me importa es la felicidad de mi hija, así que más te vale hacerla feliz, no sabes lo que una madre es capaz de hacer por sus hijos, ahora solo debemos encargarnos de su padre, porque se pondrá furioso en cuanto se entere, supongo que no debe tardar en entrar por esa puerta y tú como hombre debes enfrentarlo, no será nada fácil, pero el amor siempre triunfa, si luchan por ello siempre triunfarán. —Y como si lo hubiera invocado, el marqués entró furioso a la habitación; cuando había vuelto con su amigo el duque, se encontró con todos mirándolo extrañamente, solo hizo falta preguntar a la mujer correcta para saber lo que había pasado, ahora tenía unas enormes ganas de ahorcar a su hija y al idiota que se atrevió a arruinar su plan, pero debía actuar inteligentemente; a pesar de que el hombre era un simple conde, era muy poderoso, tenía mucho dinero y era gran amigo del duque de Marlborough, estaba de manos atadas y no sabía cómo resolver esto.

—¿Me puedes explicar que hiciste, niña estúpida?! —exigió furioso al entrar, caminó directamente hacia Anne, y ella se quedó de piedra, se veía furioso, tenía miedo, ahora seguro que sí la mataba, pero antes de que pudiera dar siquiera dos pasos, Roger se interpuso en su camino y lo miró amenazante.

—Me disculpa, milord, pero no permitiré que le hable así a mi prometida, no me importa que usted sea su padre, ella merece todo el respeto del mundo y yo me aseguraré de que lo reciba, no me importa si tengo que enfrentarme a usted o a todo Londres. —El marqués cerró sus manos intentando contener las ganas de darle un buen golpe; el hombre era mucho más joven, tendría todas las de perder, pero tampoco podía quedar como un idiota.

—¿Su prometida? No diga estupideces, Coventry, es mi hija, está a mi cargo, sin mi permiso, usted no puede considerarse su prometido y muchísimo menos llegar a ser su esposo. —Lilian sintió miedo, su marido era capaz de encerrar a Anne con tal de salirse con la suya. No, no podía permitir que algo sucediese.

—No puedes decir estupideces, John, ahora Anne tiene la reputación arruinada,

jamás conseguiría otra propuesta de matrimonio y no creo que el duque acepte a una mujer que fue supuestamente mancillada, porque seguro que ya corre el rumor —dijo rápidamente la marquesa; John la miró como si hasta ahora no hubiera notado su presencia, la miró con tanta rabia que Lilian a punto estuvo de temblar del miedo.

—Claro, ¿cómo es que no lo pensé antes? ¿Quién si no iba a darle una idea así? Ustedes dos están arruinando mi vida, seguro que van a matarme de un infarto, pero no, no piensen que se los dejaré fácil, claro que no, no voy a permitir que Anne arruine mi negocio, seguro que el duque entenderá que ella sigue pura, tiene que entenderlo. —Empezó a caminar desesperadamente de un lado a otro.

—John, por favor, olvida esa estupidez y deja que se casen, es ridículo que se lo prohíbas, ellos se aman, ellos van a vivir algo hermoso, te lo ruego, no les pongas cadenas. —Anne se abrazó a Roger temerosa. No, no podían alejarla de él, era el hombre que amaba, no podía casarse con otro, seguro que moriría.

—No voy a permitir que la aleje de mí, no me importa lo que tenga que hacer, pero no voy a permitir que la aleje, desde el momento en que la besé la marqué como mía y no voy a permitir que sea otro el que la tenga, usted tiene que entender eso, le guste o no —dijo Roger completamente furioso mientras se aferraba al cuerpo de su hermosa dama, no le importaba si tenía que tomarla y secuestrarla en ese preciso momento, pero nada ni nadie los iba a separar, ni siquiera el avaro de su padre.

El marqués miró al hombre como si se hubiera vuelto loco, iba a perder muchísimo dinero, de alguna forma debía recuperar lo que invirtió en esa muchachita, porque la educación no fue gratuita, ni su comida, ni sus vestidos o joyas, pero sin duda alguna, esto iba a convertirse en un serio problema.

Lilian se acercó a su esposo, acarició su hombro como solía hacerlo cuando intentaba conquistarlo y detuvo su mano justo sobre los fuertes latidos de su corazón; algo había aprendido después de tantos años de matrimonio, ahora debía sacarle provecho aunque luego tuviera que pagar por ello.

—John, te lo ruego, no hagas esto, acepta su matrimonio y déjalos ser felices, estoy dispuesta a hacer lo que quieras, no me importa, puede que yo no te dé

todo el dinero que quieres, pero ya tienes suficiente para ti y para Adrián, solo te estoy pidiendo una cosa —susurró bajo para evitar que su hija y su prometido escucharan, sabía lo que decía, conocía las consecuencias de ello, pero no le importaba, ya se había acostumbrado a vivirlo.

—¿Harás lo que sea que te pida? —susurró de vuelta el marqués mirando curioso a su esposa; eso era algo que había estado esperando hacía mucho tiempo, porque lo que estaba por pedir valía mucho más que lo que el duque pudiera pagar por Anne, además, por fin se libraría de ella, el problema pasaría a ser de otro, eran dos cosas a favor y como su esposa decía, ya tenía bastante dinero.

Lilian tembló de miedo, pasó saliva y tomó una gran bocanada de aire.

—Sí, lo que sea.

—Esta noche te espero en mi habitación dispuesta a todo, nada de ridículos camisones, nada de peros, nada de lágrimas, esta noche solo vamos a ser tú y yo, eso sí, nada de mentiras —dijo el marqués en su oído; no era una amenaza, era una advertencia de todo lo que estaba por venir.

—Si lo que quiere es dinero, solo dígame cuánto y lo tendrá mañana mismo antes del desayuno, no me importa tener que pagarle lo que sea necesario, pero Anne será mi esposa antes de que termine el mes —exclamó Roger con una seguridad de admirar; no cualquier hombre era capaz de enfrentarse al mundo entero con tal de defender a su amor, a su dama, porque estaba dispuesto a darlo todo por ella, no le importaba quedarse en la ruina, seguro que Frederick le ayudaría si se lo pedía, pero Anne sería su condesa a como dé lugar.

—Padre, por favor, es lo primero que le pido y le aseguro que será lo último, quiero casarme con él, lo amo y sé que me ama, quiero ser feliz, quiero mi propia historia de amor, no puedes prohibírmelo, no puedes entregarme a un hombre como el duque, te lo ruego. —Anne estaba a punto de arrodillarse, pero poco le importaba, arrodillarse no era nada comparado con todo lo que podía ganar si conseguía su propósito.

—Es una estupidez todo eso del amor, no entiendo cómo pueden pensar que eso vale la pena, pero bueno, no es mi asunto, pueden considerarse comprometidos, no me opondré a ello —dijo el marqués sin apartar la mirada de

su esposa—. No quiero su dinero, Coventry, todo será de acuerdo a las normas inglesas, habrá que anunciar su compromiso pronto, pero son libres de casarse.

Anne abrazó a su prometido oficialmente y él le dio un pequeño beso en sus labios. No quería arriesgarse de más con el marqués, pero la felicidad de su hija fue más que suficiente para que Lilian entendiera que había hecho lo correcto, un par de horas de sufrimiento no eran nada comparado con la felicidad de su pequeña.

—A ti, te veo esta noche —dijo John a su esposa antes de salir del lugar.

Capítulo 9

Tal y como había prometido, al llegar a casa, luego de dejar a Anne, quien estaba rebotando en felicidad, en su habitación, se dirigió a la suya, se quitó su vestido y en vez de colocarse su camisón como solía hacer, simplemente se puso su bata; a pesar de su edad y de haber tenidos dos hijos, tenía un cuerpo bastante bueno, conservaba sus curvas y los atributos que siempre enloquecieron a su esposo: sus senos, que eran grandes, no podía quejarse, así que resignada a lo que estaba por venir, quitó la enorme tabla que un día ordenó poner para sellar el paso entre la habitación del marqués y la suya y entró a la habitación que nunca pensó volver a pisar, seguía igual que la recordaba, toda decorada en tonos oscuros; por suerte estaba vacía, su esposo aún no llegaba, así que empezó a caminar por el lugar, tenía muchos recuerdos de ese sitio, ahí vivió su primera vez, recién casados, ahí lo esperaba ella, recostada en su cama con un sensual camisón, y ahí vivió la peor noche de su vida. Aunque todos los días agradecía al cielo la existencia de su hija, los recuerdos no dejaban de dolerle.

—Veo que ya estás aquí, me alegra, no me habría gustado obligarte a venir — dijo el marqués entrando a la habitación; Lilian lo miró de reojo y caminó hasta una de las ventanas, esa que tanto le gustaba porque tenía una hermosa vista al jardín, y hoy la luna estaba más hermosa que nunca, tan brillante como siempre.

—Cumpló mi palabra y usted lo sabe, así que sí, aquí estoy. —Cerró sus ojos con fuerza y respiró profundo para buscar la valentía suficiente, se giró y dejó que la bata se deslizara por su cuerpo, dejándola completamente desnuda frente a su esposo, el único hombre que la había visto tal como llegó al mundo, el único que había conocido su cuerpo, el único que la había tomado.

John se quedó sin palabras, su esposa seguía igual de hermosa que siempre, incluso aún mejor de lo que la recordaba; su cuerpo siempre lo volvió loco, le encantaba, más cuando la enloquecía a tal punto que gemía y gritaba su nombre sin control, si tan solo no lo hubiera arruinado todo aquella noche.

—Igual de hermosa como siempre —susurró nervioso, no sabía qué más decir, ese no era propósito por el que la había hecho ir.

—Solo hazlo de una vez para poder volver a mi habitación, no soporto estar en este lugar —masculló ella furiosa, quería volver a la seguridad de su habitación, luego de poner la tabla claro, le gustaría unirse en su cama y cubrirse plácidamente con sus cobijas mientras lloraba su desgracia. Su esposo se acercó a ella y observó su cuerpo descaradamente deteniéndose más de lo necesario en sus hermosos senos. Lilian sintió unas terribles ganas de vomitar, pero la dejó sin palabras cuando se agachó, tomó su bata y levantándola se la volvió a poner para cubrir su cuerpo.

—Quiero que hablemos de lo que pasó, Lilian, aunque pueda que me muera por tomarte de nuevo primero quiero que hablemos, porque sé que lo que te hice no estuvo bien y estoy pagando las consecuencias de ello, quiero tu perdón. — La marquesa aferró la bata a su cuerpo cubriendo tanto como le fuera posible y sintió sus ojos arder por las lágrimas contenidas durante tantos años.

—¿Pagando las consecuencias? Sé que Anne no es el hijo que esperabas, pero si le hubieras dado una sola oportunidad para conocerla, te habrías dado cuenta que es la mujer más sensible, cariñosa y sincera que puede existir, es tu hija, ella necesitaba un padre, una familia que tú le negaste, la alejaste de mí por años, no había necesidad de enviarla tan lejos a una escuela cuando podía haber estudiado aquí, me arrebataste a mi hija. —Si él quería hablar, pues perfecto, Lilian estaba decidida a decirle todo lo que no había podido decir antes.

—Esa muchachita solo era el recuerdo de lo que hice, no sabes cómo me dolía haber dañado lo poco que teníamos tú y yo, porque desde aquel día he lamentado mi actuar, más cuando huyes de mí como un ratoncito asustado. —La tomó de la mano rogando al cielo que no lo rechace y casi suspiró de tranquilidad cuando ella aceptó, la llevó hasta la cama y la sentó, ubicándose él a su lado, así estarían más cómodos.

—¿Qué lamentas más? ¿El haberme amarrado o el haberme violado? —dijo ella directamente sin importarle las consecuencias de sus palabras, ya había vivido muchas cosas de la mano de su esposo, su hija pronto estaría muy lejos de ese lugar viviendo tranquilamente junto al hombre que amaba, y ya ni recordaba el rostro de su hijo, no tenía nada que perder, un par de golpes más seguro que podía soportar.

John cerró sus ojos con fuerza, los gritos de su esposa aquel día lo hicieron estremecerse, era algo que lo atormentaría siempre.

—Perdóname, sé que me equivoqué y no sabes cómo me duele todo el daño que te hice, actué como un estúpido. —Ella se giró ligeramente para tener una mejor vista de su esposo y lo fulminó con la mirada.

—¿Que te perdone? Eres la peor escoria que ha pisado esta tierra, esa noche estaba enferma, solo por eso me negué, pero a ti no te importó, lo único que sabías hacer era imponer tu poder sobre los demás, porque seguro que recuerdas lo que me dijiste aquella noche: “Te voy a tomar te guste o no, porque eres mi esposa y tengo el derecho a hacer contigo lo que se me venga en gana”. Y sin remordimiento alguno, me amarraste a tu cama, me tomaste sin contemplación, me hiciste mucho daño, estuve varios días en cama. —Ese día quedó embarazada de Anne. Aunque fue la peor noche de su vida, le dejó lo más hermoso que tenía.

—Lilian, sé que hice muchas estupideces, pero aunque no lo creas, siempre te quise, por algo hice hasta lo imposible por casarme contigo. Lili, no puedes juzgarme por un solo error. —La mujer sintió unas terribles ganas de matarlo, si tan solo eso no la llevara a la horca, seguro que lo haría.

—¿Un solo error? Claro, las miles de veces que me encerraste no cuentan, ni tampoco las muchas que me golpeaste, no conocer a mi hijo no es nada. ¿Crees justo que ni siquiera recuerdo su rostro? No sé si tiene mis ojos como Anne o mi cabello, nada, pero ahora lo entiendo, eso no fue nada, pero déjame decirte algo: tal vez no te amaba una vez que nos casamos, pero estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario con tal de conseguir tu amor, porque mi cariño por ti era tan grande que amarte no sería difícil, sin embargo, ahora no quiero nada de ti, me das asco. —Se levantó de la cama y prácticamente corrió hasta su habitación

dispuesta a alejarse de ese hombre tanto como le fuera posible, pero John rápidamente se levantó y la detuvo.

—Ordenaré que traigan a Adrián de inmediato, llegaría en menos de dos días, pídemelo lo que quieras, estoy dispuesto a hacer lo que sea con tal de lograr tu perdón y recuperar a mi esposa.

—¿Lo que sea? —preguntó ella, y su esposo asintió desesperadamente—. Aléjate de mí, déjame en paz, imagina que me mataste años atrás. —Se soltó de su agarre y volvió a su habitación dejando a su esposo sin palabras, rápidamente se puso su camisón y se hundió en su cama cubriéndose completamente con sus cobijas y lloró, lloró lo que antes no había podido lamentar, lloró por su desgracias y por la felicidad de su hija.

El marqués alcazaba a escuchar el llanto de su esposa y eso rompió su corazón, no había puesto la tabla, podría entrar y abrazarla, pero no se atrevía, ya le había hecho demasiado daño a esa mujer, quería arreglarlo pero no sabía cómo, así que solo le quedaba esperar; se recostó en la puerta que separaba las habitaciones y se dejó caer al suelo, se sentía realmente mal.

Al siguiente día, el conde llegó muy cumplidamente y se encerró en el despacho del marqués. La reunión no tardó más de veinte minutos. El marqués aceptó el compromiso, en la siguiente velada lo anunciarían y tres semanas a partir de ese día sería la boda. John no quería dinero, así tal y como lo dictaban las normas inglesas, luego de la boda le sería entregado al conde la debida dote de su hija. Roger salió más que emocionado de aquel encuentro, pues ahora podía bailar, pasear o charlar libremente con Anne. Ahora, oficialmente, Anne sería suya y todos debían saberlo.

Dos noches después, se organizó la debida velada y se anunció el compromiso, y aunque la pareja sintió que las únicas felicidades realmente sinceras fueron la de Amberly y Frederick, fue una noche inolvidable, nunca faltaron las miradas mal intencionadas y los rumores por el escándalo, eso era obvio, pero decidieron ignorarlos.

—Solo somos tú y yo, amor mío —murmuró el conde en el oído de la joven cuando ejecutaban pasos de baile en medio de la pista, y eso fue más que suficiente para Anne, porque solo pudo concentrarse en su prometido, en su

futuro esposo, el resto no interesaba.

Anne había intentado mantenerse tranquila, pero no podía, su mamá andaba extraña, parecía intranquila, incluso triste, caminaba como si de un alma en pena se tratase; miles de veces le había preguntado lo que sucedía, la razón por la que actuaba así, pero nada, simplemente decía: “Son cosas mías, no debes preocuparte por nada”. Daba media vuelta y se iba; además, para completar, su padre estaba más difícil que nunca, con solo mirarlo terminaba gritando y tirando al suelo todo lo que se encontraba en el camino, ella había sido muy cuidadosa para no acercársele más de lo estrictamente necesario y alejarse cuando corría algún tipo de peligro; anteriormente era su madre la que lo calmaba, solía llevarlo a su despacho o la biblioteca y minutos después salían considerablemente más tranquilos, pero ahora ella simplemente se iba. ¿Qué era lo que sucedía? Necesitaba entender.

Al siguiente día, cuando llegó el momento, empezó a arreglarse, debía asistir a la velada de los duques de Lancaster, así que se arregló con un lindo vestido rosa, un peinado sencillo y un pequeño collar de oro que su madre le había regalado años atrás, era un atuendo bastante sencillo, pero estaba cómoda, así que para la bella joven era más que suficiente. Solo asistió al baile con su madre y en el salón se encontró con Roger, quien la llevó a caminar, pero se sentía incómoda, las miradas sobre ellos eran insoportables, no quería ni imaginarse los comentarios que debían circular por la tan selecta sociedad, si de ella dependiese, se iría muy lejos, estaba cansada de tanta falsedad.

—No les prestes atención, amor —susurró Roger cerca de su oído al ver la incomodidad de su dama, no iba a permitir que nadie la hiciera sentir menos por algo que para él no había sido un error.

La joven Wadlow de verdad lo intentaba, pero era muy difícil para ella, solo hasta que vio a la mujer que la ayudó esa velada, la que dijo que quería ser su amiga, solo hasta ese momento logró sonreír sinceramente a la joven.

—¡Lady Anne! Un placer verla —dijo la joven con una sonrisa en sus labios.

—Solo Anne, un placer verla de nuevo, Lady Dunne —dijo tímidamente Anne; Amberly tomó una de sus manos y le dio un ligero apretón para darle un poco de ayuda.

—Solo Amberly. —Anne sonrió, y luego de mirar por un momento a Roger, tomó aire, desde que se había comprometido había estado pensando en esto, tal vez era el mejor momento para compartirlo, seguro que a su prometido no le importaba que no le haya contado antes.

—Amberly, me gustaría que fueras mi madrina de bodas, me ayudaste mucho aquella noche, eres lo más cercano que tengo a una amiga. —Amberly sonrió tímidamente y se acercó a ella para darle un fuerte abrazo.

—Me encantaría. —Anne estuvo a punto de hablar, pero justo en ese momento, Frederick apareció frente a ellas, y luego de una pequeña reverencia y un educado saludo, el duque tomó a su amiga de la mano y la llevó a la pista de baile mientras que el conde hacía lo mismo con ella.

—No sabía que habías decidido eso —murmuró Roger disimuladamente, que no quería levantar más rumores de los que ya circulaban, seguro que haber sido encontrado en un momento tan íntimo debió ser más que suficiente.

—¿Te molesta? —preguntó ella preocupada.

—No, claro que no, mi amor, de hecho me parece grandioso —se apresuró a decir él, ayudándola a sentirse más tranquila, así que a medida que la velada avanzaba, se movía por el salón sin prestarle atención a nada más que a lo realmente importante, sin embargo, a mitad de la noche, un gran escándalo en una de las habitaciones de la segunda planta llamó su atención, pero no se atrevía a subir sola, así que se acercó a Roger que charlaba tranquilamente con un par de caballeros, y luego de disculparse, lo tomó de la mano y fueron juntos hasta allí. Al ver a Amberly, su amiga, y a Frederick Marlborough en una situación parecida a la que ella vivió, y recordando lo que ella necesitaba en aquel momento, se acercó para intentar demostrar su apoyo.

—Al parecer tenemos mucho en común —susurró Anne con una ligera sonrisa intentando levantarle el ánimo; Amberly intentó sonreír, pero la primera lágrima bajó por su mejilla; Anne se acercó rápidamente y la abrazó.

—Todo estará bien —aseguró la joven rubia—. No es tan malo una vez que se va toda la gente chismosa de la puerta, por experiencia propia, sé que si permitiste que algo así pasara con él, es porque algún sentimiento ha de haber, debes ser fuerte, el mal momento será largo y duro, pero cuando pase, verás que

todo es muy hermoso. —Amberly limpió sus lágrimas y se alejó un poco de ella.

—¿Cómo es que tú estás tan tranquila después de pasar algo así? —Anne se encogió de hombros y miró de reojo a Roger que estaba hablando con Frederick.

—Estoy locamente enamorada de él, ¿tú sientes algo por Frederick? —La hermosa pelinegra no supo qué responder y su amiga lo notó, así que prefirió dejarla tranquila y no protestó cuando el duque llegó hasta ellas, la alejó y plantándose frente a Amberly tomó su rostro entre sus manos, era un momento que solo ellos debían compartir, así que caminó hasta Roger y lo abrazó; sin embargo, no había palabras que explicaran lo que sentía, solo quería su apoyo, y es que ver a otra persona a la que le tenía cariño, pasar por lo mismo que ella vivió, no era fácil.

Cuando estaban por irse a sus respectivas casas, se supo del duelo entre ambos caballeros, así que prometió acompañar a su nueva amiga, era algo por lo que no debía pasar sola, pero al llegar a casa, la mirada de su padre las hizo temblar, a ella y a su madre, y un frío escalofrío recorrió su espalda, solo rogaba al cielo que no fuera tan malo.

Capítulo 10

El conde de Coventry bajó de su carruaje al detenerse frente a la casa de los marqueses de Bristol, había sido una noche con demasiadas emociones juntas y no quería dejar sola ni a su futura suegra ni mucho menos a su bella dama, así que decidido a acompañarlas, las llevó en su carruaje mientras el de la marquesa los seguía. Anne estuvo abrazada a él todo el camino, así que pudo disfrutar de su cercanía y de su olor todo el camino a casa; bajó y las ayudó a bajar, dejó un pequeño beso en los labios de su prometida y volvió a su carruaje, quería dormir un poco antes de presenciar la posible muerte de su gran amigo.

Lilian tomó a su hija y la abrazó con fuerza.

—Serás feliz, mi pequeña, el conde es un gran hombre y es más que obvio a los ojos de cualquiera que esta locamente enamorado de ti, no sabes cómo me alegra, por lo menos podré estar tranquila porque nadie podrá dañarte y estarás muy lejos de tu padre —susurró a su oído, dejó un pequeño beso en su frente y la soltó, caminó hasta la puerta que el mayordomo mantenía abierta para esperar a que entraran, pero en cuanto la cruzó tuvo un mal presentimiento, algo no estaba más, y la mirada de su mayordomo se lo confirmó, la miraba con nerviosismo. Anne notó la inquietud de su madre y frunció el ceño. ¿Habría pasado algo y ella no lo sabía? Miró a su alrededor y no vio nada extraño.

—¿Pasa algo, mamá? —preguntó nerviosa, y un fuerte estruendo en el despacho de su padre la dejó helada, Lilian sabía lo que eso significaba, así que tomó a su hija de la mano y rápidamente la llevó hasta la escalera.

—Vete, Anne, corre a tu habitación y enciérrate, tranca la puerta y no la abras por ningún motivo, pase lo que pase, escuches lo que escuches, no la abras. —

Anne sintió miedo; su madre estaba muerta de miedo, pero no entendía nada y se negaba a dejarla ahí sola, no podía, así que fuera lo que fuera que estuviera sucediendo, lo enfrentarían juntas.

—No te dejaré sola, mamá, la única forma de que yo suba esas escaleras es que si tú vienes conmigo. ¿Qué es lo que pasa? —Lilian estaba a punto de ordenarle que subiera, incluso estaba dispuesta a ordenarle al mayordomo que la subiera a la fuerza, pero era demasiado tarde, lo supo cuando la puerta del despacho causó un tremendo estruendo al abrirse, giró su cabeza y observó el pasillo temerosa, así que hizo lo único que podía hacer, se puso frente a su hija para cubrirla con su cuerpo.

—No intervengas —advirtió duramente la marquesa a su hija y justo en ese instante, apareció el marqués por el pasillo, tenía la mirada perdida, estaba borracho, una muy mala noticia, y Lilian lo sabía.

—¿Por qué, Lili? —masculló el marqués adolorido y algo se removió en el pecho de su esposa, hacía años que no la llamaba así—. ¿Cómo es que llegamos a todo esto? Yo no quería que algo así sucediera cuando decidí casarme contigo, no me importaron las palabras de mi madre cuando lo supo, no me importó la reputación que tenías a causa de lo que te obligaba a hacer tu padre, no me importó nada, es más, ni siquiera me importaba el pequeño que llevabas en el vientre, solo pensaba en ti y en mí. —Anne se quedó de piedra, nunca había esperado algo así. ¿Qué hacía su madre obligada por su abuelo?

—Podemos hablarlo, John, vamos a tu habitación y lo hablamos tú y yo, no es correcto mantener una discusión de este estirpe frente a los sirvientes o frente a Anne, es algo que solo nos incumbe a ti y a mí, vamos —rogó ella; si lograba llevarlo a la habitación tal vez podría recostarlo y rogar al cielo que se le pasara el efecto del whiskey tan pronto como fuera posible.

—No, amor mío, ya no soporto un segundo más que me mires con odio y resentimiento, como si te hubiera arruinado la vida, y aunque sé que actué muy mal y que hice muchas cosas que te dañaron, aunque no me lo creas, desde antes de casarnos yo sentía algo muy fuerte por ti, de verdad quería ganarme tu amor, perdóname, te lo ruego, no me importa si Anne se casa con un sirviente o con el mismísimo príncipe, no me importa perderlo todo, mi dinero, mi título, todo,

pero ya no soporto la idea de perderte a ti, eres lo único que trae sentido a mi vida. —Los ojos de la marquesa se cristalizaron. ¿Por qué solo decía ese tipo de cosas cuando estaba completamente ebrio? Así las palabras no tenían valor, no cuando una vez recuperados los cinco sentidos violaba, golpeaba o encerraba a la mujer que supuestamente amaba.

—Anne, sube a tu cuarto —susurró muy bajo sin quitar la mirada del marqués.

—No lo haré, ha estado bebiendo, puede ser peligroso para ti —susurró de vuelta su hija y la tomó de la mano con fuerza intentando transmitirle un poco de valentía a su madre.

—Hablémoslo mañana, John, déjame llevarte a tu habitación, necesitas dormir un poco, es muy tarde y has bebido demasiado, yo te acompañaré, incluso me acostaré a tu lado, como te cuidaba cuando estábamos recién casados, ¿lo recuerdas? —El marqués hizo una mueca y se pasó la mano por el cabello, desesperado.

—¿De qué servía si siempre que amanecía no estabas en mi cama? Prácticamente huías de mí durante el día y cuando no tenías escapatoria simplemente no me hablabas, era como si un extraño navegara tu cuerpo. —Lilian no lo soporto más y las lágrimas empezaron a caer humedeciendo sus mejillas.

—¿Y qué eres tú entonces? —masculló furiosa. ¿Quería hablar? Perfecto, iban a hablar, pero con la verdad, ella tenía mucho que decir—. La primera vez que te vi en mi vida tuve que entregarte mi virginidad, simplemente pagaste y me tomaste, que se haya repetido varias veces no lo cambia nada, y el casarte solo fue tapar con una manta un dolor tan grande que poco o nada podía hacer para menguarlo, para luego encerrarme cada vez que se te daba la gana, me obligabas a estar contigo aun cuando yo no lo deseaba, no te importaban mis lágrimas o mis súplicas, con un par de palabras bonitas no se puede perdonar algo así. —Lilian jaló a su hija lejos de su esposo, las escaleras no eran una opción, los vestidos podría hacerlas tropezar, así que la llevó corriendo al otro extremo de la casa; ahora el marqués estaría furioso y solo buscaría alguien en quien descargar esa furia, debían alejarse.

—¡Ven acá, Lilian! —gritó John furioso al verlas correr por el pasillo

contrario, aunque no era completamente consiente de lo que hacía, necesitaba a su esposa cerca, debía decirle muchas cosas antes de que la cobardía le ganara, así que salió corriendo tan rápido como le fue posible, por suerte las mujeres poco podían correr con el vestido, así que alcanzó a tomar a su hija del brazo y las detuvo.

—Suéltala, John, no te atrevas a dañarla —suplicó la marquesa intentando alejar a su hija de su esposo, pero era imposible.

Él empezaba a hartarse, su paciencia tenía un límite, demasiado corta para desgracia de muchos, y su esposa y su hija empezaban a cansarlo. Dio un paso al frente hacia su esposa, pero Anne se interpuso.

—No, padre, basta, aléjate de nosotras. —John estaba harto y sin darse cuenta, soltó a su hija, pero levantó su mano y la golpeó en el rostro lanzándola lejos y alejándola de su madre.

El grito de Lilian lo dejó helado y solo hasta ese instante notó lo que había hecho, pero no era el momento de arrepentirse, tenía un propósito y estaba dispuesto a cumplirlo, así que sin importar le las lágrimas de dolor de su hija o los gritos de su esposa, tomó a Lilian del brazo y la arrastró hasta su despacho, asegurándose de trancar la puerta para que nadie pudiera salir o entrar, iba a decirle un par de cosas antes de dejarla ir.

—Solo quiero que hablemos, Lilian, y ni tú ni Anne me facilitan las cosas. —Caminó de un lado a otro intentando calmarse, pero las lágrimas de su esposa lo alteraban, no soportaba verla así, le dolía, aún más cuando él era el causante.

—¡La golpeaste! Anne que nunca ha hecho nada que te incordie, que ha sido una hija perfecta, te atreviste a lastimarla. —John sintió que su sangre hervía.

—Si eso fuera verdad, no estaría comprometida con un estúpido conde que se atrevió a amenazarme, pero no estamos hablando de ella, igual ya el matrimonio no tiene vuelta atrás.

—¡La estabas vendiendo! —gritó ella furiosa, ya no podía quedarse callada.

—¡Basta! —gritó de vuelta—. Perdóname, Lilian, sé que soy un completo idiota, muchas veces no sé controlarme y termino actuando como el imbécil de mi padre me enseñó, te juro que nunca quise dañarte, aunque no lo creas, quería que fuéramos felices, solo tú y yo, pero el destino y muchas veces el alcohol me

jugaban una mala pasada, perdóname, solo puedo decir que eres demasiado importante para mí desde el mismo instante en que te vi por primera vez, no sabes cómo me arrepiento, pero ahora solo puedo prometer que no volverá a suceder; en cuanto a Anne, me encargaré de corregir todo el daño que le he causado y Adrián ya vuelve a casa. —Dicho esto, dio media vuelta y salió de su despacho, subió a su habitación y se dejó caer sobre la cama, lastimosamente estaba demasiado despierto como para poder dormir, su cabeza no dejaba de dar vueltas en lo que tendría que hacer para corregir todos sus errores, por lo menos su hijo ya iba de vuelta a casa, debía ser un comienzo.

Anne escuchó que la puerta del despacho se abrió y corrió hasta allí para encontrarse con su madre sentada en uno de los sofás llorando amargamente.

—Mamá, ¿te hizo algo? —dijo preocupada, jamás había visto a su madre tan triste, rogaba al cielo que el daño no fuera permanente.

—Nada, Anne, nada, solo me pidió perdón por todo lo que nos ha hecho, dijo que Adrián viene de vuelta a casa, pero no tienes nada de qué preocuparte, yo estoy y estaré bien, seguro que tu padre no me lastimaría. —Limpió sus lágrimas y se levantó, tomó a su hija de la mano y juntas subieron las escaleras, la dejó frente a la puerta de su habitación y le dio un pequeño beso en su frente—. Descansa, pequeña, ha sido un largo día. —Siguió caminando y entró en su habitación, se dejó caer en el suelo y se abrazó a sí misma, pero se negó a llorar, todo estaba tan mal que no había posibilidad alguna de empeorar, tal vez lo que estaba por venir sería para bien de todos, rogaba al cielo que así fuera.

La joven se quedó sin palabras, así que entró en su habitación, se quitó su vestido y se puso su camisón, cepilló su cabello y lo trenzó, pero al acercarse al espejo se quedó sin respiración, tenía el pómulo completamente rojo e hinchado, es cierto que le dolía bastante, pero nunca llegó a imaginar que se vería tan mal. ¿Qué iba a hacer? Mañana tenía que ir a casa de Amberly y era inevitable que viera el golpe. ¿Y si Roger llegaba a verlo? Se armaría un lío. No, tenía que pensar en algo, suficientes problemas tenía hasta ahora como para sumarle el asesinato de su padre a manos de su prometido.

Al siguiente día se levantó rápidamente y desayunó. Su doncella puso un extraño ungüento en el golpe, que redujo considerablemente la hinchazón, pero

no logró quitar el morado oscuro, puso un poco de polvo de arroz para disimularlo, pero era inevitable que lo vieran, así que dándose por vencida, tomó el carruaje y fue a casa de su amiga. Al llegar el mayordomo le informó que aunque no creía que la recibiera, anunciaría su llegada, pero ya que no estaba dispuesta a ser rechazada, siguió al hombre hasta uno de los salones en el que Amberly estaba frente a la ventana observando atentamente algo más allá.

—No quiero ver a nadie, quien sea dígame que no puedo recibirlo —dijo su joven amiga en cuanto el mayordomo le avisó su visita.

—Es una lástima entonces que me haya atrevido a seguir a tu mayordomo tan groseramente con el propósito de encontrarte. —Ambos giraron la cabeza al escucharla hablar, y Anne entró por la puerta con una enorme sonrisa en sus labios y un enorme morado en su pómulo izquierdo.

—Me retiro —anunció el mayordomo haciendo la debida reverencia para luego retirarse y volver a su trabajo. Amberly no pudo apartar su vista del golpe que opacaba tan hermoso rostro; debió ser uno muy fuerte, la marca estaba bastante marcada logrando que Anne se sintiera incómoda por su mirada.

—Estás golpeada —murmuró sin poder evitarlo; Anne sonrió ligeramente e intentó girar su rostro para evitar que lo viera, pero era imposible, así que soltó un suspiro de frustración y acercándose a ella, limpió sus lágrimas y se encogió de hombros.

—Que sea nuestro secreto, Roger no puede saberlo por nada del mundo. — Amberly frunció el ceño olvidándose por un segundo de sus desgracias.

—Pero cuando te vea será inevitable que lo note. —Anne asintió, y tomándola de la mano, la llevó a uno de los sofás y se acomodaron juntas.

—Ya me encargaré de avisarle que no podremos vernos por unos días mientras deja de notarse, no quiero ni imaginarme que pasaría si se entera, mi madre me está ayudando aplicándome algo que aunque huele horrible, ayuda bastante, no quería que nadie lo viera. —Amberly ajustó una manta que cubría sus hombros porque empezaba a caerle.

—Entonces el que hayas venido no ayuda mucho, cualquier persona podría ver eso.

—Lo sé, pero le prometí a Frederick y me prometí a mí misma que vendría a

acompañarte y a apoyarte, no imagino por lo que estás pasando, pero supongo que una mano amiga puede alivianar tu tristeza. —La joven Dunne miró la ventana y tuvo que morderse su labio para no llorar.

—¿Crees que ya terminó? Porque siento que en cualquier momento me voy a volver loca si Frederick no entra por esa puerta sano y salvo, solo de imaginarlo herido o muerto dejó de respirar, todo esto en mi culpa, soy una estúpida. —Escondiendo su rostro entre sus manos empezó a llorar; Anne se acercó un poco más y la abrazó cuidadosamente.

—Yo no podría soportar que algo le pasara a Roger, pero según me dijo, de jóvenes solían practicar tiro y Frederick siempre le ganaba, debes confiar en Dios, ya verás que lo traerá de vuelta a tus brazos y podrán casarse. —La joven pelinegra levantó su rostro y miró a su amiga, algo le decía que serían muy buenas amigas, era una gran mujer. ¿Quién iba a decir que la conocería al ayudarla en medio de un escándalo? Roger había ganado a una excelente esposa.

—¿Roger esta con él? —preguntó entre lágrimas, y la joven asintió.

—Es su padrino en el duelo, me lo dijo esta mañana, envió una nota a mi casa. —Amberly se levantó y corrió a la ventana para volver a recostarse en la pared sin perder de vista la calle. Anne la siguió y la tomó de los hombros para intentar darle todo su apoyo.

—Debes ser fuerte, Amberly, pase lo que pase debes ser fuerte y enfrentarlo con mucha valentía. —La joven Wadlow miró a su alrededor, necesitaba distraerla al menos por un rato; el duelo ya debía haber terminado, pero si ella tenía miedo de saber cómo había terminado todo, no quería ni imaginarse como debía estar sintiéndose Amberly.

—¿Tu padre y tu hermano están en casa? —preguntó intentando distraerla, pero para su desdicha, ella respondió sin perder de vista la ventana.

—No, no están en casa, esta mañana salieron juntos a no sé dónde, espero que no se encuentren a nadie que pueda contarle a mi padre lo que sucedió anoche. Andrew me dijo que lo mejor era que hablara con él cuando estuviera más calmada, como puedes notar, no estoy en condiciones de dar explicaciones. —Anne suspiró, fue hasta donde estaba Amberly y tomándola de la mano la acompañó.

—Recemos juntas. —Ambas jóvenes se tomaron con fuerza de las manos y cerraron los ojos para rezar lo que no habían rezado en toda sus vidas. Anne no era tan devota, iba los domingos a la iglesia y prestaba atención a las palabras del párroco, pero no era tan entregada a la religión, sin embargo, en momentos como estos, necesitaba confiar en que Dios iba a ayudarlas, porque sin duda alguna necesitarían su ayuda para enfrentar todo lo que estaba sucediendo, así que rezaba por ella, por su madre y por Amberly.

Capítulo 11

Anne ya no sabía qué hacer para mantener a su amiga calmada, Amberly no dejaba de caminar de un lado a otro sin perder de vista la ventana, era más de medio día y ella no había probado bocado, estaba pálida y no dejaba de llorar, tenía que pensar en algo y rápido.

—Amber, por lo menos tómate un té, estás muy pálida, empiezas a preocuparme y no quiero llamar a un médico. —Su amiga no se alejaba de aquella ventana, era entendible, esperaba ver a su hombre cuando cruzara la entrada, si fuera Roger el que estuviera batiéndose en un duelo posiblemente ella estaría haciendo exactamente lo mismo, así que la entendía, pero no le gustaba verla tan perdida y desesperada.

—¡Amberly! —gritó furioso un hombre; Anne no reconoció la voz, pero sí sonaba muy furioso, miró a su amiga preocupada.

—Será mejor que te vayas —susurró Amberly; ella no quería dejarla, pero entendía que tenía que hacerlo, debía de ser su padre o su hermano que seguramente querían respuestas a las muchas preguntas que se generaron después del escándalo causado.

—Está bien, me iré, pero solo porque creo que debes hablar con ellos a solas, prométeme que mandarás a llamarme si sucede algo, no importa la hora. — Amberly asintió y dándole un fuerte abrazo se despidió. Anne se encontró con el conde y su hijo mientras salían, Andrew inclinó levemente la cabeza a modo de saludo, mientras que su padre ni se inmutó, si es que llegó a verla, así que suspiró y salió, subió rápidamente a su carruaje intentando cubrir con su cabello la marca que le dejó el golpe que le había dado su padre, ahora tenía que pensar

en cómo mantener alejado a Roger mientras el morado en su pómulo desaparecía o si al menos era posible cubrirlo.

Al llegar a casa encontró todo tal cual lo había dejado, el personal caminaba de un lado a otro inmiscuidos en sus propias labores, y le preguntó al mayordomo por sus padre. Su madre continuaba encerrada en su habitación y el marqués en su despacho, y no, no habían comido. ¿Acaso pensaban morir de hambre? Era ridículo, pero ella no iba a permitirlo, sea como sea eran sus padres y los quería a ambos, estaba dispuesta a obligarlos a comer si era necesario.

Caminó a la cocina y pidió que le sirvieran la comida de su padre y que mientras él se alimentaba prepararan la de su madre, así que con bandeja en mano fue hasta el despacho y entró sin molestarse en llamar, para su suerte la puerta no estaba trancada y tampoco iba a llamar, no le permitiría entrar.

—Vete, Anne, no estoy de humor —masculló furioso, pero ella sin prestarle atención fue hasta su escritorio y puso la bandeja frente a él quitando de sus manos la botella de whiskey; el lugar estaba demasiado oscuro, podía distinguir a su padre, pero era difícil moverse, así que fue hasta la estantería y prendió dos velas, dejándolas cerca, y ahora que podía verlo claramente, su demacrado aspecto era más que obvio.

—Pues no, resulta que hoy no estoy dispuesta a aceptar un no por respuesta, no pienso moverme de este despacho hasta que no termines con toda la comida de esa bandeja. —Se sentó frente a él y se cruzó de brazos, pero empezó a sentirse incómoda al sentir la pesada mirada de su padre en la marca de su pómulo.

—No sabes cómo me arrepiento de todas las estupideces que te he hecho a ti y a tu madre, sé que cometí mil errores, soy un completo idiota, nunca supe valorar las mujeres que eran parte de mi familia. —Se puso de pie y rodeando la mesa, se arrodilló frente a ella y tomó una de sus manos entre las suyas—. Perdóname, Anne, perdóname, hija, no sé por qué lo hice y sé que no tengo justificación, así que lo único que puedo hacer es rogar por un perdón, que aunque no merezco, lo necesito para librar un poco el peso y el arrepentimiento que llevo en mi corazón, te juro que el resto de mis días los dedicaré a corregir mis errores, haré que tu vida, la de tu madre y la de Adrián sea feliz. —La joven no sabía qué hacer, su corazón se estaba oprimiendo en su pecho y sus ojos

estaban peligrosamente cristalizados; escucharlo tan abatido rogando por su perdón y verlo tan arrepentido de sus actos estaban teniendo sus efectos en ella, tal vez era demasiado débil, tal vez era demasiado buena o ingenua, noble o estúpida, pero lo cierto es que no era capaz de ver así a su padre sin compadecerse y cumplir su petición.

—No tiene nada de qué preocuparse, padre, claro que lo perdono, pero por favor no llore más, soy su hija y pase lo que pase, haga lo que haga, no puedo dejar de quererlo. —Elevó su mano, esa que estaba entre las de su padre, y dejó un pequeño beso en la arrugada mano del hombre, mientras que con la otra dejó una pequeña caricia en su mejilla, era la primera vez que entre ellos dos había una muestra de cariño y Anne estaba dispuesta a atesorar ese momento por el resto de sus días, era hermoso.

—Gracias, hija —susurró el marqués, después de todo su esposa siempre había tenido razón y él por idiota y no haberla escuchado, se había perdido de los mejores momentos junto a su única hija y había vivido alejado de su único hijo. ¿Cómo se había dejado llevar por los comentarios de otros hombres? Había sido un completo error y ahora estaba pagando las consecuencias de ello.

—Pero —dijo ella recomponiéndose, limpió las lágrimas de su padre, luego las propias y levantándose lo llevó de vuelta a su asiento— debe comerse absolutamente todo. —El marqués soltó una carcajada y asintió, tomó los cubiertos y empezó a comer obedientemente. Anne sonrió complacida, dejó un pequeño beso en su cabeza y salió del despacho, tomó la bandeja que tenía lista para su madre y la llevó hasta su habitación, intentó entrar, pero la puerta estaba cerrada, así que golpeó.

—¡Largo! —gritaron del otro lado, pero Anne volvió a tocar una y otra vez, hasta que harta, la marquesa abrió la puerta dispuesta a gritarle a quien fuera que la estuviera molestando, pero al ver a su hija se quedó sin palabras. No, a ella no podía gritarle para que se fuera.

—Vas a comerte todo y más te vale no negarte, no estoy de humor para luchar contra tus estúpidas excusas —dijo seriamente la joven que dejó la bandeja sobre la cama de su madre y tomando su mano la acomodó a ella también, puso la bandeja sobre sus piernas y se cruzó de brazos frente a ella.

Lilian no sabía qué debía hacer, su hija no solía ser así, es más, jamás hubiera sido capaz de gritarle y ordenarle algo, así que aunque su estómago estaba cerrado y no tenía ánimos ni ganas de probar bocado, tomó los cubiertos y poco a poco empezó a comer; su pequeña ya tenía demasiadas cosas en que pensar, demasiados problemas, ella no quería ser una carga más en su vida, esa no era la forma correcta de convencerla a casarse tan pronto como fuera posible e irse lejos con su esposo, debía demostrarle que iba a estar bien cuando se fuera.

La joven Anne estaba más que complacida, al final, su madre se comió todo y luego se recostó de nuevo; su padre también había cumplido con alimentarse debidamente, aunque a él sí logró sacarlo del despacho, y decidieron pasear juntos por el jardín, les haría bien sentir un poco de sol y aire fresco.

—Te asignaré una mensualidad, Anne —dijo John en cuanto empezaron a caminar; lo había pensado mientras comía y ahora estaba decidido, pero el rostro de su hija era inigualable, la sorpresa en él era algo divertido de ver para ser sinceros.

—Pero me casaré, padre, no es necesario, seguro que Roger no tendrá problema alguno en suplir mis gastos y necesidades. —John negó con la cabeza, tomó la mano de su hija y la apoyó sobre sus brazos.

—Antes no te había dado una mensualidad, siempre que tenías un gasto debías decírmelo y no quiero que pase algo así con tu esposo, no quiero que dependas cien por cien de su dinero, así que tendrás una mensualidad que podrás gastar como quieras, incluso una vez que muera dejaré claro en mi testamento que el dinero debe ser entregado a ti hasta el último de tus días. —Anne no sabía cómo responder a eso, jamás se imaginó que su padre le daría algo así.

—Padre, yo... —El marqués la silenció con una sola mirada.

—No acepto un no por respuesta, no hay más que discutir. —Ese día, por primera vez en su vida, ella sintió que todo iba a estar bien, que no solo iba a ser una mujer terriblemente feliz y afortunada junto a su esposo sino que tendría un padre y una madre que esperarían ansiosos su visita. ¿Y por qué no? Tal vez algún día su hermano también la esperara en casa con un delicioso té, dispuesto a conocerla.

Roger se sentía impotente, saber que su amigo estaba tendido en una cama luchando por mantenerse con vida luego de recibir un disparo y que la prometida de este yacía inconsciente sobre una cama después de enterarse de la gravedad del estado de salud de su prometido, le estaba llevando al límite de su calma. Estaba recostado en el marco de la puerta con los brazos cruzados esperando que la joven despertara, que por suerte, al parecer, sería muy pronto, ya que la dama se empezaba a remover inquieta en su cama.

—Milord —murmuraron a su espalda llamando su atención; se giró rápidamente y se encontró con el lacayo con el que había enviado una nota a Anne—, he entregado su mensaje a Lady Wadlow, ha dicho que no puede venir, tiene asuntos importantes junto a su madre. —Roger gruñó y le dio unas monedas el hombre, quien después de una pequeña reverencia dio media vuelta y se fue.

Necesitaba volver a casa, ver que su amigo estuviera bien, recibiendo los cuidados necesarios, asegurándose por sí mismo que este iba a sobrevivir, pero no dejaba de pensar en la prometida de su amiga y para colmo Anne empezaba a preocuparlo.

—¿Qué paso en el duelo? Dime algo sobre Frederick, por favor. ¿Está muy grave? —dijo la joven, nerviosa, en cuanto salieron el médico y su hermano; Roger sacudió su cabeza para volver a la realidad y miró a Amberly, ya tendría tiempo de hablar con Anne.

—No puedo mentirte, Amberly, todas las heridas de bala son graves, Frederick fue herido en el hombro. El doctor lo atendió en mi casa, tuvo que extraerle la bala y cerrar la herida, hizo todo cuanto pudo, solo queda rogar al cielo que no le suba la fiebre y que no se le infecte, pero él es un hombre fuerte, en cuanto el duelo terminó estaba loco por venir por ti; no morirá, estoy seguro, él vivirá para casarse contigo —dijo con una sonrisa en sus labios.

—¿Por qué crees que él quiere casarse conmigo? —preguntó ella algo nerviosa.

—¿Por qué crees tú? —preguntó de vuelta acomodándose en uno de los sillones de la habitación; el amor entre ellos era obvio a los ojos de cualquiera.

—Que nos encontraran en un momento así fue todo un escándalo, más aun

cuando Kent lo retó a duelo, tal vez quiere casarse para cuidar de mi reputación o simplemente para cumplir con su deber. —Él negó con la cabeza, se levantó y se acercó para apoyar una de sus manos sobre la de ella y le dedicó una enorme sonrisa.

—Algo me dice que ustedes dos serán muy felices, pero no soy yo quien debe responder a esa pregunta, el mismo Frederick lo hará, eso sí, déjame asegurarte que no tienes nada que temer, sus razones son muy fuertes. —Tomó una de sus manos y dejó un pequeño beso en el dorso de esta—. Frederick se quedará estos días en mi casa, no le he avisado a la duquesa porque no quiero enfrentarme a ella aún, sin embargo, enviaré una nota avisándole que está bien, así que, por favor, si te pregunta no le digas nada; enviaré a uno de mis sirvientes a avisarte cuando despierte, pero debes cuidarte, no querrás que te vea tan pálida y débil. —Sonrió y salió de la habitación cerrando la puerta, dejando a una Amberly enamorada y esperanzada.

Sin embargo, en cuanto puso un pie fuera de la habitación se encontró con Andrew, el hermano de Amberly.

—Pensé que Anne vendría de nuevo, como esta mañana estuvo acompañándola supuse que vendría a ver cómo estaba después de su desmayo —dijo él acercándose al conde.

—Al parecer tenía un compromiso con su madre —masculló furioso Roger.

—Qué extraño, me pareció verle la seña de un golpe en su pómulos cuando la vi esta mañana —continuó el joven Dunne ignorando la reacción del conde—. Aunque no cruzamos palabra alguna y caminaba demasiado rápido, seguro que me confundí, así que cuando la vea, espero que le haga saber mis buenos deseos para con su matrimonio. —Se dieron un fuerte apretón de manos, y Andrew desapareció al cruzar la puerta.

Roger estaba furioso, sentía que su sangre hervía, en todo el maldito día, Anne había estado esquivándolo y escondiéndose de él, qué idiota era, ¿cómo no lo notó antes? Debió suponer que su actitud no era normal, es decir, había enviado a un lacayo con una nota y no solo no lo recibió ella sino que no envió una respuesta, envió a otro para pedirle que viniera a casa de Amberly y nada, pues bien, ahora buscaría respuestas por sí mismo; tomó su caballo y salió a todo trote

a casa de los marqueses, su prometida tenía muchas explicaciones que dar. ¿Un golpe? Más valía que Andrew haya visto mal o seguro que hoy habría un muerto, y él muy pronto estaría siendo juzgado por asesinato.

Salió rápidamente y partió rumbo a la casa de los marqueses para intentar calmarse un poco, pero la sola idea de Anne siendo golpeada estaba volviéndolo loco; iba tan rápido que un pequeño resbalón podría costarle la vida, pero no le importaba, necesitaba verla y comprobar con sus propios ojos lo que estaba sucediendo en esa casa, porque de ser necesario, sacaría a su prometida de ahí y la llevaría lejos, no sin antes acabar con su padre a golpes.

Capítulo 12

Roger bajó de su caballo de un salto y por suerte no tuvo necesidad de golpear porque el mayordomo ya estaba abriendo la puerta para permitirle la salida a la marquesa, quien palideció en cuanto lo vio.

—¿Dónde está, Anne? Quiero verla. —El conde tenía sus manos cerradas en dos fuertes puños intentando mantener la calma, rogaba al cielo que su prometida estuviera en perfecto estado, de verdad lo esperaba, no soportaría verla herida de nuevo, solo de recordar aquella marca en su brazo el día en que la conoció hacía que su sangre hirviera; ahora, según Andrew, era su rostro. No, no lo soportaría.

Lilian se quedó de piedra, Roger estaba ahí, frente a ella, loco por ver a Anne. ¿Qué iba a hacer? Su hija no tardaría en salir y sería inevitable ver su golpe, debía pensar en algo, ya.

—No es el momento, milord, Anne no está en casa, salió junto con su padre y yo tengo un té pendiente con unas amigas, así que si me disculpa, debo pedirle que se vaya, en cuanto llegue mi hija le haré saber que quiere verla. —Hizo una pequeña reverencia y se giró de vuelta a casa con la fiel intención de cerrar la puerta y decirle al mayordomo que no le permitiera la entrada, pero el grito del conde la dejó helada.

—¡Anne! ¡Más te vale que salgas porque soy capaz de entrar por ti! —gritó el conde tan fuerte como le fue posible, no estaba dispuesto a irse a menos que Anne saliera y viera con sus propios ojos que ella estaba perfectamente.

—Lord Coventry, se lo ruego, está armando todo un escándalo y no es pertinente luego de la forma en que fueron encontrados usted y mi hija, el

compromiso no fue lo que se dice normal, por favor, yo misma llevaré a mi hija en cuanto llegue —dijo desesperada la marquesa; esto no era bueno, nada bueno.

Anne tomó su sombrero y su sombrilla, luego de mucho intentar, su madre había accedido a salir a pasear al jardín, no podían ir más lejos ya que no podían verle el golpe, pero ya quería salir y disfrutar del color de las flores o del verde del césped; bajó rápidamente las escaleras alzando ligeramente la falda de su vestido para no caer y sonrió al mayordomo en cuanto lo tuvo a la vista, pero la cara que tenía el hombre le provocó una extraña sensación en el pecho; ya había bajado el último escalón cuando un fuerte grito la dejó helada, en ese momento entendió la preocupación en el rostro del mayordomo.

—¡Sal, Anne! ¡No estoy dispuesto a irme sin verte! —Ese era Roger, no cabía duda alguna, pero ¿qué hacía allí? ¿Se habría enterado del golpe? No, imposible, solo Amberly había llegado a verlo y ella jamás la traicionaría de esa forma, pero de nada le servía pensar en ello ahora, en lo único que debía pensar era en cómo solucionar esto sin que su padre terminara muerto y su prometido ahorcado por asesinato.

—No permita que entre —ordenó la joven al mayordomo en un susurro, temía ser escuchada, necesitaba ganar un poco de tiempo, necesitaba pensar.

—Lady Bristol está intentando detenerlo, pero el conde está decidido a entrar y buscarla, milady, lo mejor es que salga, sus gritos llamarán la atención de los vecinos y se formará todo un escándalo. —A la joven le temblaban las manos. Sí, sabía que esa era la mejor opción, pero se negaba a aceptarlo, quería evitar una calamidad, pero no sabía cómo hacerlo, Roger estaba como loco y si su padre llegaba a escucharlo, se formarían problemas. ¡Su padre! No podían encontrarse.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó preocupada, no podía escucharlos o seguro saldría y solo empeoraría todo.

—El marqués subió a su habitación cuando usted y su madre estaban preparándose para salir, debe estar durmiendo, milady. —Anne suspiró; había bebido mucho, así que posiblemente durmiera profundamente, era su oportunidad, no tenía opción, debía salir.

—No permita que el conde de Coventry entre bajo ninguna razón, y mucho

menos que mi padre salga, no importa lo que le ordene, si llega a salir puede ocurrir una catástrofe, ¿entendido? —El mayordomo asintió, aunque lo amenazaran con despedirlo iba a cumplir sus órdenes.

Lady Wadlow asintió conforme, agarró sus manos con fuerza y tomó varias bocanadas de aire, no se atrevía a mirarse al espejo, simplemente intentó tapar el moratón con el cabello, aunque seguro que iba a ser un intento más que fallido, y armándose de valentía, caminó y atravesó la puerta para encontrarse con su prometido caminando de un lado a otro como un león enjaulado esperando a ser liberado y poder atacar mientras su madre intentaba calmarlo.

—Roger —susurró muy bajo; él se quedó completamente quieto y la miró de pies a cabeza, deteniéndose en su rostro; sus ojos se pusieron muy rojos y empezaba a respirar con dificultad, Anne sentía su cuerpo temblar.

—¡Dime quién fue! —masculló furioso; Coventry sentía una terrible necesidad de asesinar a alguien, su pómulo estaba de un tono morado que era imposible evitar de ver, la habían golpeado, se atrevieron a lastimar a su futura esposa y sea quien sea, quien haya sido, iba a pagarlo.

—Roger, cálmate y hablemos, te lo ruego. —Se acercó a pequeños pasos y puso sus manos sobre su pecho, podía sentir los fuertes latidos de su corazón, lo que la puso aún más nerviosa.

—No, dime ya mismo quién se atrevió a golpearte porque lo haré pagar, soy tu prometido, en menos de un mes serás mi esposa, no voy a permitir que nadie te lastime —dijo él un poco más calmado; los ojos llenos de miedo de su futura condesa lo debilitaron, debía calmarse, no quería asustarla.

—Es mejor que te vayas, podemos hablar luego cuando estés calmado, prometo ir a tu casa, es más, mañana mismo iré a tu casa, pero...

—¿Fue tu padre? —preguntó él interrumpiéndola; Anne no era buena mintiendo y Roger lo sabía, así que la mejor forma de saber la verdad era haciendo preguntas directas, por lo tanto, cuando ella se quedó completamente tiesa y su rostro se puso pálido, él supo la respuesta a su pregunta—. Lo mataré —aseguró furioso, esquivó a su prometida y caminó a grandes zancadas a la puerta.

—No, Roger, te lo ruego. —El conde veía todo rojo, aporreó la puerta con

fuerza una y otra vez, pero nadie abrió, estaba dispuesto a enseñarle a ese hombre como es que se tratan a las mujeres.

—¡Salga, cobarde! —gritó fuerte intentando provocar al marqués, mientras que el mayordomo miraba las escaleras rogando al cielo que no despertara a su señor.

—¡Basta, Roger! —gritó furiosa Anne, no iba a permitir que hiciera una estupidez, así que lo tomó del brazo dispuesta a alejarlo de la puerta, pero sin darse cuenta, en medio de su furia, Roger sacudió su brazo con tanta fuerza que terminó empujándola y tirándola al suelo.

—¡Anne! —gritó la marquesa preocupada, había decidido mantenerse alejada, pero al ver que su hija caía al suelo corrió en su ayuda, se acercó rápidamente y arrodillándose a su lado la revisó con la mirada.

—Estoy bien, mamá —aseguró la joven, aunque su espalda y cadera no pensaban lo mismo; levantó la mirada y vio a Roger completamente pálido con la mirada fija en ella, la observaba de arriba abajo una y otra vez.

—Perdóname, Anne, yo no quería, te juro que no lo hice a propósito. —Intentó acercarse, pero ella lo detuvo, se puso de pie con la ayuda de su madre y lo fulminó con la mirada, ahora la furiosa era ella, lo entendía, claro que entendía su reacción, sabía que jamás la golpearía o empujaría a propósito, pero eso no era excusa.

—Entiendo tu reacción, no tengo nada que perdonarte, sé que jamás me lastimarías, pero no voy a permitir que vengas a mi casa y armes todo un escándalo innecesario, solo te pedía que me escucharas, sé que quieres una explicación y sé que debo dártela, pero esta no es la forma, así que das media vuelta, te subes a tu carruaje y te vas directo a tu casa, mañana a primera hora estaré allí y hablaremos del tema: solo prométeme que no lastimarás a mi padre, yo ya lo arreglé y no volverá a pasar, por ahora eso debe ser suficiente para ti, prométele.

—Lo prometo. —No tenía más opciones, por su estupidez estuvo a punto de cometer el mismo error de su futuro suegro. ¡La empujó! Por Dios. Se aproximó, agradeciendo al cielo que no lo alejara, acarició ligeramente el golpe y la besó, que importaba si alguien los veía, se casarían en una semana, iba a adelantar todo, tenerla lejos estaba a punto de volverlo loco y no quería terminar en

Bethlem; mañana mismo le diría, hoy no era el mejor momento.

Anne sintió que sus piernas temblaron y a punto estuvo de lanzarse a sus brazos y no dejarlo ir. Sí, su prometido sabía cómo hacerle olvidar todo lo que los rodeaba, con una mirada desaparecía su rabia, con sus brazos rodeándola la derretía por completo, y sus besos eran su perdición, no quería dejarlo ir así, seguro que estaba atormentándose a sí mismo por lo que pasó, lo podía ver en sus ojos, él solo estaba preocupado por su bienestar, tal vez estaba siendo demasiado dura con su hombre o tal vez era demasiado débil y amorosa, pero era su futuro esposo, lo amaba demasiado; después de todo, esa fue la razón por la que perdonó a su padre tan fácilmente a pesar de que fueron muchísimos años llenos de mucho dolor, pero era su padre y lo amaba, tal vez era demasiado buena o demasiado estúpida, pero no pensaba cambiar.

—Será mejor que entremos —susurró suavemente separándose ligeramente de sus labios, pero seguía abrazándolo tan fuerte como podía, no quería dejarlo ir —, pero júrame que no harás ninguna estupidez. —Roger frunció el ceño confundido, haría lo que fuera que le pidiera con tal de estar a su lado un poco más de tiempo.

—No haré nada. —Anne asintió y dándose por vencida se alejó de él, tomó su mano y lo llevó de vuelta a casa, no podían caminar estando abrazados; lo llevó directo al salón de visitas y ordenó que nadie los molestara, no hacía falta que su madre o que una doncella los acompañara, estaban comprometidos y seguro que después de cómo fueron encontrados y del escándalo que acababa de protagonizar Roger, no habría nada peor, además, jamás deshonraría la casa de sus padres.

—Primero, te explicaré el golpe —dijo ella iniciando la conversación; se sentaron el uno junto al otro y ella empezó a relatar lo sucedido, no quería ni podía esconderle algo, aunque debía aceptar que la forma de su rostro cambiaba a medida que seguía su relato y empezaba a preocuparla, temía que en cualquier momento perdiera la paciencia y ahorcara a su padre, pero debía confiar, así que no calló hasta relatar el más mínimo detalle—. Me pidió perdón, Roge, y claro que lo perdoné, es mi padre. Sé que jamás volverá a hacer algo así, solo te pido que no le guardes rencor, todos tienen derecho a una segunda oportunidad y no

me gustaría que mi esposo y mi padre se llevaran mal, te lo ruego, intenta hablar con él, quiero que en un futuro podamos traer a nuestros hijos y visitar a mis padre en un ambiente familiar. —En cuanto el conde escuchó “nuestros hijos” sabía que iba a acceder, hijos, cómo le emocionaba la idea de tener hijos, ver el vientre de su bella esposa crecer, tener a su pequeño en brazos, enseñarle a caminar, a correr.

—Lo que quieras, haré lo que me pidas, solo prométeme que si en algún momento llegas a verte en un peligro similar te alejarás y no volverás, porque a la próxima no creo poder aguantar las ganas de acabarlo a golpes. —La joven sonrió y se lanzó a sus brazos, lo abrazó por el cuello, y él tomándola de la cintura la sentó sobre sus piernas.

—Fue más fácil de lo que pensé —susurró sobre sus labios.

—Es que soy tu esclavo, tú eres mi dueña y señora, tú das órdenes y yo obedezco —Anne sintió que su corazón se aceleraba, seguro que ninguna mujer había vivido o conocido el amor que en estos momentos ella experimentaba, porque era tan grande, puro y sincero que muy pocos estarían dispuestos a buscarlo y mantenerlo.

—Entonces bésame —ordenó, y como como buen esclavo de su cuerpo, de sus besos, de su amor, de su mujer, obedeció; la besó con pasión, con amor, con entrega, prometiéndole, una vez más, amor eterno.

El resto de la tarde estuvieron abrazados, leyendo un poco, acompañándose el uno al otro con uno que otro beso robado, como si se tratara de un pequeño adelanto a lo que vivirían una vez casados, así que ambos se vieron añorando el gran día, aquel en el que la verdadera aventura juntos empezara, y aunque el día a día sería una sorpresa, era más que seguro que el amor nunca iba a faltar.

Mientras tanto, en el piso más arriba, en su habitación, el marqués caminaba desesperado de un lado a otro, no hacía mucho que había despertado y supo que su hija estaba con su prometido en una de las salas de abajo y que su esposa había decidido salir a pasear sola; tenía una lucha interna, quería correr hacia Lili, como solía decirle años atrás, y explicarle todo, rogarle por su perdón, por una segunda oportunidad, o quedarse en casa y esperar que todo siguiera su rumbo original, pero no soportaba verla tan cerca, tenerla durmiendo a solo unos

pocos pasos y saber que estaba tan lejos; todavía la amaba, y estaba dispuesto a luchar por recuperar su amor.

Al tomar su decisión, tomó el primer abrigo que encontró y salió corriendo.

—¿Qué rumbo tomó la marquesa? —le preguntó rápidamente al mayordomo apenas deteniéndose, debía alcanzarla tan pronto como le fuera posible.

—Hacia el sur, milord —respondió el hombre y un lugar apareció en la mente del marqués: un manzano rodeado de flores. Sí, ella debía estar allí. Llamando la atención de todo el personal, salió corriendo hasta el establo, ensillaron su caballo rápidamente y salió a todo trote, iba a recuperar a su esposa, a su mujer, iba a recuperar al amor de su vida y estaba dispuesto a todo por lograrlo.

Capítulo 13

John cabalgaba tan rápido como le era posible. Lilian debía de estar en un viejo árbol al que solía llevarla cuando estaban recién casados; él se recostaba en el viejo tronco mientras que su esposa se sentaba en medio de sus piernas y se recostaba en su pecho, decía que le encantaba ver el azul del cielo mientras los latidos de su corazón la acompañaban y sus brazos la reconfortaban. Siempre fue su lugar favorito aun teniendo varias propiedades en lugares realmente hermosos, pero así era su esposa, diferente, sencilla, perfecta, y por su estupidez la estaba perdiendo, pero no estaba dispuesto a permitirlo, debía invertir hasta su última gota de esfuerzo con tal de recuperarla.

Pocos minutos después, vio el árbol, y bajo sus enormes ramas, había un extraño bulto verde oscuro. Sí, ese era el vestido de su esposa, seguro que debía estar acostada en el suelo viendo el cielo; apuró su caballo y cuando estuvo lo suficientemente cerca lo detuvo, aunque ya estaba saltando antes del que caballo quedara completamente quieto, pero es que se moría por tenerla cerca, necesitaba de vuelta a su esposa o seguro que moriría.

Lilian tenía sus ojos cerrados y disfrutaba de la brisa, el olor y la tranquilidad, siempre amó aquel árbol; estaba a punto de caer dormida cuando el galopar de un caballo llamó su atención y la sacó de sus sueños, se incorporó rápidamente sentándose sobre el césped, pero solo hasta que el jinete bajó de su caballo logró reconocerlo; era su esposo, quien bajó de su caballo, amarró al animal a otro de los árboles cercanos y caminó hacia ella.

—¿Sucedió algo? —preguntó preocupada pensando en Anne, porque no había otra razón por la que él la buscaría. ¿Le habría pasado algo malo a su hija? No,

la había dejado con Roger, él no permitiría que nada malo le sucediese, a menos que...

—No sucedió nada, no tienes nada de qué preocuparse —dijo su esposo deteniendo sus pensamientos y devolviéndola a la realidad; la marquesa frunció el ceño realmente confundida y extrañada, aunque aliviada al saber que su hija estaba a salvo, lejos de toda la maldad del mundo.

—Entonces, ¿qué haces aquí? Porque si no te importa, me gustaría estar sola. —Estaba cansada, necesitaba encontrar fuerzas para seguir, su hija pronto se iría, no le quedaba nada, no podía confiar en que algún día conocería a su hijo, la vida le enseñó a no confiar en la palabra de su esposo; una fuerte presión apareció en el pecho del marqués, lo estaba echando, lo estaba alejando de su lado, pero ¿qué le extrañaba? Era lo único que hacía desde hacía años, después de todo se lo merecía.

—Quiero que hablemos, Lilian, como solíamos hacerlo cuando aún éramos jóvenes, yo sé que lo recuerdas, es más, veníamos a este mismo árbol, tienes que recordarlo, te lo ruego, amor mío, solo te pido un par de minutos. —Ella se levantó del suelo tan rápido como le fue posible con el vestido, se cruzó de brazos y lo fulminó con la mirada; él supo que tenía mucho trabajo por delante, pero valía la pena.

—¿Qué esperabas, John? ¿Que corriera a tus brazos en cuanto me dijeras que quería que habláramos como solíamos hacerlo? Dime, ¿recuerdas cómo fue la primera vez que me trajiste a este lugar? Porque yo sí, fue la primera vez que ganaste a las cartas apostando con mi padre y dijiste que no querías lastimarme, que nunca lo harías, que no me tocarías a menos que yo estuviera completamente de acuerdo y dispuesta, yo como una estúpida te creí hasta la última palabra, creí en ti y me enamoré, te lo di todo, vi que no estabas dispuesto a permitir que otro hombre se me acercase y decidí que tu debías ser el primero, me entregué a ti porque quería hacerlo, quería saber lo que era hacer el amor, y no, nunca esperé casarme contigo, pero luego quedé embarazada y soñaba con vivir juntos, con dormir a tu lado todas las noches de mi vida, con ser completamente tuya y que tú fueras completamente mío. Sueños estúpidos de cualquier mujer enamorada, porque en cuanto nació Adrián, no tardaste en arrebátarmelo de los brazos, me

privaste de mi hijo, te lo llevaste lejos, me encerraste, te atreviste a golpearme y no contento con ello me violaste por haber perdido tantos bebés y no tener un embarazo que llegara a feliz término, tal vez por eso tuve a mi pequeña Anne, como un regalo para mí y un castigo para ti; me arruinaste la vida y lo único que tengo para agradecerte son mis hijos, ver a mi hija felizmente casada y muy lejos de ti, así como conocer el rostro de mi hijo me mantuvieron con vida, porque yo a ti, ya no te soporto. —En ese punto, las lágrimas ya mojaban enérgicamente las mejillas de la marquesa, hacía mucho tiempo que necesitaba sacar todo eso que oprimía su garganta intentando salir, necesitaba decirlo y al fin sintió que podía respirar.

John se quedó sin palabras, no podía juzgarla, se merecía todas y cada una de las palabras de su esposa, era la peor paria de todo Londres, o incluso del mundo entero, era una basura, aún no entendía cómo había llegado a hacer tanto daño. Su esposa, su hijo, su hija, los tres inocentes, y aun así pagaron por sus estupideces, ahora solo le quedaba pagar las consecuencias de sus actos, debía aceptarlo, posiblemente su esposa lo odiaba, a su hijo ni lo conocía y apenas empezaba a luchar por el perdón de su hija.

—Perdóname, Lili, sé que no tengo justificación alguna, pero déjame al menos que te explique, todo tiene una razón, solo escúchame —rogó desesperado, temía que fuera demasiado tarde, era demasiado rencor acumulado por años, demasiadas decepciones, daños; el problema es que ahora no sabía cómo arreglarlo.

—Dame una sola razón por la que deba escucharte, solo una y lo haré, pero no me pidas que caiga rendida en tus brazos, en este momento lo único que siento por ti es odio. ¿Cómo vas a solucionar todo lo hiciste? A mí ya me perdiste, tal vez deberías empezar por tu hija; ella es, posiblemente, lo único que te queda. — John dio un par de pasos hacia ella, y cuando estaba a solo unos pocos centímetros de distancia se arrodilló ante su mujer, algo que nunca pensó llegar a hacer, pero era el momento de aceptar que estaba a sus pies, siempre lo estuvo.

Lilian se quedó sin habla, incluso le costaba respirar, su esposo, el gran marqués orgulloso y demandante estaba arrodillado a sus pies como si de un esclavo se tratase, eso nunca se lo esperó, ni siquiera llegó a imaginárselo, no

sabía cómo reaccionar a esto.

—¿Qué se supone que haces? —preguntó confundida, desesperada, no sabía cómo lidiar con la versión sumisa de su esposo, apenas si podía con la demandante y autoritaria, estaba acostumbrada a lidiar con el hombre furioso que intentaba imponerse, pero no podía hacerlo con el hombre rendido a sus pies que tenía justo en frente.

—Demostrándote lo que realmente soy, demostrándote quién soy, esta es la única y la más fuerte razón para que me escuches. Te amo Lilian, te amo con todas las fuerzas de mi corazón, te amo hasta con el más pequeño suspiro y toda la vida lo he hecho, desde el mismo instante en que en aquella oscura y maloliente habitación en la que tu padre hacía las apuestas te vi; te veías tan inocente y pura con tu vestido rosa, recuerdo que levantaste la mirada y quedé prendado de ti, así que en cuanto tu padre anunció que eras su apuesta no soporté la sola idea de que otro hombre te tocara o te lastimara, te necesitaba a mi lado. —Lilian limpió las lágrimas que mojaban sus mejillas de un manotazo; la furia era la mejor barrera a su alocado corazón que le rogaba amarlo.

—Entonces, ¿por qué me tratabas así? ¿Porque me amabas? Es ridículo, eso no es amor, y si esa es tu forma de amar pues no la quiero, es demasiado destructiva. —El marqués empezaba a perder la esperanza, se le acababan las opciones.

—Porque soy un idiota, un estúpido, Lilian, escuchaba miles de comentarios de mis conocidos diciendo que me estaba convirtiendo en un idiota contigo, que las mujeres deben saber quién manda, deben entender que ellas solo tienen dos propósitos en la vida: dar placer y procrear, me dejé llevar por los comentarios y es que crecí en ese mundo, mientras mi padre aún vivía, día a día nos demostraba quién era el que mandaba. ¿Quién crees que mandó a arreglar la habitación en las que permanecías encerrada? Él lo hacía con mi madre, crecí escuchando cómo debía tratar a las mujeres y aunque cada noche que escuchaba a mi madre llorar me juraba a mí mismo jamás hacer lo mismo, terminé haciéndolo, y sé que eso no es excusa, que eso ni de cerca me ayuda a conseguir tu perdón, pero estoy dispuesto a todo, a lo que sea, solo debes decirlo, pero haré lo que sea con tal de recuperarte. —Su esposa se quedó sin palabras una vez

más. ¿A quién quería engañar? Siempre lo amó y siempre lo ha amado a pesar de todo lo que hizo, siempre intentaba pensar en otra opción, otra forma de enseñarle lo que es el amor; era su esposo, solo suyo, ella quería enseñarle a vivir, pero después de tanto ya no sabía cómo hacerlo.

—No puedes esperar que un par de palabras bonitas arreglen lo que has hecho durante tantos años, de nada sirve arrodillarte, tendrás que hacer algo mucho mejor —murmuró; no podía dejárselo tan fácil, si quería que lo perdonara tendría que hacer mucho más que arrodillarse y darle lindas palabras, solo debía esforzarse un poco más, porque lo amaba demasiado para su desgracia, nunca dejó de quererlo, solo por eso seguía allí, a su lado.

—Y lo haré —respondió él emocionado, esto era como una pequeña luz de esperanza; rápidamente se levantó y dio un paso hacia ella, el vestido de su esposa rozaba con su cuerpo, si levantaba solo un poco la mano podría tocarla, y cómo ansiaba hacerlo—. ¿Podrías regalarme un beso? Solo uno, no sabes cómo extraño la forma en que me abrazabas y me besabas, te entregabas por completo, hace mucho que no recibo uno de esos. —Lilian mordió su labio inferior y dio un paso hacia él, levantó sus manos y las apoyó en su pecho, hacía mucho que rogaba al cielo volver a ver al hombre del que se enamoró, y por fin, después de tantos ruegos, volvía a hacerlo, jamás podría olvidar esa mirada que solía dedicarle cuando eran aún un par de jóvenes que intentaban convivir, que intentaban amarse, esa hermosa mirada que era solo suya.

—Aún no estás perdonado, tendrás que hacer mucho antes de lograr mi perdón, no puedes esperar que con un par de palabras bonitas y un par de “lo siento” olvide todo lo que me hiciste. Te amo, jamás podría negarlo, pero incluso mi amor tiene un límite y espero que no lo cruces, tienes mucho que arreglar, no solo conmigo sino también con Anne y con Adrián —susurró sobre sus labios justo antes de besarlo; tal vez era demasiado débil y perdonaba con demasiada facilidad, pero así era. Anne y su madre eran iguales, eran demasiado buenas para su bienestar, tenían un corazón tan puro que les era imposible guardarle rencor a alguien.

John encerró su cintura entre sus brazos y la pegó a su cuerpo, acarició su espalda y suspiró complacido, al fin. Se juraba a sí mismo trabajar y luchar por

su perdón, por su felicidad y por su amor todos los días que le restaban de vida, jamás volvería a lastimarla; su hija iba a ser feliz, se aseguraría de ello, y su hijo iba a volver, era hora de que conociera a su madre y a su hermana, seguro que Adrián estaría emocionado, pronto llegaría, además él también quería conocerlo, la última vez que lo vio aún era un adolescente, muchos años atrás, desde que lo llevó lejos lo había visitado unas tres o cuatro veces, Adrián merecía tener una familia.

Roger se despedía de su hermosa prometida, prontamente su maravillosa esposa, tal vez serían muchos los problemas que llegarían a tener, pero seguro que podrían superarlos juntos; mientras tanto intentaban conocerse, convivir, aprender el uno del otro, “pocos días” susurró antes de salir, era una promesa. El conde dejó un beso en los labios de su dama y salió rumbo a su casa, tenía una boda que preparar, ya no soportaba más tiempo lejos de su mujer, quería tenerla en su vida, en su casa, en sus brazos, en su futuro, ya no se conformaría con menos, quería todo el amor que esa mujer fuera capaz de brindarle, porque él estaba dispuesto a dárselo todo cuanto le fuera posible, todo cuanto pidiera, todo cuanto deseara, lo daría todo por ella, le daría el mismísimo cielo si se lo pidiera, la amaba demasiado, hacía mucho que había perdido el corazón, se lo había dado a quien merecía tenerlo.

Al llegar a casa, ordenó llamar a la mujer que estaba preparando su boda y en menos de veinte minutos golpearon a su puerta.

—Quiero que la boda sea en dos días. —La mujer se detuvo de repente, el conde la llevaba a su despacho, pero la sorpresa no le permitió seguir caminando.

—¿Dos días, milord? Pero eso es imposible, no puedo hacerlo, es muy poco tiempo, hay mucho que preparar, el vestido de Lady Bristol aún no está listo y las invitaciones no han sido enviadas, algunos arreglos vienen de Francia y aún no han llegado, debe darme un poco más de tiempo, milord, cuando usted me contrató me dijo que debía ser una boda que estuviera a la altura de su esposa. —

Roger suspiró y la llevó hasta su despacho, no podían hablar en medio del pasillo; ocupó su silla frente a su escritorio y la mujer tomó asiento frente a él.

—No me importa lo que me cueste, quiero que la boda sea tan pronto como sea posible, no me diga que un mes porque no estoy dispuesto a aceptarlo, no me importa lo que me cueste, las condiciones de la ceremonia no han cambiado, debe estar a la altura. ¿Para cuándo será entonces? Deme una fecha. —La mujer mordió su labio. ¿Qué iba a hacer? Nunca había tenido un novio tan exigente a decir verdad, solían ser las mujeres las que la acosaban con los preparativos, pero fácil persuadirlas con “la boda perfecta” y conseguía más tiempo, sin embargo, el conde no parecía dispuesto a dar su brazo a torcer.

—Milord, si me disculpa, yo diría que tres semanas...

—¿Tres semanas?! —dijo Roger interrumpiéndola—. Imposible, no, definitivamente no. Si le estoy diciendo que dos días, ¿cómo viene a decirme que tres semanas? No pienso aceptar tal cosa, seguro que podemos encontrar otra fecha. —La mujer suspiró, era hora de jugar su última carta. Si no funcionaba, estaba perdida.

—Podría hablar con su prometida, con Lady Bristol y elegir una fecha juntas para así tener en cuenta sus deseos al igual que los suyos. —Roger empezaba a hartarse, se suponía que era la mejor organizando bodas y no era capaz de organizar una en dos días. ¿Qué clase de boda preparaba entonces?

—Mi prometida piensa lo mismo que yo, no necesita preguntarle a Lady Bristol. ¿Alguna otra fecha? Tengo algunos pendientes y no tengo el tiempo suficiente para discutir el tema con usted. —Eso debía funcionar, pensó Roger, ser duro con las personas solía ayudarlo a conseguir lo que quería.

—¿Dos semanas? —preguntó la mujer temerosa; el conde chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Tiene seis días, en siete días quiero ser un hombre casado, ¿puede? —Ella no estaba dispuesta a perder tal cliente, haría lo que fuera necesario entonces.

—En seis días será su boda, milord.

Capítulo 14

John salió de su casa y entró en su carruaje, miró por la ventana y se deleitó con la vista de su hogar, porque era su hogar; su esposa era la mejor mujer del mundo, aunque bueno, compartía el lugar con su hija, cada día se arrepentía de haberse perdido tantos años de ellas, de tenerlas a su lado, de su cariño, de sus sonrisas, pero ahora que había entendido su error, tenía el firme propósito de corregirlo por el resto de los días que le quedaban de vida.

Lilian volvió a dormir a su lado, compartían cama todas las noches, dormían abrazados el uno al otro disfrutando de su calor y sus caricias, incluso ella solía despertarlo a besos cada día, desde el momento en que volvió a sentir su piel, sus besos, su cuerpo, volvió a vivir, volvió a saber lo que era sonreír, a recordar lo que era la felicidad, y es que su esposa era perfecta, cada tarde pasaba por su despacho, se sentaba en sus piernas, le brindaba una copa y lo llenaba de besos, cada día se veía ansiando que llegaran aquellos momentos.

Anne volvía a sonreír, durante las cenas les compartía los avances que había tenido en la preparación de su boda, había intentado darle dinero para que tuviera la boda de sus sueños, pero su prometido ya se había encargado de eso, sería un gran esposo que sin duda alguna dedicaría su vida a hacer feliz a su esposa; Anne solía acompañarlo cuando su madre no estaba, pedía un par de pastelillos y té y se sentaba en uno de los sillones de su despacho a disfrutar de su lectura, incluso, en varias ocasiones, le había resumido varios de sus amados libros, era fascinante la forma tan apasionada en que hablaba sobre aquellas historias, las extrañas caras que hacía mientras leía o incluso mientras hablaba sobre el tema le encantaban, estaba decidido a comprarle cuanto libro deseara,

estaba decidido a conseguir su felicidad a como diera lugar.

Ahora solo le quedaba su hijo, debía corregir el enorme error que cometió con él, apartarlo de su madre y de su hermana, de su familia, era algo imperdonable, incluso estaba furioso consigo mismo por no haber logrado que Adrián llegara para la boda de Anne; había hecho hasta lo imposible, pero no lo logró, incluso había intentado dar una gran cantidad de dinero, pero ni así. Solo podía esperar, llegaría, aproximadamente, tres semanas después de la boda de su hija.

—A casa del conde de Coventry, rápido —ordenó al cochero; el carruaje se puso en movimiento y el marqués se recostó en el asiento, su viaje tenía un propósito y no volvería a casa hasta cumplirlo, por suerte el conde no vivía lejos y seguro que el hombre aceptaría sin poner problema alguno, debía hacerlo, estaba dispuesto a usar cualquier argumento para lograrlo, incluso su amor por Anne.

En menos de treinta minutos estaba cruzando la entrada de la casa del conde, el marqués no podía negar que se sentía nervioso, hablar con el futuro esposo de su hija no era fácil después de tantos problemas que tuvieron, no podía olvidar que gracias a sus estupideces muchas veces estuvo a punto de acabarlo a golpes, y puede que en aquellos tiempos se lo mereciera, pero no ahora.

En cuanto abrieron su puerta, bajó del carruaje y golpeó la puerta.

—Dígale al conde que el marqués de Bristol desea verlo —dijo en cuanto el mayordomo abrió la puerta; el hombre abrió sus ojos sorprendido, pero rápidamente terminó de abrir la puerta y luego de dejar al marqués en uno de los saloncitos de onces, era ahí donde se solían recibir a los invitados, salió directo al despacho de su señor.

—Milord, Lord Bristol desea verlo, está en el saloncito de onces —dijo el hombre en cuanto entró al despacho.

Roger no sabía qué pensar, nunca había recibido visitas de su futuro suegro, incluso cuando visitaba a Anne apenas si cruzaban palabra alguna, no pudo evitar imaginarse lo peor. Anne fue en lo primero que pensó, ella estaba perfecta, ¿no? Tenía que estarlo, ¿qué otra razón tendría el marqués para visitarlo?

—Tráigalo, lo recibiré aquí. —El mayordomo salió para cumplir su orden, y Roger enderezó su espalda, no quería imaginarse lo peor porque eso solo sería

sentir que moría lentamente, solo le quedaba esperar que la razón de su visita no fuera nada malo.

En cuanto el marqués entró al despacho, el aire empezaba a sentirse pesado para ambos caballeros; ambos sabían que aunque su relación no era precisamente buena, debían comportarse como los caballeros que eran, pues ahora serían familia y la felicidad de Anne dependía de ambos, no podían simplemente evitarse por el resto de sus vidas, era hora de hablar.

Roger señaló la silla frente a él, y John se sentó.

—¿Anne está bien? —preguntó el conde preocupado, y John estuvo tentando a sonreír, se preocupaba por su hija, era más que suficiente para saber que era el hombre correcto para su pequeña.

—Está perfectamente, no tiene que preocuparse por eso, mientras ella esté bajo mi techo yo la cuido, no le va a pasar absolutamente nada. —Roger elevó su ceja; es cierto que Anne le había hablado sobre el cambio de su padre, pero le costaba creérselo.

—Espero que así sea, milord, no estoy dispuesto a permitir que mi prometida sufra. —John asintió su cabeza conforme, era el momento de empezar la conversación que había ido a buscar.

—Me alegra mucho escuchar eso, Lord Coventry, es precisamente esa la razón por la que estoy aquí, para nadie es un secreto que ya estoy viejo, en cualquier momento puedo morir, pero antes necesito asegurarme de que mi hija sea feliz, que tenga un futuro, ella y sus hijos, después de todo, serán mis nietos. —El joven tuvo que respirar profundo, debía recordar que era el padre de su prometida, no podía ofenderse por sus palabras aunque era un gran reto. ¿Cómo se atrevía a pensar que él no era capaz de cuidar de su esposa y de sus futuros hijos?

—Quiero pensar que no intenta ofenderme —murmuró intentando mantener la calma, debía escucharlo antes de aventársele encima y acabarlo a golpes.

—No intento ofenderlo, intento corregir mis errores; mi hija se casará con usted en tres días y puedes respirar tranquilo, porque además de que no hay nada que yo pueda hacer para evitarlo, tampoco quiero hacerlo, y sé que usted es completamente capaz de cuidarla y hacerla feliz, a ella y a los hijos que estén por

venir, pero es mi hija y usted debe ser consciente de lo único que quiero es su bienestar y estoy dispuesto a todo con tal de conseguirlo. —El joven no sabía cómo responder a ello; por un lado lo entendía, era normal que quisiera asegurar la felicidad de su hija, pero por otro seguía teniendo rabia, debía confiar, aunque claro, no es que hubieran compartido el tiempo suficiente para conocerse correctamente.

—Entonces debo suponer que tiene una propuesta para mí, de lo contrario no se habría tomado la molestia de venir a buscarme, ¿me equivoco? —El marqués negó con su cabeza dándole la razón.

—Está en lo correcto, tengo un par de negocios que han salido muy bien, me han traído muy buenas ganancias y quiero que usted participe en uno de ellos, es muy poco probable que no funcione, pero quiero que la mitad de sus ganancias sean de Anne. —Roger se quedó sin palabras, jamás se imaginó que iba a proponerle tal cosa, prácticamente quería que Anne entrara al negocio.

—Creo que no estoy entendiendo.

—Es muy sencillo, el negocio es 100 % mío, pero si usted acepta, el 25 % sería suyo y el otro 25 % sería de Anne, así que en teoría el 50 % sería de ustedes, usted aportaría un porcentaje lógico a sus ganancias, y claro está, yo cubriré la parte de Anne, pero será su trabajo manejar algunos asuntos, los normales por ser el dueño de la mitad, solo quiero que Anne reciba sus ganancias, y en cuanto yo muera le dejaré claro a mi hijo que siga cubriendo la parte de su hermana, no es muy difícil o riesgoso si lo piensa bien, es una muy buena propuesta. —El conde se quedó boquiabierto, eso significaba invertir sin recibir ganancias, eso sucedería con la parte que se suponía le correspondía a Anne, de verdad que era un hombre desesperado por asegurar a su hija.

—Soy completamente capaz de cubrir la parte de Anne y claro que le entregaré la mitad de mis ganancias, además en tres días, todo lo mío será también de ella.

—El marqués negó rápidamente con la cabeza.

—No, es mi labor como padre, tengo muchos errores que corregir y este es uno de mis labores, quiero darle todo lo que no le di durante tantos años, es algo que quiero hacer, así que le pido su apoyo, ella debe pensar que ese dinero es en parte suyo, yo le dije que le iba a dar una mensualidad para que ella pueda cubrir

sus gastos por si sola sin depender económicamente de su esposo, sin ofender, pero Lilian me enseñó que las mujeres también necesitan su espacio; pero volviendo al tema, conozco a mi hija y sé que no aceptará la suma de dinero que quiero asignarle, así que usted le dirá que la mitad de ese dinero es usted el que se lo da. —Ya está, lo había dicho, esa era la única razón por la que pedía la ayuda del conde, porque era su única opción, y aunque Roger tenía la enorme tentación de negarse, sabía que no podía hacerlo, su suegro parecía más que decidido, al parecer jamás aceptaría un no por respuesta. “Por Anne”, se repitió justo antes de hablar.

—Bien, lo haré, tiene mi palabra, cumpliré con su petición, pero antes quiero que sepa que Anne va a estar perfecta a mi lado, yo amo a su hija con todas las fuerzas de mi corazón, debe tenerlo claro, o ¿qué otra razón cree que tendría para enfrentarme a usted con tal de casarme con ella? Jamás le haría daño y muchísimo menos permitiría que algo o alguien la dañaran. —Debía dejarlo claro, era su obligación como el futuro esposo de su hija.

—Lo sé y me alegra saberlo, no sabe cómo se lo agradezco, ahora entiendo que Anne y Adrián son lo más importante que tengo en mi vida, y que Lilian y mis hijos son lo más hermoso; de Lilian me encargo yo, es mi esposa, Adrián es quien debe elegir su futuro y sé que lo hará bien, yo dejaré solventada su economía, pero Anne ahora será tuya, eres tú el único que puede garantizarme su futuro.

—Y así será, Anne va a ser la mujer más feliz de este mundo, pero para eso necesito que vea que de verdad me esfuerzo. —Dejando su orgullo y su resentimiento por el pasado a un lado, Roger le extendió su mano—. Creo que es el momento de dejar a un lado los rencores, vamos a ser familia después de todo, por Anne.

—Por Anne —murmuró el marqués justo antes de elevar su mano y tomar la del conde, sellando así un trato entre caballeros, en que ambos se comprometían a luchar por la felicidad de aquellos que les importaban.

—Entonces celebremos, hay que brindar —dijo el conde logrando sacarle una sonrisa al marqués.

De vuelta a casa el camino fue mucho más agradable para John, ya no tenía un horrible peso sobre su espalda recordándole que no era una situación sencilla de llevar, sentía que podía respirar tranquilamente porque estaba seguro de lo que había conseguido, de lo que había logrado, en este momento era el hombre más feliz del mundo, agradecía al cielo nunca haber casado a su pequeña con el anciano ese, agradecía a quien fuera que se le hubiera ocurrido ir a aquella habitación, agradecía aquel escándalo, porque fue gracias a eso que se vio atado de manos y pies y obligado a aceptar el compromiso entre una joven pareja que se amaba.

Adrián debía ser todo un hombre y como ya lo había dicho, si él llegaba a faltar, dejaría el suficiente dinero para que no tuviera que preocuparse por nada, de su hijo dependería si podía a trabajar aquel capital o si se dedicaba a gastarlo, solo esperaba que tomara las decisiones correctas y que fuera un hombre de bien.

De un momento a otro el carruaje empezó a girar descontroladamente, John intentaba sostenerse de algo para evitar que se golpeará aún más, pero fue imposible, recibió varios golpes en todo su cuerpo, en el rostro, incluso un par de cortes, pero intentaba soportar, hasta que un fuerte golpe en la cabeza lo dejó inconsciente y su último pensamiento fueron aquellas dos mujeres que tanto amaba.

Lilian caminaba desesperada de un lado a otro esperando a que su esposo cruzara la puerta, pero nada, hacía un rato un extraño sentimiento empezó a crecer en su pecho y desde ese momento no pudo dejar de pensar en John, era como si su corazón le avisara que aquel hombre al que amaba la necesitaba a su lado, era como un pequeño aviso de que algo malo iba a suceder, lo presentía.

—Milady, debería sentarse y descansar un poco, pediré que le traigan un té para que se tranquilice, no le hace bien —dijo el mayordomo preocupado al ver la actitud de su señora que parecía preocupada, asustada.

—Lo único que puede tranquilizarme es que John entre por esa puerta. —Un fuerte golpe en la madera los dejó helados, pero el mayordomo rápidamente abrió la puerta encontrándose con un niño.

—Una nota para Lady Bristol del conde de Coventry. —Lilian rápidamente corrió hacia él levantando un poco su vestido y tomó el papel de sus manos; el

mayordomo le dio un par de monedas al pequeño y este desapareció, la marquesa abrió la nota y sintió que su corazón dejaba de latir.

“Lord Bristol ha tenido un accidente en el carruaje cerca de mi casa, el medico lo está atendiendo aquí, será mejor que vengan.

Roger Gibbs”.

Capítulo 15

Lilian sentía que moriría en cualquier momento, fue un accidente grave, el carruaje dio muchas vueltas, el cochero murió y su esposo estaba a punto de hacerlo, pero no, no podía morir; se encontraba arrodillada y rezando en frente a la habitación en la que estaba siendo atendido el marqués mientras su hija estaba abrazada a Roger.

En cuanto recibieron la nota del conde, tomaron dos caballos y salieron a todo galope, no había tiempo para esperar a que prepararan el otro carruaje o la calesa, era más rápido a caballo y por suerte ambas damas eran muy buenas amazonas, incluso encontraron el carruaje completamente destruido cuando llegaban a casa del conde, y por lo que él les informó, había tenido una reunión con Lord Bristol que luego se había retirado a su casa, y cuando él se dispuso a ir a casa de los duques de Marlborough, pues tenía una reunión pendiente con su amigo, vio el carruaje e inmediatamente ordenó traer al médico mientras con un par de lacayos llevaban al marqués a su casa y envió la nota a la marquesa; el médico llevaba horas ahí adentro, solo quedaba rezar.

Anne estaba aferrada a Roger llorando amargamente mientras él acariciaba su espalda intentando reconfortarla, ahora que por fin tenía un padre no podían arrebatárselo, quería disfrutar de su compañía, quería que la llevara al altar en su boda con Roger, quería verlo envejecer, verlo abrazando a sus hijos, no podía morir, no ahora, aún tenía mucho que vivir, como la llegada de Adrián.

—¿Y si muere? —preguntó asustada—. No lo soportaría, él es muy importante para mí, es mi padre, no me importa lo que vivimos, no me importa lo que pasó, lo único que me importa es que ahora lo tengo; se supone que nos casamos en

tres días, Roger, si papá muere no puede haber boda, debo guardar luto, además no estaría para celebración en un momento tan duro para mí. —Roger rogó al cielo no tener que llegar a pasar por eso, no por verse en la obligación de cancelar su boda, sino porque sería muy duro para Anne pasar por un momento así, y lo peor es que él no podría hacer nada para evitárselo.

—Debemos confiar en que eso no pase, amor, tu padre es un hombre fuerte, saludable, joven, seguro que puede soportar esto y mucho más, además me consta que él se moría por acompañarte a nuestra boda, por volver a ver a Adrián y por ver crecer a nuestros futuros hijos, ni esto podrá detenerlo. —Dejó un beso en su frente y rogó a cielo que de verdad sucediera.

Pasó al menos una hora para que el médico saliera de aquella habitación mientras que con un trozo de tela, que en algún momento fue blanco, limpiaba la sangre de sus manos. Anne tuvo que sostenerse de Roger para no caer al suelo, al igual que Lilian tuvo que sostenerse de la pared, era demasiada sangre, no podía ser bueno.

—¿Cómo está mi esposo? Él está bien, ¿cierto? Sobrevivirá, tiene que vivir —murmuró la marquesa desesperada mientras limpiaba las lágrimas que mojaban sus mejillas; sentía que en cualquier momento caería desmayada, pero no, debía ser fuerte, John la necesitaba.

—¡Diga algo, se lo ruego! —suplicó Anne; no soportaba su silencio, le permitía imaginarse las peores situaciones y eso no la ayudaba en nada, ni a ella ni a nadie.

—Lord Bristol está vivo —murmuró el doctor cansado, pero el suspiro de alivio de las damas fue reconfortante—. Recibió varios golpes y cortes, el más preocupante es uno que recibió en la parte posterior de su cabeza, sin embargo, está vivo, limpié y cosí todas las heridas, no creo que haya peligro de fiebre pues no tiene cortes profundos, dejaré un poco de láudano para el dolor y para que pueda dormir y descansar tranquilamente, en cuanto despierte, debe darle una cuchara y para el dolor que sea media, si llega a subirle la fiebre por alguna razón y alguna herida se le abre, llámenme de inmediato, debe guardar reposo por un par de semanas, no debe realizar nada que implique mayor esfuerzo. —La marquesa abrazó a su hija y sonrió, sus lágrimas ahora eran de felicidad.

—Lo acompaño a la salida, yo pagaré sus honorarios. —La marquesa entró rápidamente en la habitación seguida de Anne; John dormía tranquilamente, tenía una tela blanca cubriendo su cabeza y una sábana su cuerpo.

—Amor mío —susurró Lilian y cayó arrodillada junto a él, tomó su mano y dejó un par de besos en ella, en sus mejillas, en su frente y por último en sus labios—, ya verás cómo te voy a cuidar, en un par de días estarás perfecto. —Se aferró a su brazo y cerró sus ojos. Dios les estaba dando otra oportunidad y estaba dispuesta a disfrutar cada segundo de su vida, había recuperado al hombre del que se enamoró, ahora solo quería vivirlo—. Nuestra hija se casa, seguro que Adrián no tardará mucho en conseguir esposa, solo somos tú y yo, amor mío, no te atrevas a dejarme nunca, porque juro que te seguiré a dónde vayas.

Anne no se atrevió a interrumpir, se mantuvo en el marco de la puerta abrazada a sí misma, mordiendo ligeramente su labio y aguantando las lágrimas. Roger llegó unos instantes después y la abrazó, eso era con lo que había soñado por años, con un padre que la amara, con que su madre fuera feliz, y resultó que lo único que le faltaba era su esposo; soñaba con encontrar al hombre de su vida, y lo encontró, Roger era el amor de su vida, el hombre perfecto, solo quedaba conocer a su hermano y sería la mujer más dichosa de este mundo.

—Prométeme que seremos muy felices, que nada ni nadie podrá separarnos, que siempre seremos tú y yo, sin mentiras, sin secretos, sin otras mujeres, nos entregaremos el uno al otro en cuerpo y corazón —susurró ella, que se giró entre sus brazos y lo miró directamente a los ojos, esos que la enamoraron desde que los vio; tomó su rostro entre sus manos y acarició sus mejillas, su cuello, su mentón, no podría vivir sin ese hombre.

—Te lo juro, ¿me entregarás tu corazón? —respondió él, aferró sus manos a su cintura y juntó su frente con la de ella; esto era lo que quería para toda su vida, tenerla entre sus brazos, porque Anne se había convertido en su razón de vida, en su todo, no podía vivir sin ella.

—Ya es tuyo, y espero que cumplas con tu palabra, son muchas promesas. ¿Me entregarás el tuyo? Porque no estoy dispuesta a compartirte, eres mío. —Trajo sus labios a los de ella y lo besó; lo amaba, lo amaba más que a sí misma, nunca había imaginado llegar a querer tanto a una persona, pero ese apuesto caballero

se había convertido en una necesidad para vivir, si no estaba a su lado era como si le arrancaban un pedazo de su corazón.

—Desde aquel día en que te vi por primera vez en tu baile de presentación, desde ese día te entregué mi corazón, no podría estar en otros brazos, no podría recibir otros besos, eres tú el único amor de mi vida —dijo entre besos; era una promesa más, era su “para siempre”.

Tres días después, ambos estaban de pie frente al altar mirándose fijamente el uno al otro mientras el sacerdote hablaba, se sentían como en un hechizo; los marqueses de Bristol estaban sentados en primera fila disfrutando de la ceremonia, el marqués debía permanecer sentado ya que no podía hacer mucho esfuerzo, y la marquesa limpiaba sus lágrimas fascinada, lo había logrado, su hija se estaba casando por amor.

—Lord Coventry, ¿acepta usted a Lady Anne Wadlow como su esposa? —preguntó el sacerdote; Roger había estado demasiado inmiscuido en sus ojos y solo hasta que Anne sacudió ligeramente su mano volvió a la realidad.

—Sí, sí, claro que acepto.

En algún momento durante la ceremonia, Anne creyó aceptar ser Lady Coventry, recordando que debía pedir perdón por no haber prestado atención a las palabras del sacerdote, pero es que era un día tan especial que le costaba centrarse en algo diferente que no fuera su esposo.

—Los declaro marido y mujer, puede besar a la novia —anunció el sacerdote; la sonrisa de ambos se amplió, y los testigos aplaudieron mientras Roger tomaba, a su ahora esposa, de la cintura y la pegaba a su torso.

—Ahora eres legalmente mi esposa, mía —susurró sobre sus labios justo antes de besarla, marcando así el principio de su historia.

Durante el resto del día no se separaron ni por un solo segundo, tenían miedo de cerrar los ojos y que todo desapareciera de un momento a otro, nunca perdían de vista al otro por más tiempo del necesario, no querían despertar de aquel hermoso y perfecto sueño, parecía mentira, pues después de tanto sufrimiento, de tantas tristezas y dificultades, por fin estaban juntos.

—¿Estás lista? Puedo esperar el tiempo que sea necesario —murmuró Roger al entrar en la habitación y verla sentada frente a la ventana usando solo un

camisón; Anne lo miró y asintió, claro que estaba lista, no necesitaba tiempo, sabía que era el hombre indicado, eso era más que suficiente para ella, no tenía miedo, su madre le había dicho que junto a Roger sabría lo que era hacer el amor, que no debía preocuparse por nada, él sabría cómo hacerla sentir bien, cómoda, amada.

—No necesito tiempo, te quiero a ti, es más que suficiente para mí. —Se acercó y enrolló sus brazos en el cuello de él.

—Eres perfecta, amor mío. —La besó y acarició su espalda; poco a poco la ropa del conde desapareció, al igual que el camisón de la condesa, entre caricias, besos y mucho amor se entregaron el uno al otro, convirtiéndose en uno solo, un solo corazón que latía tan fuerte como ningún otro, porque el amor es tan grande y poderoso que no hay nada que se le iguale o acerque.

—Mamá, ¿podríamos servir las onces en el jardín? Es un día muy hermoso, quisiera sentir el calor del sol sobre mi piel. —Lilian miró por la ventana y asintió.

—Estoy completamente de acuerdo contigo, hace un día precioso —ordenó que sirvieran las onces en el jardín junto con un par de mantas, cojines y sombrillas para disfrutar de la brisa y del lugar.

Hacía tres semanas que Anne se había casado y era la mujer más feliz del mundo, su esposo no se separaba de su lado más que para lo estrictamente necesario, no le extrañaría quedar embarazada muy pronto; esa tarde había decidido visitar a sus padres y tomar unas pequeñas onces juntos. El marqués ya estaba completamente recuperado y en aquella casa reinaba la paz y el amor.

—¿Y mis nietos, Anne? —preguntó John cuando estaban los cuatro sentados en el jardín; la verdad es que estaba desesperado por ver a un par de pequeños corriendo por la casa. Anne se sorprendió tanto que a punto estuvo de escupir el té que estaba bebiendo, miró a Roger y él la miraba con una sonrisa enorme con la que le hacía la misma pregunta.

—Yo estaría encantada de tener un pequeño creciendo en mi vientre en este

mismo instante, pero habrá que esperar a ver cuándo la vida nos da ese placer.

—Eso, pero que sea pronto, yo no viviré para siempre y me hago viejo —dijo el marqués divertido ganándose un pequeño codazo por parte de su esposa que estaba recostada en su pecho mientras Anne se abrazaba a su esposo.

—¿Es esta la felicidad que quieres para siempre? —le preguntó Roger a su esposa; ella observó a sus padres abrazados el uno al otro mientras se miraban a los ojos, giró ligeramente y miró a su esposo; por un momento pensó en Adrián, que tenía que haber llegado hacía un par de días, pero nada se sabía de él. Si su hermano estuviera allí a su lado sería más que perfecto, pero por ahora, era maravilloso.

—Sí, es esta. —Sus rostros se acercaron, pero cuando estaban a un pequeño suspiro el uno del otro, un carraspeo los interrumpió; los cuatro presentes giraron sus rostros y se encontraron con un caballero, apuesto, muy apuesto, alto, imponente, con su cabello castaño y unos ojos profundamente verdes, que miraba la escena con indiferencia y parecía sentirse intranquilo.

—¿Quién es usted? —preguntó Roger curioso.

—Adrián —susurró la marquesa en medio de lágrimas, rápidamente se levantó y se acercó a su hijo que ya era todo un hombre, lo reconocería donde fuera, aquellos ojos verdes iguales a los de su esposo y aquel cabello castaño igual al suyo, era su hijo.

Nadie se atrevió a moverse un solo centímetro, la sorpresa los tenía estupefactos.

—¿Quién es usted, milady? —preguntó el joven muy educadamente, y Lilian sintió que su corazón se estrujaba, pero debía soportar, él no la conocía, pero poco a poco lo haría.

—Soy Lilian, tu madre. —Mantuvo las ganas de abrazarlo y lo tomó de la mano, todos se habían puesto de pie y estaban listos para ser preparados—. Él es tu padre, John. —El joven le hizo una perfecta reverencia a su padre como cualquier caballero debía hacerlo, aquellos rostros eran completamente desconocidos para él; la marquesa lo llevó hasta una pareja y al ver a la joven sonrió, era muy hermosa y sentía cierta cercanía hacia ella—. Él es Roger Gibbs, conde de Coventry, y ella es su esposa, Anne, antigua Lady Wadlow, tu hermana.

—Hizo la debida reverencia al caballero, y se acercó a su hermana, tomó su mano y dejó un pequeño beso en el dorso de esta.

—Mi hermana, hace mucho que quería conocerte, eres muy hermosa y espero que este hombre sea digno de ti. —Anne, sin poder soportarlo por más tiempo, se lanzó a sus brazos, feliz de ser acogidos por estos; su hermano, había llegado su hermano, ahora la felicidad era completa.

FIN

Epílogo

Anne caminaba de un lado a otro desesperada mientras miraba una y otra vez el reloj; esto es demasiado, no estaba dispuesta a soportarlo ni un segundo más, esto no fue lo que soñó cuando dio el sí frente al altar, esto no fue lo que le prometió Roger y no estaba dispuesta a aceptarlo.

—¿Pasa algo, amor mío? ¿Te sientes mal? —preguntó Roger extrañado al ver a su esposa tan exaltada; no era normal verla así, había hecho un largo viaje a una de sus propiedades en el campo por un problema con el administrador, y había viajado solo ya que Anne últimamente llevaba sintiéndose muy mal y un viaje tan largo no era recomendado, casi no había dormido para volver pronto a casa deseando cuidar de su esposa, sin embargo, siempre solía ser recibido con besos y dulces caricias, y esta vez no fue así, su comportamiento era para preocuparse.

Anne escuchó su voz y se giró hacia la puerta, si no fuera porque lo amaba profundamente seguro lo ahorcaría en ese mismo instante, si no fuera porque...

—¿¿Dónde estabas?! —gritó furiosa, no estaba de humor para pensar en los sirvientes y sus habladurías sobre por qué la esposa le gritaba a su marido, necesitaba explicaciones o seguro que enloquecería. Roger frunció el ceño, era el momento de actuar con calma.

—Te dije que viajaba al campo, Anne, tenía asuntos pendientes en nuestra casa de campo. ¿Qué sucede? No estoy entendiendo. —La joven soltó un gruñido y volvió a caminar de un lado a otro en la biblioteca, llevaba al menos tres horas allí, seguro que en cualquier momento el suelo caería con un enorme agujero.

—¿Conoces a Lady Sarah? ¿Te has reunido con ella? —El conde pensó por un segundo y solo una mujer se le vino a la cabeza, lo que le preocupó aún más.

¿Qué hacía su esposa preguntando por Sarah? Esto no era bueno, nada bueno, solo esperaba sobrevivir, debía escoger sus palabras con prudencia.

—¿Lady Sarah Murtah? La joven viuda. —Así la llamaban muchos, pues se había casado joven con un vizconde, pero al poco tiempo falleció dejando a su joven esposa viuda.

Anne lo miró y sintió miedo; su esposo era lo que más amaba en este mundo, si lo perdía a él, se quedaría sin su razón de vida, además, una mujer no tenía la libertad de reclamarle a su esposo por sus amantes.

—¿Tienes algo con ella? Dime la verdad, Roger, no soportaría que me mintieras —dijo temerosa, y Roger no pudo evitar sonreír, intentó acercarse, pero ella usó sus manos para detenerlo—. Respóndeme.

—La he visto, sí, la última vez que nos encontramos me insinuó que estaba buscando un amante, aunque fue bastante directa cuando me ofreció serlo, pero en ese mismo instante le dije que estaba casado, que amaba a mi esposa y que no necesitaba a otra mujer en mi vida, ahora —tomó sus manos y acercándose las enrolló en su cuello mientras que él las puso en la cintura de su mujer—, ¿podrías explicarme la razón de esa pregunta? —Anne suspiró, debía confiar en su esposo, pero tenía tanto miedo de perderlo que no supo controlarse.

—Esa horrible mujer vino a casa y me dijo que no te esperara esta noche, que tú ya tenías quien calentara tu cama desde hace un tiempo, que no querías una mujer enfermiza por esposa. —Su esposo sonrió tierno y empezó a acariciar el rostro, cuello y espalda de su mujer.

—Anne, puede que últimamente hayas estado muy enferma, pero eso lo único que causa en mí son unas terribles ganas de quedarme a cuidarte, has estado muy estresada con el tema del bebé, amor, apenas llevamos año y medio de casados, ya llegará el momento de tener hijos, seguro que solo es por eso, pero pronto quedarás embarazada. —Anne tomó el rostro de su esposo entre sus manos, era el momento de decirlo.

—¿Me amarías aunque no pueda tener hijos? —Eso era algo que la había estado atormentando desde que su madre le contó de sus problemas para traer bebés al mundo, era una historia que bien podría repetirse en ella.

—Claro que sí —respondió él de inmediato—, no hay nada en este mundo que

logre que te deje de amar. —Se acercó con un solo deseo, y estuvo a punto de besarla, pero ella lo detuvo.

—Ayer me sentía muy mal y el mayordomo decidió llamar al médico, sin mi autorización, pero aun así permití que me viera. —En ese momento Roger pensó lo peor—. La causa de mi malestar es... algo en mi vientre. —Tomo aire, solo tenía que decirlo—. Estoy embarazada, Roger.

El conde a punto estuvo de caer al suelo por la sorpresa, estaba más que emocionado sin duda alguna, pero no esperaba una noticia así, era lo más hermoso y maravilloso que podía pasarles, un bebé, el fruto de su amor, entonces, ¿por qué actuaba así?

—¿Pero por qué lo dices como si de una pesadilla se tratase? Es una noticia maravillosa. —La condesa cerró sus ojos y permitió que la mano de su esposo vagara por su cuerpo hasta su vientre.

—No sabes la emoción que sentí cuando me lo dijo, pero tengo mucho miedo, Roger, mi madre perdió demasiados bebés, yo no podría soportar vivir algo así. —Entonces él lo entendió todo, la abrazó con fuerza dejando una de sus manos sobre su vientre y susurró sobre sus labios.

—No estás sola, Anne, yo te acompañaré en cada paso que des, yo estaré ahí mientras nuestro pequeño crece en tu vientre y te cuidaré con mi vida, a ti y a ese pequeño, si tengo que organizarle una habitación al médico en la planta de abajo, pues entonces ya mismo ordeno que la preparen, la historia no se repetirá, nuestro bebé nacerá fuerte y sano, ya no lo verás. —Ella mordió su labio intentado evitar que las lágrimas rodaran por sus mejillas.

—¿Y si no es un heredero? ¿La querrás igual si es una niña?

—Por supuesto que sí, si es niña pues será mi primera princesa y pobre del que se atreva a acercársele o a mirarla más de lo necesario, porque seguro que será tan hermosa como su madre. —Puso su mano en su nuca para por fin besarla, pero soltó un gruñido frustrado cuando ella lo detuvo de nuevo.

—Prométeme que nunca tendrás una amante, no soportaría saber que otra mujer calienta tu cuerpo. —Respiró profundo e intentó mantener la calma; su mujer ponía a prueba esa paciencia de la que un día se sintió orgulloso, y ahora empezaba a pensar que tal cosa no existía.

—¡Te lo juro, Anne! No podría estar con otra mujer, eres la única y siempre será así, ahora, ¿será que por fin puedo besar a mi esposa? —Anne sonrió y lo besó; era increíble como una sola persona podía cambiar tu vida entera con una par de palabras, porque solo aquellos a quienes se ama de verdad se les da tal poder.

Cuando su cuerpo empezaba a pedir mayor atención, de repente su esposo se arrodilló y besó su vientre dejándola sin palabras, completamente incapaz de reaccionar.

—Yo soy tu papá, pequeño, y no veo la hora de verte crecer, eso sí, debes ayudarme a cuidar de mamá, te amo, bebé. —Levantó su mirada y miró a su esposa, en sus miradas había tanto amor que sería algo imposible de describir con palabras—. Al parecer ya no seguiremos siendo solo tú y yo.

Lo que una pareja debe entender es que nunca habrá finales felices si no se trabajan por ellos, porque la historia nunca termina, siempre habrá un capítulo más, un libro más, una persona más, esperando una oportunidad, pues solo un poco de amor es necesario para saber lo que es vivir y conocer lo que es la felicidad. ¡Que empiece el siguiente CAPÍTULO!

Si te ha gustado

Sólo somos tú y yo

te recomendamos comenzar a leer

Noches sin luna

de *Cristina Rodríguez*



Capítulo 1

*La calidad de un pintor depende de la cantidad
de pasado que lleve consigo.*

Pablo Picasso

El sol de primera hora de la mañana se colaba por la ventana mientras Diana permanecía despierta con las sábanas revueltas y miraba el reloj de pulsera que la noche anterior había dejado sobre la mesita de noche. Los segundos avanzaban cada vez más despacio y, en su desesperación, parecía que la aguja del minuterero nunca acabaría de posicionarse sobre el plateado doce que coronaba la esfera. Cada mañana comenzaba un recuento en el que lentamente recordaba de memoria los detalles que aún le quedaban por organizar. Todavía no había recibido el vestido ni tenía claras las flores que decorarían la capilla. El menú aún no estaba decidido y la lista de invitados no estaba cerrada, ya que a tres semanas de la boda, algunos conocidos todavía ni habían confirmado ni declinado su asistencia. Esto le dejaba pendiente la ardua tarea de distribuir a las personas en las mesas, en la que trataría de separar a familiares con antiguas rencillas que en estas ocasiones, siempre, acaban por salir gracias al vino. Llegada a este punto de la lista, Diana sentía que todo se le desmoronaba encima, por lo que siempre decidía dejar de enumerar lo que aún faltaba por hacer para acercarse a la ventana y abrirla para respirar hondo. Justo en ese momento, abrió los ojos para contemplar lo que tenía ante sí y que le recordaba por qué estaba allí: una de las vistas más bellas de toda la sierra, pues millares de olivos se abrían paso ante ella como un regio desfile de soldados que la escoltarían hasta el altar.

Hacía ya varios días que Diana era la primera en bajar a desayunar a la cocina de La Paloma y siempre encontraba a su tío Pedro que trajinaba entre papeles junto a una gran taza de café y un buen trozo de bizcocho. Pedro parecía hecho a la antigua usanza: hombre calmado de trato distante. Sin embargo, la felicidad de

tener a su sobrina y a su hermana en La Paloma provocaba en él una sonrisa constante y palabras amables para ambas.

—Buenos días, sobrina. A este paso voy a tener que madrugar para tenerte el café preparado, hija. Cada día se te pegan menos las sábanas.

—No hace falta que te molestes por mí, tío. A pesar de ser una chica de ciudad, sé preparar una cafetera. —Diana cogió la taza de café recién preparado que le tendió su tío. Era cierto que dormía poco y en ocasiones mal, pero no sentía cansancio, era más bien una presión que comenzaba en el estómago y que la oprimía poco a poco.

—Era broma, mujer, si yo me levanto a las seis. Además me alegra no ser el único que anda por aquí a estas horas. La soledad matutina nunca me ha gustado. —Pedro soltó un suspiro antes de continuar con sus papeles—. Me alegra mucho que tu madre y tú estéis aquí. Se siente bien tener a la familia cerca.

Sus tíos, Pedro y Adela, habían sido muy amables al dejarla celebrar allí la boda. El mes de mayo era bueno para el turismo por aquella zona. Excursionistas, algunas familias con críos y mucha gente de la comarca acudían a La Paloma a pasar unos días tranquilos. Desde hacía años, la finca se había convertido en un lugar de reclamo. La boda de Diana había ocasionado que sus tíos aceptaran menos clientes de los habituales para poder organizar los preparativos con comodidad, si bien era cierto que aquel sacrificio era lo mínimo que podía hacer Pedro ante la petición de su única sobrina. Cuando los abuelos Paco y Paloma Rivera murieron, Paula —la madre de Diana— renunció a todo lo que tenía que ver con la herencia de sus padres y se lo entregó todo su hermano que era el que realmente amaba aquella tierra. Gracias a su hermana, Pedro se había convertido en uno de los hacendados más prósperos de la región. El trabajo no había sido fácil, pues la finca era muy grande y su padre no le había dejado nunca tomar las decisiones importantes. Paco Rivera era un hombre de gran carácter al que no gustaba esperar que los demás trataran de solucionar los problemas. Él era el único que los veía con suficiente antelación como para poder solucionarlos. No solo controlaba los campos de cultivo de olivos y los conocía como la palma de su mano, sino que había logrado un fructífero negocio con la cría de caballos. Además, llevaba él solo toda la contabilidad de la finca,

se encargaba del personal y de velar por su familia. Por lo tanto, cuando Pedro, tras la repentina muerte de su padre, se vio al frente de La Paloma, decidió pasar por el bar y emborracharse. Después contrató al mejor contable que pudo encontrar y, por último, pidió consejo a su mujer de todas y cada una de las decisiones que se le presentaban. Con ese método, logró hacer de La Paloma un lugar próspero que si bien le daba algunos quebraderos de cabeza y mucho trabajo, también le proporcionaba importantísimos beneficios. Por lo tanto, cuando su hermana, después de años de silencio y desapego con la familia, descolgó el teléfono y le pidió permiso para celebrar la boda de su hija en la capilla de la finca, no pudo sino aceptar rápidamente.

—Buenos días, hija. —Paula miró a Diana, que escondía media cara tras la taza de café para que su madre no reparara en ella—. ¡Ay, Jesús! ¡Qué cara! Cariño, vas a tener que empezar a tomar algo más que tila para controlar los nervios. No vamos a encontrar a la maquilladora que te tape esas ojeras.

—Lo sé, mamá, pero es que aún quedan tantas cosas que, solo de pensarlo, se me hace un nudo...

—Pues no lo pienses, que tampoco es para tanto —interrumpió su madre, tratando de quitarle hierro al asunto.

—Ya que has sacado el tema, sobrina, mañana llegarán los camareros de refuerzo que hemos contratado para estos días. Además, los cocineros esperan a que les digamos algo para comenzar a preparar los menús.

—Gracias, tío, no sé cómo voy a pagarte tanta generosidad.

—Al contrario, niña. Gracias a ti, por hacer que tu madre volviera a aquí después de tantos años. —Una sombra cruzó la mirada de Paula que había evitado hablar del pasado desde que había puesto un pie en La Paloma. Hasta ese momento, parecía que nadie estaba dispuesto a contrariarla al revivir viejos recuerdos—. Y hazle caso. Una boda es algo para celebrar. No permitas que se convierta en un sufrimiento para ti.

Pedro se excusó para continuar con sus obligaciones y dejó a solas a madre e hija en la cocina. Diana sumó mentalmente las nuevas decisiones de organización que acababan de surgir. Debía seguir el consejo de su familia y tratar de pensar que solo era una boda y que no valía la pena tanto sacrificio. A

pesar de los consejos, una de las cosas que más frustración provocaba a Diana era tener que tomar las decisiones ella sola, pues su futuro marido permanecía en la ciudad ocupado con su trabajo. Fernando era notario, hijo de notario, nieto de notario y trabajaba en la notaría de su familia, motivo por el cual Diana no entendía que no pudiera tomarse ni unos días antes de la boda. Él había argumentado que ya había cogido dos semanas para la luna de miel y que no podía pedir más. Según Fernando, el hijo del jefe debía dar el ejemplo. «Maldito ejemplo» se quejaba Diana cada vez que tenía que tomar una decisión y su futuro marido no estaba allí para ayudar. «De todas formas, si hubiera estado, tampoco hubiese ayudado mucho», se consolaba la joven, pues sabía que su futuro marido estaba más preparado para contabilizar los gastos y los beneficios obtenidos por el enlace que para escoger las flores para la iglesia. Desde que Fernando había tomado la decisión de no acompañarla al pueblo, ella había tratado de aparentar una indiferencia fingida, pero en el fondo era consciente de que estaba molesta por la situación.

Situado entre dos colinas, el pueblo descansaba desparramado en el hueco que dejaban las lomas. A cierta distancia, por la carretera del norte, cualquier observador podía ver las casas blancas como una cascada entre las colinas, similares a una lengua de hielo entre glaciares. A la espalda, tenía la imponente sombra de Sierra Morena. Solo era necesario adentrarse unos pocos kilómetros en la sierra para disfrutar de un paisaje verde, escarpado y precioso. En medio de aquella belleza natural, estaba ubicada La Paloma, construida por el bisabuelo de Diana, que había capeado la guerra, algunas crisis y varios desastres climatológicos en temporada de recolección. La Paloma había terminado por convertirse en una de las fincas más productivas de la zona. Además de la recogida de aceituna y de la cría de caballos, se había convertido en una casa rural que incluso había obtenido algún premio gracias a su imponente emplazamiento a la tranquilidad del entorno y al buen hacer de Pedro y Adela, que se desvivían por aquel lugar.

Fue Paco, el abuelo de Diana, el que decidió poner nombre a la casa y ofreció el gesto como una parte más del cuantioso regalo de bodas que hizo a su, entonces, futura esposa Paloma, a la que amaba tanto como a su finca y a su

trabajo. Dijeron, sin embargo, las malas lenguas que con el bautizo de la finca, Paco no solo conquistó a su mujer, sino las tierras de la herencia de la misma que pasarían a manos de la familia Rivera, una vez que sus suegros fallecieran.

El tiempo pasaba despacio en aquella sierra, lo cual resultaba frustrante. Las horas parecían tener más de sesenta minutos, la gente se movía más despacio, daba la sensación de que los pies de aquellas personas pesaban más o, quizás, sabían aprovechar más los segundos del día y tenían tiempo de pararse a preguntar «qué tal» y a esperar una respuesta. La estampa de aquel pueblo era la de un lugar viejo sin avances tecnológicos, pero a la vez poblado de gente auténtica. Se oían risas por las calles y se veía a los niños jugar en las aceras y a las viejas tomar el fresco en la puerta al ponerse el sol. Una tranquilidad que exasperaba a Paula, ya que ella conocía el trasfondo de esas risas y las miradas de la gente al verla pasar. Da igual cuánta cal tengan las paredes de las casas o los rojos que sean los tejados, bajo ellos siempre habrá secretos y se tratarán de esconder los rumores.

Paula y Diana habían sido alojadas en la zona de huéspedes ante la insistencia de Pedro de que su hermana durmiera en su habitación de toda la vida, orientada al jardín de atrás. Desde que el caserío familiar había pasado a ser una casa rural, se habían producido varios cambios en su distribución. El piso superior —antes compuesto por varios salones, el despacho del abuelo y las habitaciones de la familia—, había pasado a tener diez habitaciones de diversos tamaños, algunas con aseo y otras no, lo que había obligado a reformar el despacho del abuelo en un baño común para varias habitaciones. En la parte baja de la casa —que antes constaba de un gran salón, la cocina y la sala de las mujeres, donde se cosía y bordaba en tiempos de la abuela—, estaba formada por un pequeño apartado de dos habitaciones y un salita, situados junto a la cocina, donde vivían Pedro y Adela con sus dos hijos. También se había reformado el comedor, para darle más amplitud, desde sus ventanales los huéspedes tenían unas vistas privilegiadas de la sierra. La cocina seguía siendo la misma, aunque se había modernizado y habían instalado más quemadores; los hornos y las ollas eran de un tamaño casi industrial. Todo ello tenía como punto de encuentro un precioso patio interior rodeado de soportales en el piso de arriba y abajo, desde los cuales se podían

admirar la belleza de los azulejos azules y blancos de formas geométricas, típicos de la región, que cubrían las paredes hasta la mitad. También se podía apreciar el verde de las plantas y el leve y relajante murmullo del agua de la fuente central.

La zona en la que antiguamente se habían alojado los jornaleros, situada junto a la capilla, eran en ese entonces apartamentos de varios dormitorios donde se alojaba el servicio; la mayoría solo vivían allí en temporada alta. Al otro lado de la capilla, estaba la piscina, que en ese momento tenía varios toboganes y un trampolín. Era la principal atracción para los más pequeños en los meses de verano y muy cerca había una cabañita de paja donde se podía tomar bebidas frías. La Paloma había pasado de ser el gran caserío familiar a convertirse en un hotelito de lo más cuco para pasar un fin de semana.

En cuanto a la habitación de Paula, pese a estar situada en el mismo sitio, había cambiado por completo en mobiliario y distribución, pero, aun así, se sentía confortable y familiar. Seguían en la pared las profundas marcas que Lucía había hecho para seguir el crecimiento de la niña, la puerta del baño seguía sin encajar del todo por la humedad y había que domarla un poco hacia arriba para que cerrara a la perfección. El baño que ella recordaba, con las paredes cubiertas hasta la mitad de madera y pintado la otra mitad en color verde, estaba alicatado hasta el techo con azulejos blancos y flores azules. Los sanitarios, todos de cerámica, habían sido sustituidos por otros de menor calidad y más pobres en líneas. Más modernos, sin duda, pero igualmente impersonales. La bañera con patas, en la que se bañaba todas las noches hasta que cumplió los quince años, había desaparecido como otras tantas cosas que le resultaban familiares. Sin embargo, la esencia del lugar estaba allí, suspendida como el polvo en el aire.

Antes de que sus padres murieran, Paula enviaba a sus hijos, Diana y Nacho, casi todos los veranos para que pasaran las vacaciones con sus abuelos. El aire puro de la zona, jugar, correr y montar a caballo eran buenos para los niños. Ella, en cambio, no había vuelto desde que se marchó con quince años. Ricardo, su marido, nunca había conocido a sus suegros ni a su cuñado, y ella nunca le había explicado el motivo de su negativa a volver al pueblo. Desde luego, él le había preguntado en varias ocasiones. Sacó el tema delicadamente, pero como

respuesta siempre obtuvo evasivas. Con el tiempo dejó de preguntar e, incluso, de pensar en ello. Paula era una mujer con temperamento, pues había sido educada para ser una buena esposa y madre, papel que cumplía a la perfección y sin queja por parte de su marido, pero hasta la mejor esposa escondía secretos. Ricardo lo sabía y era consciente de que había matices en el pasado de su mujer, aunque cada vez que la miraba sentía que no eran importantes. Estaba enamorado de ella y lo estuvo hasta el último día de su vida. Durante sus últimos meses, ya postrado en la cama, la miraba de reojo y veía en sus ojos la vida que a él se le consumía. Era hermosa, rubia y con los ojos verdes más intensos que jamás hubiera visto. Tenían un color indefinido que, en ocasiones, podía semejar al de una esmeralda y un brillo que los hacía sobresalir entre todos los demás. Los mismos ojos había heredado su pequeña Diana, con la misma vivacidad y el mismo abismo al que parecía caerse cuando se las miraba fijamente. Sin embargo, en los ojos de Paula siempre aparecía una sombra cuando sus hijos recordaban alguna anécdota de las vacaciones en La Paloma o cuando inocentemente le preguntaban a su madre cuándo invitarían a los abuelos para que fueran a visitarlos a la ciudad.

Sus deseos de permanecer alejada del lugar se truncaron cuando su hija le comentó ilusionada, aunque prudente, que le apetecía celebrar la boda en la capilla de La Paloma, y ella no tuvo el aplomo para pedirle que no lo hiciera. Hablaron con el párroco del lugar, que no puso impedimentos en celebrar la ceremonia en el caserío familiar. Y así, un mes después de que la decisión fuera tomada, ambas, madre e hija cogieron el coche con pesadas maletas rumbo al sur, a la sierra, a los recuerdos que Paula llevaba tanto tiempo intentando olvidar. Pero es imposible borrar un recuerdo cuando se ha marcado a fuego en el alma de una persona. Paula conocía rincones de aquella sierra que escapaban a los ojos de los visitantes esporádicos. Sabía distinguir el canto de los pájaros y dónde había árboles frutales de los que poder comer higos o nísperos hasta hartarse. Sabía recorrer los caminos, acortar por trechos no señalizados y en qué remanso del río no era peligroso nadar porque no había demasiada profundidad. Conocía los árboles y de niña sabía trepar a ellos, aunque su madre corrigió aquella costumbre con horas y horas de sentarla a la luz de la lumbre con un

trozo de tela y la aguja entre las manos con los que, a base de castigos, aprendió a bordar. Lucía, su niñera, siempre la miraba desde la cocina mientras su madre le indicaba la postura correcta en la mesa. Y si no la mantenía, le pegaba con una vara en las rodillas. Después era la propia Lucía la que curaba aquellos rasguños con cariño y canciones. Lucía siempre la había ayudado a sobrellevar los castigos de los primeros años de niñez y después había convencido a una Paula ya adolescente de que era mejor no importunar a sus padres con su desobediencia, mientras que en la intimidad de su habitación animaba a la niña a tener ideas propias para no dejarse gobernar por ningún hombre que se creyera dueño de ella. Unas ideas que siempre habían calado hondo en la pequeña Paula que, con una inteligencia y madurez superior a las niñas de su edad, era capaz de mantener largas conversaciones con cualquiera que quisiera escucharla, lástima que en aquella época nadie estuvo dispuesto a hacerlo hasta que fue demasiado tarde.

Habían pasado treinta años desde la última vez, pero cuando entró por los grandes portones de madera maciza de La Paloma, los recuerdos olvidados entraron como un huracán en su mente; no pidieron permiso, allí estaban. Había pasado la primera parte de su vida entre aquellas paredes que, aunque estaban cambiadas, mantenían un aire a casa de campo simulado para el gusto de los clientes que se hospedaban allí. Las cacerolas de hierro, colgadas de las paredes, no eran las que habían usado Lucía y su madre durante su niñez. Estas eran de decoración, los botijos no tenían debajo el platillo para sudar porque no estaban llenos. La galería del patio interior, por la que se accedía al jardín de atrás, tenía bancos nuevos que siempre parecían recién barnizados y los geranios que colgaban de las macetas y las flores del jardín no eran las que Lucía había plantado. Todo era igual, a la vez que diferente, solo el olor de la sierra seguía siendo el mismo: intenso, penetrante y capaz de desenterrar los recuerdos mejor protegidos por la memoria. Desde que había vuelto, había podido ver, sin necesidad de cerrar los ojos, a su madre salir de la capilla a primera hora de la mañana, con la cabeza baja después de haber rezado durante una hora antes de comenzar sus tareas. Vio a Lucía sentada entre los rosales, que los podaba para que no crecieran torcidos y vio a su padre llegar con su caballo después de un día

de caza con el rostro torcido de satisfacción por el buen resultado de la jornada. De entre todos los recuerdos, que como fantasmas vívidos se colaron en su mente, hubo uno que le sobrecogió especialmente el corazón: verse a sí misma, sentada en la grava del suelo, oír como detrás de ella su padre le cerraba para siempre las puertas de La Paloma.

El funesto destino de lady Anne estaba escrito... hasta que el corazón del conde de Coventry comenzó a palpar por ella.



Lady Anne tiene su futuro marcado, no hay marcha atrás. La decisión ha sido tomada a pesar de sus ruegos y nunca conseguirá lo que tanto sueña: amor, una familia, una esperanza de felicidad. Ahora, su vida está destinada a ser triste, solitaria y deprimente, pero lo peor es que ella no tuvo nunca ninguna opción, pues su padre todo lo manipula a su antojo, incluso a ella. ¿Cómo es posible que ese horrible hombre sea su padre? No le había dejado ninguna salida, o por lo menos no tenía ninguna hasta que apareció un coqueto conde y lo cambio todo en un abrir y cerrar de ojos.

Roger Gibbs, conde de Coventry, buscaba esposa, estaba cansado de vivir en soledad, pero su mujer debía tener ciertas características. No es que fuera exigente, pero de la mujer con la que compartiría su vida quería ciertas cosas. Y Anne no cumplía ninguna de ellas. Sin embargo, al verla, algo llamó su atención, y su cuerpo y su corazón empezaron a traicionarlo.

Fernanda Suárez. Tiene diecinueve años, es colombiana y estudia Relaciones Internacionales y Estudios Políticos. Ama leer desde los 12 años, y fue Jane Austen y su libro *Orgullo y Prejuicio* quién la enamoró.

Un día, unas grandes amigas la animaron a que escribiera, y la escritura se ha convertido desde entonces en su mayor placer. Piensa que los libros son un pequeño descanso, un mundo en el que puedes ser y hacer lo que desees, solo hay que disfrutarlos.

Edición en formato digital: julio de 2018

© 2018, Fernanda Suárez

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-06-7

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Sólo somos tú y yo

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Epílogo

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Fernanda Suarez

Créditos